



Delirios Populares Extraordinarios y la Locura de las Masas

Charles Mackay (1814-1889) escocés de nacimiento, vivió casi siempre en Londres aunque también pasó temporadas en París y Bruselas. Recibió un doctorado honorario en Derecho por la Universidad de Glasgow. Fue periodista y poeta. Llegó a tener fama por haber escrito la letra de varias canciones que se hicieron muy populares.

Actualmente es recordado, sobre todo, por este libro publicado originalmente en 1841 y que se ha convertido en un clásico de las finanzas.

Delirios Populares Extraordinarios y la Locura de las Masas, publicado por primera vez en 1841, describe tres momentos históricos de especulación desbordada en Inglaterra, Francia y Holanda, ocurridos entre 1635 y 1720, que guardan una extraordinaria similitud con sucesos actuales del mundo financiero:

- El proyecto del Misisipí
- La burbuja de la South Sea Company
- La tulipomanía o manía de los tulipanes

La oportunidad de comprar a bajo precio bienes que se revalorizaban a una velocidad enorme se puso a disposición de un gran número de personas de todas las clases sociales, que alcanzaron la riqueza con la misma rapidez que la perdieron después.

Las tres historias que Charles Mackay cuenta de forma muy entretenida son materiales valiosos para comprender la forma de pensar y de tomar decisiones de las personas.

Una de las principales razones de que perdure el interés de su libro es que los fenómenos que describió en su momento siguen repitiéndose hoy con las obligadas variantes de tiempo, lugar y circunstancia. Por ello, los analistas económicos de nuestros días recurren a estas historias para explicar comportamientos actuales ante el dinero y los mercados.

La edición original de esta obra ha sido publicada en lengua inglesa por John Wiley & Sons, Inc., Nueva York, con el título *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds*.

Autor: Charles Mackay Traducción: Emili Atmetlla

© 1996 by Marketplace Books

© para la edición en lengua castellana, Profit Editorial, 2009

(www.profiteditorial.com)

Bresca Editorial, S.L., Barcelona, 2009

ISBN: 9788496998070

Depósito legal: B39.1922009

Diseño cubierta: XicArt

Maquetación: Zero pre impresión, S.L. Impreso por: Liberdúplex

Impreso en España Printed in Spain

Índice

Prólogo 9

Dinero manía. El proyecto de la Compañía del Misisipí 11

John Law: nacimiento y carrera de juventud Duelo entre Law y Wilson — Fuga de Law del King's Bench* El «Landbank» — La inclinación de Law al juego en el continente y su relación con el duque de Orleans Situación de Francia después del reinado de Luis XIV — Institución del papel moneda en dicho país por Law — Entusiasmo del pueblo francés ante el proyecto del Misisipí — Mariscal Villars — Estratagemas empleadas y sobornos ofrecidos para conseguir una entrevista con Law — Grandes fluctuaciones de la cotización de las acciones del Misisipí — Asesinatos terribles Law es nombrado interventor general de finanzas — Grandes ventas de todo tipo de objetos decorativos en París

— Empiezan las dificultades económicas Envío de hombres a trabajar las minas del Misisipí, como medio

* El King's Bench era un tribunal de causas criminales, principalmente, y de apelación, que tenía preeminencia sobre los demás tribunales del Reino.

de desviar la atención — Se detiene el pago en los bancos
 — Law cesado en el ministerio — Se efectúan pagos en especie — Law y el regente satirizados en canciones
 — Crisis terrible del proyecto del Misisipí — Law, prácticamente arruinado, huye a Venecia — Muerte del regente — Law obligado a recurrir de nuevo al juego — Su muerte en Venecia
 La burbuja de la South Sea Company 73 Fundación por Robert Harley, conde de Oxford — Exchange Alley, un barrio donde reina una gran agitación
 — Mr. Walpole — Sir John Blunt — Gran demanda de acciones — Innumerables «burbujas» — Lista de proyectos corruptos y burbujas — Gran alza de las acciones de la South Sea Company — Caída brusca — Reunión general de los consejeros — Clima de temor sobre la expedición de la South Sea Company — Sus consecuencias sobre la sociedad — Agitación en la Cámara de los Comunes
 — Huida de Knight — Detención de Sir John Blunt — Recaptura de Knight en Tirlmont — Su segunda huida
 — Personas relacionadas con el proyecto analizado — Sus respectivos castigos — Observaciones finales
 La tulipomanía o manía de los tulipanes 131 Conrad Gesner — Tulipanes traídos a Inglaterra desde Viena — Furor de los holandeses por los tulipanes — Su gran cotización — Anécdota curiosa de un marino y un tulipán — Mercados regulares de tulipanes — Los tulipanes son empleados como medio de especulación — Gran depreciación de su cotización — Fin de la manía

Prólogo

El propósito del autor en las páginas siguientes ha sido reunir los ejemplos más notables de aquellas epidemias morales que han sido provocadas, a veces por una causa y otras veces por otra; y mostrar lo fácilmente que las masas han sido llevadas por mal camino, y lo imitativos y gregarios que son los hombres, incluso en sus caprichos y en sus delitos.

Algunos de los temas tratados pueden ser familiares para el lector, pero el autor espera que, incluso en éstos, todavía se encuentre suficiente novedad de detalles para hacerlos aceptables, aunque no podían omitirse del todo si se quería hacer justicia al tema que se proponía tratar. Las memorias de la locura de la South Sea Company y del delirio del Misisipí son más extensas y completas que en cualquier otra publicación, y lo mismo puede decirse de la historia de la Witch Mania (brujomanía), donde se informa de su terrible avance en Alemania, una parte del tema que ha sido relativamente poco tratada por Sir Walter Scott en sus *Letters on Demonology and Witchcraft* (Cartas sobre demonología y brujería), la obra más importante que ha aparecido hasta ahora sobre este espantoso pero tan interesante asunto.

Los espejismos, delirios o falsas ilusiones populares comenzaron tan pronto, se extendieron tanto y han durado

tanto tiempo que, en lugar de dos o tres volúmenes, harían falta por lo menos cincuenta volúmenes para ofrecer su historia en detalle. El presente puede considerarse más bien una miscelánea de falsas ilusiones de una historia —tan solo un capítulo del extenso y horroroso libro de la locura colectiva que aún queda por escribir, y que Porson dijo jocosamente una vez que escribiría en ¡quinientos tomos! entremezclados, aparecen sketches de algunos temas más livianos—, ejemplos divertidos de la tendencia a la imitación y de la obcecación de la gente, más que ejemplos de locura y falsas ilusiones.

Las manías de carácter religioso se han excluido a propósito por su incompatibilidad con los límites establecidos para el presente libro —una simple lista de ellas sería suficiente para ocupar un tomo.

Si éstas son favorablemente recibidas, el autor tratará en otro tomo de dar una visión completa del progreso de la alquimia y de las falsas ilusiones filosóficas que brotaron a de ella, incluyendo los rosicrucianos de una era ya pasada y los magnetizadores de la época actual.

Londres, 23 de abril de 1841

Dinero manía El proyecto de la Compañía del Misisipí

Algunos se mezclan con compañías clandestinas.

Emiten nuevas acciones para negociar en corros especiales.

Seducen a la ciudad con aire y nombre vacíos.

Y obtienen primero dinero de ellos, luego los desprecian.

Dividen la nada vacía en acciones.

Y enfrentan a unos contra otros.

DEFOE

La historia de la locura del Misisipí de los años 1719 y 1720 no puede tener introducción más conveniente que un esbozo de la vida de su gran autor, John Law, a cuya carrera y personalidad se encuentra estrechamente ligada. Los historiadores están divididos sobre si debería considerársele un bribón o un loco. Ambos epítetos se le aplicaron con generosidad a lo largo de su vida y durante el tiempo en que las consecuencias desgraciadas de sus proyectos fueron profundamente lamentadas. La posteridad, sin embargo, ha encontrado razones para dudar de la justicia de las acusaciones y para reconocer que John Law no fue ni un bribón ni un loco, sino más engañado que embustero, más víctima de pecado que pecador. Conocía a fondo la filosofía y los auténticos principios del crédito; sabía de los asuntos de dinero más que cualquier hombre de su época, y si su sistema se desmoronó de forma tan estrepitosa, no fue tanto por su culpa como de las personas alrededor de las cuales lo había creado. Lo que no previó fue el frenesí avaricioso de toda una nación: no se dio cuenta de que la confianza, al igual que la desconfianza, podía crecer casi ad infinitum, y que la esperanza era tan exagerada como el miedo. ¿Cómo podía haber previsto que los franceses, al igual que el hombre de la fábula, matarían en su impaciencia frenética la gallina que él había traído para que pusiera huevos de oro? Su suerte

fue como la que se supone que pilló desprevenido al primer aventurero que remó del Erie al Ontario. El río en el que se embarcó era ancho y en calma; su avance fue rápido y agradable; ¿quién iba a detenerle en su carrera?

Lamentablemente para él, la catarata estaba al acecho. Vio, cuando era demasiado tarde, que la corriente que le llevaba tan alegremente era una corriente de destrucción, y cuando intentó corregir el rumbo la corriente era demasiado fuerte para dominarla con sus débiles esfuerzos y a cada segundo que pasaba estaba más cerca de las tremendas cataratas. Abajo se fue chocando contra las rocas puntiagudas y las aguas con él. Él y su barca quedaron hechos añicos, pero las aguas, enloquecidas y espumeantes por la brusca caída, sólo hirvieron y burbujearon durante un momento y luego fluyeron de nuevo tan en calma como siempre. Así le pasó a Law con los franceses. Él era el barquero, y ellos las aguas.

John Law nació en Edimburgo en el año 1671. Su padre fue el hijo menor de una antigua familia proveniente de Fife y desempeñó los oficios de orfebre y banquero. Amasó una considerable fortuna con sus actividades, la suficiente para satisfacer el deseo tan corriente entre sus conciudadanos de añadir una designación territorial a su nombre. Con este fin compró las tierras de Lauriston y Randleston, en el fiordo de Forth, en los límites del West y Mid Lothian, y a partir de entonces fue conocido como Law de Lauriston. El sujeto de nuestra historia, por ser el hijo mayor, fue acogido en las oficinas del negocio paterno a los catorce años y durante tres años trabajó a fondo para conocer los principios del negocio bancario, tal como entonces se practicaba en Escocia. Siempre había manifestado que le gustaba mucho el estudio de los números, y su aptitud para las matemáticas se consideraba extraordinaria para alguien de su edad. A la edad de diecisiete años era alto, fuerte y apuesto. Su rostro, aunque profundamente marcado por la viruela, tenía una expresión agradable y muy inteligente. Por entonces empezó a desatender su trabajo, se convirtió en un presumido y despilfarró de forma considerable en el vestir. Era el preferido de las damas, que lo llamaban Beau Law (bello Law), mientras que los de su propio sexo se mofaban de su amaneramiento y le apodaban Jessamy John (Jazmín John). A la muerte de su padre, en 1688, abandonó del todo el despacho, que se había convertido en algo muy pesado para él, y tras tomar posesión de las rentas de la propiedad paterna de Lauriston se marchó a Londres a ver mundo.

Era muy joven, muy vanidoso, bien parecido, razonablemente rico y del todo independiente. No es extraño que al llegar a la capital se lanzara al despilfarro. Pronto se convirtió en un asiduo de las casas de juego, y siguiendo un plan basado en algún complejo cálculo de probabilidades, se las arregló para ganar considerables sumas de dinero. Todos los jugadores envidiaban su suerte y muchos pusieron gran empeño en observar su sistema de juego y apostar su dinero siguiendo los mismos cálculos. En asuntos de galanteo era igualmente afortunado: damas de gran clase sonreían gentilmente al apuesto escocés —las jóvenes, las ricas, las ingeniosas y las amables—. Pero lo que hicieron estos éxitos fue preparar el camino para la adversidad. Tras nueve años de exposición a las peligrosas atracciones de la vida alegre que llevaba, se convirtió en un jugador irrecuperable. A medida que aumentaba la intensidad de su pasión por el juego, disminuía su prudencia. Las grandes pérdidas sólo podían cubrirse asumiendo riesgos aún mayores, y un día desgraciado perdió más de lo que era capaz de devolver sin hipotecar la propiedad familiar. Al final tuvo que dar

también este paso. Al mismo tiempo su galantería también le procuró problemas. Una aventura amorosa, o un ligero coqueteo, con una dama de nombre Villiers*, provocó el resentimiento de un tal Mr. Wilson, quien le retó a batirse en duelo. Law aceptó y tuvo la mala fortuna de matar de un tiro a su adversario en el escenario del duelo. Fue detenido el mismo día y llevado a juicio por asesinato por los familiares de Mr. Wilson. Posteriormente fue declarado culpable y condenado a muerte. La sentencia fue conmutada por una multa atendiendo a que se trataba de un homicidio involuntario.

* Miss Elizabeth Villiers, que posteriormente fue condesa de Orkney.

Un hermano del fallecido apeló y Law fue detenido en el King's Bench, de donde, por un medio u otro que nunca explicó, se las arregló para escapar. Mientras se abría proceso contra los alguaciles, se publicó un anuncio en la Gazette ofreciendo una recompensa por su captura. Se le describía como «capitán John Law, escocés, veintiséis años, muy alto, moreno, delgado, bien proporcionado, un metro ochenta de altura, grandes marcas debidas a la viruela en el rostro, nariz grande y tono de voz claro y fuerte». Como esto era más bien una caricatura que una descripción de su persona, se ha supuesto que se redactó así con vistas a favorecer su huida. Consiguió llegar al Continente, por donde viajó durante tres años en los que dedicó buena parte de su atención a los temas financieros y bancarios de los países por los que pasaba. Permaneció unos cuantos meses en Amsterdam y especuló en alguna medida con fondos. Las mañanas las dedicaba al estudio de las finanzas y los principios del comercio y las tardes a las casas de juego. Se cree que volvió a Edimburgo en 1700. Es seguro que publicó en esa ciudad sus *Proposals and reasons for constituting a Council of Trade* (Propuestas y razones para constituir un Consejo de Comercio). Este panfleto no suscitó demasiada atención.

Poco después publicó un proyecto para fundar lo que denominó un LandBank (Banco Hipotecario de la Tierra)*. El valor de los billetes que podría emitir el banco nunca excedería el valor de la totalidad de las tierras del estado, a interés ordinario, o igualaría el valor de las tierras, con derecho a tomar posesión de ellas en cierta fecha. El proyecto provocó grandes

* Los graciosos de la época lo llamaron banco de arena (sandbank), que haría embarrancar la nave del Estado.

discusiones en el parlamento escocés, y un partido neutral, llamado Squadrone, al que Law había conseguido interesar para su causa, presentó una moción para la creación de un banco de este tipo. En última instancia, el parlamento aprobó una resolución al efecto manifestando que no era aconsejable para la nación emitir cualquier clase de papel de crédito, así como hacerlo circular.

Tras el fracaso de este proyecto y de sus intentos por obtener el perdón por el asesinato de Mr. Wilson, Law regresó al continente y reanudó su vieja costumbre del juego. A lo largo de catorce años deambuló sin rumbo fijo por Flandes, Holanda, Alemania, Hungría, Italia y Francia. Pronto llegó a conocer en detalle la dimensión del comercio y los recursos de cada uno de estos países, y cada día se afirmaba más en su opinión de que ninguno de ellos prosperaría sin papel moneda. Parece que durante todo este tiempo se ganó la vida gracias, sobre todo, a sus éxitos en el juego. Era conocido y reconocido en todas las casas de juego de categoría de las capitales europeas como una de las personas de la época mejor

dotadas para discernir las complejidades del cálculo de probabilidades. En la *Biographie Universelle* se dice que fue expulsado, primero de Venecia, y luego de Génova, por unos magistrados que le consideraban un visitante demasiado peligroso para la juventud de estas ciudades. Durante su estancia en París resultó ser un personaje odioso para D'Argenson, el teniente general de la policía, que le ordenó abandonar la ciudad. Pero no lo hizo antes de conocer en los salones al duque de Vendôme, al príncipe de Conti y al alegre duque de Orleans, el último de los cuales estaba destinado a ejercer mucha influencia sobre su suerte más adelante. El duque de Orleans se sintió agrado por la vivacidad e intuición del

aventurero escocés, mientras que a éste no le gustó menos el ingenio y la amabilidad de un noble que se comprometía a ser su protector. Solían coincidir a menudo y Law aprovechaba todas las oportunidades para inculcar sus doctrinas financieras en la mente de quien, por su proximidad al trono, estaba predestinado, en fecha no muy lejana, a desempeñar un papel importante en el gobierno.

Poco antes de la muerte de Luis XIV (1715), o según otros en 1708, Law propuso un proyecto financiero a Desmarests, el interventor. Se dice que Luis preguntó si el responsable del proyecto era católico, y cuando se le respondió negativamente rehusó tener nada que ver con él*.

Fue tras este rechazo que visitó Italia. Con su mente aún ocupada en proyectos financieros, propuso a Víctor Amadeo, duque de Saboya, establecer su banco hipotecario de la tierra en dicho país. El duque replicó que sus dominios eran demasiado limitados para la ejecución de un proyecto tan importante y que él era un potentado demasiado pobre que podía arruinarse. Sin embargo, le aconsejó que lo intentara una vez más con el rey de Francia, porque estaba seguro, si es que algo sabía de la forma de ser de los franceses, de que a la gente le encantaría un plan que no sólo era nuevo, sino también plausible.

Cuando Luis XIV murió, en 1715, el heredero al trono tenía tan sólo siete años, de modo que el duque de Orleans se

* Esta anécdota se describe en la correspondencia de Madame de Bavière, duquesa de Orleans, y madre del regente. Lord John Russell, en su *History of the principal States of Europe from the Peace of Utrecht* (Historia de los principales estados europeos a partir de la del tratado de Utrecht), no le concede crédito, sin informarnos de las razones. No hay duda de que Law presentó su proyecto a Desmarests, ni de que Luis rechazó escucharlo. La razón aducida para el rechazo es coherente con la personalidad de un monarca tan intolerante y tiránico. hizo cargo de las riendas del gobierno como regente durante la minoría de edad del príncipe. Law se encontraba ahora en una posición más favorable. La corriente había cambiado para sus asuntos y ahora lo impulsaría a su fortuna. El regente era su amigo, conocía su teoría y sus pretensiones y además se mostraba inclinado a ayudarlo en sus intentos por restaurar el crédito herido de Francia, que había caído por los suelos a causa del despilfarro en que se había incurrido durante el prolongado reinado de Luis XIV.

Apenas enterrado el monarca en su tumba, el odio popular, tanto tiempo sofocado, estalló en contra de su recuerdo. Él, que en vida había sido adulado hasta un extremo del que no existe paralelo en la historia, ahora era maldecido como tirano, intolerante y saqueador. Se apedrearon y desfiguraron sus estatuas, se rasgaron sus retratos entre las maldiciones del populacho y su nombre se

convirtió en sinónimo de egoísmo y opresión. La gloria de sus acciones militares se olvidó, y nada se recordaba salvo sus reveses, sus despilfarros y su crueldad. Las finanzas del país se encontraban en una situación de desorden extremo. Un monarca corrupto y manirroto, cuya corrupción y despilfarro eran imitados por casi todos los funcionarios, desde el más alto al más bajo nivel, había llevado a Francia al borde de la ruina. La deuda nacional ascendía a 3.000 millones de libras, los ingresos a 145 millones y los gastos de gobierno a 142 millones por año, y quedaban sólo tres millones para pagar los intereses correspondientes a los 3.000 millones. La primera tarea del regente era encontrar remedio para un problema de tal magnitud. Pronto se convocó un consejo para tomar en consideración el asunto. El duque de SaintSimon era de la opinión de que nada podría salvar al

país de la revolución salvo una solución que fuera a la vez audaz y peligrosa. Aconsejó al regente que convocara al cuerpo legislativo de los Estados Generales y declarara la bancarrota nacional. El duque de Noailles, hombre de principios acomodaticios y cortesano consumado, totalmente contrario a sufrir molestias o inconvenientes de los que pudiera librarse por la astucia, se opuso al proyecto de SaintSimon, utilizando toda su influencia. Calificaba la resolución tanto de deshonrosa como de ruinosa. El regente era de la misma opinión, y esta solución desesperada fue desestimada.

Las medidas que finalmente se adoptaron, aunque prometedoras, no hicieron más que agravar el mal. La primera y menos honrada de ellas no fue de provecho para el Estado. Se ordenó la reacuñación de la moneda, depreciándola en una quinta parte. Los que llevaban a la casa de la moneda mil piezas de oro o plata recibían de vuelta la misma cantidad de valor nominal, pero sólo cuatro quintas partes del peso del metal. Con esta estratagema, el Tesoro ganó setenta y dos millones de libras y todas las operaciones comerciales del país se trastocaron. Una rebaja simbólica de los impuestos acalló el clamor popular, y el pequeño provecho de hoy hizo olvidar el gran mal del futuro.

A continuación se instituyó una Cámara de Justicia para investigar las malversaciones de los prestamistas y los recaudadores de las rentas estatales. Los recaudadores de impuestos nunca han sido populares en país alguno, pero los de Francia en aquella época se hicieron acreedores a todo el odio que recibían. Tan pronto se llamó a estos recaudadores y a su séquito de agentes subordinados, llamados maltôtiers, a rendir cuentas de sus fechorías, una alegría desbordada se apoderó de la nación. La Cámara de Justicia, constituida principalmente para este propósito, fue dotada de grandes poderes. Se componía de los presidentes y miembros del parlamento, los jueces de los Cours de Requêtes y los oficiales de la Cámara de Cuentas, todos ellos bajo la presidencia del ministro finanzas. Se animó a los informadores a declarar en contra de los infractores con la promesa de que recibirían una quinta parte de las multas y confiscaciones. A todos los que proporcionaran pistas para descubrir a los culpables se les prometía un décimo parte de las propiedades encubiertas por éstos.

La promulgación del edicto que instituía este tribunal causó tal grado de consternación entre los principales afectados, que ésta sólo puede explicarse bajo el supuesto de que la magnitud del desfaldo había sido enorme. Pero no encontraron simpatía alguna. Los procesos seguidos contra ellos justificaron su terror. La Bastilla resultó pronto insuficiente para albergar a los prisioneros que

allí se enviaban, y las cárceles de todo el país estaban atestadas de culpables o sospechosos. Se dio orden a todos los mesoneros y encargados de postas de negar caballos a quienes intentaban ponerse a salvo a través de la huida, y se prohibió a todo el mundo, bajo pena de severas multas, que les albergaran o facilitaran su evasión. Algunos fueron condenados a la picota, otros a galeras y los menos culpables a multas y penas de prisión. Sólo uno, Samuel Bernard, un rico banquero y recaudador de una provincia remota, fue condenado a muerte. Los beneficios ilegales de este hombre —considerado como un tirano y opresor de su distrito— habían sido tan grandes que ofreció seis millones de libras (250.000 libras esterlinas) para que le dejaran escapar.

Su soborno fue rechazado y se le aplicó la sentencia de muerte. Otros, quizá más culpables, tuvieron más suerte. Las

confiscaciones solían producir menos dinero que las multas, debido a que los delincuentes escondían sus tesoros. La severidad del gobierno se fue relajando y las multas, bajo la denominación de impuestos, se cobraban indiscriminadamente a todos los infractores. Sin embargo, todos los departamentos de la Administración estaban tan corrompidos que el país se benefició muy poco de las sumas recaudadas. Los cortesanos, sus esposas y sus queridas se quedaron con la mayor parte. Un contratista fue multado en proporción a su culpa y su riqueza con la suma de doce millones de libras. El conde XXX, hombre de cierto peso en el gobierno, le llamó y le ofreció exonerarle de la multa si le daba cien mil coronas. «Habéis llegado tarde, amigo mío —replicó el financiero—. Ya he cerrado el trato con vuestra esposa por cincuenta mil.»*

Unos ciento ochenta millones de libras fueron recaudados de este modo, de los cuales ochenta millones se emplearon para el pago de deudas del gobierno. El resto fue a parar a los bolsillos de los cortesanos. Madame de Maintenon, al escribir sobre este particular, dice: «Todos los días sabemos de alguna nueva donación del regente. La gente murmura muchísimo sobre esta forma de emplear el dinero de los defraudadores». La gente que, después del primer estallido de resentimiento, suele manifestar simpatía por el débil, se mostraba indignada de que se empleara tanta severidad para obtener tan pocos frutos. No entendían en qué consistía una justicia que robaba a

* Esta anécdota la cuenta M. de la Hode en su *Vida de Felipe de Orleans*. Habría parecido más auténtico si hubiera dado los nombres del deshonesto contratista y del todavía más deshonesto ministro. Pero el libro de M. de la Hode cojea del mismo pie que la mayoría de las memorias francesas de esta época y de las siguientes. En la mayoría de ellas es suficiente que la anécdota sea ben trovata, que sea cierta es cuestión secundaria.

un montón de granujas y engordaba a otros. En pocos meses se había castigado a los más culpables y la Cámara de Justicia buscaba más entre las capas sociales más humildes. Se presentaron cargos de fraude y extorsión contra comerciantes de buena reputación, como consecuencia de los grandes alicientes que tenían para denunciarlos los informadores habituales. Se les conminó a exponer abiertamente sus negocios ante este tribunal para que pudieran demostrar su inocencia. Se oyeron voces de queja por todas partes y al cabo de un año al gobierno le pareció razonable no seguir con más procesos. Se abolió la Cámara

de Justicia y se concedió una amnistía general a todos los que no tuvieran cargos en su contra en aquel momento.

En medio de esta confusión financiera Law entró en escena. Nadie lamentaba más que el regente el deplorable estado del país, pero nadie era más reacio a arrimar resueltamente el hombro. No le gustaba el mundo de los negocios, firmaba los documentos oficiales sin examinarlos debidamente y confiaba a otros lo que debía haber hecho él mismo. Las ocupaciones propias de su alto puesto le resultaban una carga. Veía que era necesario hacer algo, pero carecía de la energía para hacerlo y también de la decencia necesaria para sacrificar sus comodidades y placeres en el intento. No es extraño que, con tal personalidad, escuchara favorablemente los importantes proyectos tan fácilmente ejecutables del inteligente aventurero a quien ya conocía y cuyo talento apreciaba.

Cuando Law se presentó en la corte se le recibió con gran cordialidad. Entregó dos informes al regente en los que describía los males que habían caído sobre Francia debidos a la falta de moneda, depreciada en diversas ocasiones. Aseguraba que el dinero en metálico, sin la ayuda del papel moneda, era totalmente inapropiado para las necesidades de un país comercial. Citó en particular los ejemplos de Gran Bretaña y Holanda para mostrar las ventajas del papel moneda. Utilizó muchos argumentos convincentes sobre el tema del crédito y propuso como medio para restaurar el de Francia, entonces uno de los peores países al respecto, que se le autorizara la creación de un banco que gestionara los ingresos reales y emitiera billetes con esa garantía y con la de la tierra. Propuso, además, que este banco se administrara en nombre del rey, pero sujeto al control de comisionados nombrados por los Estados Generales.

Mientras se consideraban estas propuestas, Law tradujo al francés su ensayo sobre el dinero y el comercio y empleó todos los medios para difundir por todo el país su prestigio como financiero. Pronto se habló de él. Los confidentes del regente propagaron sus alabanzas por doquier y todos esperaban grandes cosas de Monsieur Lass*.

El 5 de mayo de 1716 se publicó un edicto real que autorizaba a Law, junto a su hermano, a fundar un banco bajo el nombre de Law y Compañía, cuyos billetes se aceptarían en pago de impuestos. Se fijó el capital en seis millones de libras, dividido en doce mil acciones de quinientas libras cada una, comprables una cuarta parte en moneda y el resto en billets d'état (títulos del Estado). No se consideró oportuno concederle la totalidad de los privilegios que solicitaba en sus informes hasta que la experiencia mostrara su seguridad y provecho.

* Los franceses pronunciaban así su nombre para evitar el sonido *aw* ajeno a su idioma. Tras el fracaso de su proyecto los bromistas decían que el país estaba *lasse de lui* (hastiado de a y propusieron que en lo sucesivo se le conociera bajo el nombre de Monsieur Helas (desgraciadamente).

Law se encontraba ahora en camino hacia la fortuna. Sus estudios de treinta años le guiaron para la gestión de su banco. Emitió todos sus billetes pagaderos a la vista y en la moneda que entonces era corriente. Esto fue un golpe maestro e inmediatamente los billetes se convirtieron en más valiosos que los metales preciosos. Estos últimos estaban sujetos a una constante depreciación a causa de la manipulación imprudente del gobierno. Mil libras de plata podían cotizarse a su valor nominal un día y reducirse una sexta parte al día siguiente. En cambio, un billete de Law conservaba su valor original. Éste declaró públicamente al

mismo tiempo que un banquero que emitiera papel sin tener la seguridad suficiente de responder a todas las demandas merecía la muerte. Como consecuencia, la estima pública por sus billetes creció rápidamente, hasta el punto de cotizarse un uno por ciento más que la moneda. No pasó mucho tiempo sin que el comercio de la nación percibiera los beneficios. Las lánguidas ventas comenzaron a levantar cabeza, los impuestos se pagaron con mayor regularidad y menos quejas, y se estableció un grado de confianza que, si proseguía, sería aún más provechoso. En el transcurso de un año los billetes de Law llegaron a cotizar con un quince por ciento de prima, mientras que los billets d'état, el papel emitido por el gobierno como garantía de las deudas contraídas por el

despilfarrador Luis XIV, cotizaban con un descuento no inferior al 78,5 %. La diferencia era tan abismal a favor de Law que atrajo la atención de todo el reino y su reputación se extendió día tras día. Casi simultáneamente se abrieron sucursales de su banco en Lyon, La Rochelle, Tours, Amiens y Orleans. Al parecer, el regente se asombró muchísimo de su éxito poco a poco llegó a la convicción de que el papel moneda, que tanto podía ayudar al dinero en metálico, podía llegar a desbancarlo. Basándose en este error fundamental actuó después en consecuencia. Mientras tanto, Law ponía en marcha el famoso proyecto que había de perpetuar su nombre. Propuso al regente (que no le podía negar nada) la creación de una compañía que ostentara el privilegio exclusivo del comercio con el gran río Misisipí y la provincia de Luisiana en su ribera occidental. Se creía que en esa región abundaban los metales preciosos y la compañía, respaldada por los beneficios de su comercio en exclusiva, sería la única que recolectaría impuestos y acuñaría moneda. Se emitieron cartas de patente, y se constituyó la compañía en agosto de 1717. El capital se dividió en doscientas mil acciones de quinientas libras cada una, pagaderas en billets d'état a su valor nominal, aunque no valieran más de ciento sesenta libras en el mercado.

Fue entonces cuando el frenesí de la especulación empezó a adueñarse de la nación. El banco de Law había sido tan positivo que inmediatamente se daba crédito a cualquier promesa que creyera conveniente formular. El regente concedía cada día nuevos privilegios al afortunado promotor. El banco obtuvo el monopolio de la venta del tabaco, el derecho exclusivo del refinado del oro y la plata y finalmente se convirtió en el Banco Real de Francia. Entre la intoxicación provocada por el éxito, tanto Law como el regente olvidaron la máxima que tan alto proclamara el primero: que un banquero merecía la muerte si emitía papel sin los fondos necesarios para respaldarlo. Tan pronto como el banco dejó de ser privado para convertirse en una institución pública, el regente ordenó la fabricación de billetes por valor de mil millones de libras. Ésta fue la primera vez que se apartaron de los principios y en esa ocasión no puede culparse a Law.

Mientras él controló los asuntos del banco, las emisiones nunca superaron los sesenta millones. No se sabe si Law se opuso a un aumento tan desmesurado, pero como éste tuvo lugar tan pronto como el banco se convirtió en establecimiento real, resulta razonable culpar al regente del cambio de sistema.

Law descubrió que vivía bajo un gobierno despótico, pero aún no era consciente de la influencia perniciosa que tal gobierno podía ejercer sobre una estructura tan delicada como la del crédito. Lo descubrió más tarde para su pesar, pero mientras tanto sufrió la presión del regente para que tomar rumbos que su razón

no debió haber aprobado. Con una debilidad muy culpable prestó su ayuda para inundar el país de papel moneda que, al carecer de una base sólida, estaba destinado a caer más pronto o más tarde. La extraordinaria fortuna del presente le deslumbró y le impidió ver el funesto día que estallaría sobre su cabeza cuando, por una u otra causa sonara la alarma. El parlamento estuvo desde el principio celoso de la influencia de un extranjero y tenía, además, sus dudas sobre la seguridad de sus proyectos. A medida que se extendía su influencia, la animosidad contra él aumentaba.

El regente cesó sin contemplaciones a D'Aguesseau, el canciller por su oposición al enorme incremento de papel moneda y la constante depreciación de las monedas de oro y de plata del reino. Esto sólo sirvió para aumentar la enemistad del parlamento hacia él, que se hizo más violenta que nunca cuando se nombró a D'Argenson, un hombre dedicado a defender los intereses del regente, para la cancillería vacante y mismo tiempo para el puesto de ministro de finanzas. La primera medida del nuevo ministro provocó una nueva devaluación de la moneda. Para acabar con los *billets d'état* se

ordenó que las personas que llevaran a la casa de la moneda cuatro mil libras en moneda y mil libras en *billets d'état* recibieran a cambio cinco mil libras en monedas. D'Argenson se enorgulleció muchísimo de crear cinco mil libras nuevas y menores a partir de cuatro mil de las antiguas y más grandes, excesivamente ignorante de los verdaderos principios del comercio y del crédito para darse cuenta del inmenso perjuicio que infligía a ambos.

El parlamento advirtió inmediatamente la imprudencia y el peligro de un sistema de este tipo y se quejó repetidamente al regente. Éste rehusó atender sus peticiones y entonces el parlamento, en un audaz e inhabitual arranque de autoridad, ordenó que no se aceptara el pago en dinero que no fuera el antiguo.

El regente convocó un *lit de justice** y anuló el decreto. El parlamento se opuso y emitió otro. De nuevo, el regente ejerció su privilegio y volvió a anularlo, hasta que el parlamento, provocado a ejercer una oposición más empedernida, aprobó otro decreto con fecha de 12 de agosto de 1718, por el cual se prohibía al banco de Law que tuviera relación alguna, directa o indirecta, con la administración de los ingresos. También prohibió, bajo severas penas, que todos los extranjeros intervinieran, ya fuera en su nombre o en el de otros, en la gestión de las finanzas del Estado. El parlamento consideró a Law el autor del mal y algunos de sus miembros, en la virulencia de su enemistad, propusieron que se le juzgara y que si se le encontraba culpable, se le ahorcara frente a las puertas del palacio de Justicia.

Tremendamente asustado, Law corrió al Palacio Real a

*Sesión especial del parlamento de París en la época del Ancien Régime, presidida por el rey, para el registro obligatorio de los decretos reales.

arrojarse bajo la protección del regente, suplicando que se adoptaran medidas para hacer obedecer al parlamento. El regente, que no deseaba más otra cosa, tanto por el asunto que nos ocupa como por las disputas surgidas con relación a la legitimidad del duque de Maine y el conde de Toulouse, los hijos del fallecido rey. Por fin se logró intimidar al parlamento mediante la detención de su presidente y dos diputados, que fueron enviados a cárceles remotas.

Así se pudo disipar la primera nube que se cernía sobre los proyectos de Law. Liberado del temor de peligro personal dedicó su atención a su famoso proyecto

del Misisipí, cuy acciones subían con rapidez a pesar del parlamento. A principios de 1719 se promulgó un decreto que concedía a 1 Compañía del Misisipí el privilegio de comercio exclusivo con las Indias Orientales, China y los Mares del Sur, y c todas las posesiones de la Compañía Francesa de las Inda Orientales, fundada por Colbert. Como consecuencia de es extensión de sus actividades, la Compañía tomó el nombre más apropiado de Compañía de las Indias, y emitió cincuenta mil nuevas acciones. Las perspectivas que se abrían ahora ante Law eran extraordinariamente buenas. Prometió repartir un dividendo anual de doscientas libras por cada acción de quinientas que, como se pagaba en billets d'état a su val nominal, valía en realidad cien libras, es decir, un beneficio anual del ciento veinte por ciento.

El entusiasmo público, que llevaba tiempo en ascenso, pudo resistir un panorama tan espléndido. Hubo por lo m nos trescientas mil peticiones para las cincuenta mil nuevas acciones, y la casa de Law en la Rue de Quincampoix esta asediada de la mañana a la noche por los ávidos solicitante Como no se podía satisfacer a todos ellos, pasaron varias semanas antes de que se pudiera tener una lista de los afortunados nuevos accionistas, plazo durante el cual la impaciencia pública se convirtió en frenesí. Duques, marqueses, condes, con sus respectivas duquesas, marquesas y condesas, esperaron durante horas todos los días en la calle ante la puerta de Law para conocer los resultados. Al final, para evitar los empujones de los plebeyos, que a miles llenaban toda la vía pública, alquilaron apartamentos en las casas de alrededor para poder estar siempre cerca del templo donde el nuevo Pluto repartía riqueza. Cada día que pasaba el valor de las viejas acciones aumentaba, y las nuevas solicitudes, empujadas por los sueños dorados de toda la nación, llegaron a ser tan numerosas que se juzgó aconsejable emitir no menos de trescientas mil acciones, a quinientas libras cada una, con el objetivo de que el regente pudiera aprovechar el entusiasmo popular para amortizar la deuda nacional. Para este propósito se necesitaba la suma de mil quinientos millones de libras. La ilusión del país era tanta, que se habría suscrito el triple si el gobierno lo hubiera autorizado.

Law se encontraba ahora en el cénit de su prosperidad, y la gente se estaba acercando rápidamente al cénit de su encaprichamiento. Tanto las clases altas como las bajas tenían una perspectiva única de riqueza sin límites. No había nadie de renombre entre la aristocracia, con las excepciones del duque de SaintSimon y el mariscal Villars, que no estuviera metido en el negocio de compraventa de acciones. Gente de toda edad, sexo y clase social especulaba con las subidas y bajadas de los títulos del Misisipí. La Rue de Quincampoix era el punto de encuentro principal de los corredores y, como era una calle estrecha e incómoda, continuamente ocurrían accidentes en ella a causa de la tremenda presión de la multitud.

Sus casas, cuyo alquiler solía costar mil libras al año en épocas normales, reportaban ahora unos ingresos de doce a dieciséis mil libras. Un zapatero remendón, que tenía allí u puesto, ganaba unas doscientas libras diarias alquilándolo suministrando material de escritorio a los corredores y su clientes. La historia asegura que un jorobado ganaba sum considerables en la calle ;alquilando su joroba como escrito rio para especuladores impacientes! La gran afluencia de per sonar que se reunían allí para hacer negocios atrajo un afluencia aún mayor de espectadores. Y éstos, a su vez, atraje ron al lugar a todos los

ladrones y gentes de mal vivir d París, de modo que continuamente se producían alborotos peleas. Al anochecer solía ser necesario enviar una patrulla d soldados para despejar la calle.

Law advirtió los inconvenientes de su residencia y s mudó a la Plaza Vendôme, a donde le siguió la multitud d especuladores. Esta espaciosa plaza pronto estuvo tan atestada como la Rue de Quincampoix: parecía una feria de la mañana a la noche. Se levantaron carpas y tenderetes para efectuar transacciones y vender refrescos. Los jugadores apostaron en mitad de la plaza con sus mesas de ruleta, y r cogían una cosecha de oro, o mejor dicho, de papel, de muchedumbre. Se abandonaron los bulevares y jardines públicos, la gente prefería pasear por la Plaza Vendôme, que convirtió en lugar de moda de los ociosos y en lugar de ci de los atareados. El ruido era tan fuerte durante todo el que el canciller, cuyo tribunal se encontraba en esta plaza, quejó al regente y a la municipalidad de que no podía oír los abogados. Cuando se informó a Law, se mostró dispuesto a colaborar en la evitación de molestias y con este fin negoció con el príncipe de Carignan la ocupación del Hôtel de

Soissons, que tenía un jardín de varios acres en la parte trasera. El acuerdo se cerró con la adquisición del hotel por parte de Law a un precio enorme, reservándose el príncipe los magníficos jardines como nueva fuente de ingresos. Tenía varias bonitas estatuas y fuentes y su diseño era de un gusto exquisito. Tan pronto se instaló Law en su nueva residencia, se promulgó un decreto que prohibía la compraventa de acciones en cualquier otro lugar que no fuera los jardines del Hôtel de Soissons. Allí, en medio de los árboles, se erigieron unas quinientas pequeñas carpas y casetas para comodidad de los corredores. Sus variados colores, las festivas bandas y enseñas que ondeaban en ellas, la atareada multitud que entraba y salía continuamente, el murmullo incesante de voces, el ruido, la música y la extraña mezcla de negocios y placer que se reflejaba en el semblante de la muchedumbre, todo ello unido confería al lugar un aire de encantamiento que sedujo completamente a los parisinos. El príncipe de Carignan obtuvo beneficios enormes mientras el delirio duró. Cada carpa se alquilaba por quinientas libras mensuales, y como había por lo menos quinientas, ello le suponía, sólo por este concepto, unos ingresos mensuales de unas 250.000 libras, o más de 10.000 libras esterlinas.

El viejo y honrado mariscal Villars se sentía tan irritado de la locura que se había apoderado de sus conciudadanos que nunca pudo hablar con calma del asunto. Un día que atravesaba la Plaza Vendôme en su carruaje, el irascible caballero se disgustó tanto de la chifladura de la gente que ordenó bruscamente a su cochero que se detuviera, y sacando la cabeza por la ventanilla del carruaje les arengó durante media hora sobre su «repugnante avaricia». Desde luego, no fue una conducta muy acertada por su parte. Por todas partes resonaban silbidos y risotadas, y le hicieron numerosas burlas. Como al final había señales muy evidentes de que algo más sólido estaba volando en dirección a su cabeza, el mariscal decidió proseguir su camino. Nunca más volvió a repetir el experimento.

Dos hombres de letras sobrios, tranquilos y filosóficos, M. de la Motte y el abad Terrason, se felicitaron mutuamente de que, por los menos, ellos estuvieran libres de esta extraña adicción. Pocos días después, el digno abad salía del Hôtel de Soissons, adonde había ido a comprar acciones del Misisipí, y a quién ve sino a

su amigo La Motte que entraba con el mismo propósito. «¡Eh! —dice el abad sonriendo

Eres tú?» «Sí —contesta La Motte, empujando frente a él tanto como podía—. tY es posible que seas tú?» La próxima vez que los dos estudiosos se encontraron, hablaron de filosofía, de ciencia y de religión, pero durante mucho tiempo ninguno de los dos tuvo el valor de hablar una sola palabra sobre el Misisipí. Cuando por fin lo hicieron, convinieron que nadie debería jurar que nunca haría una cosa, y que no había ningún tipo de derroche del que no fuera capaz incluso un hombre sabio.

Durante esta época, Law, el nuevo Plutón, dios de la riqueza, se había convertido de pronto en el hombre más importante del Estado. Los cortesanos abandonaron las antecámaras del regente. Nobles, jueces y obispos se apiñaban en Hôtel de Soissons; a oficiales del ejército y la marina, damas nobles y de actualidad, y a todo aquel a quien un rango hereditario o un empleo público le permitiera reclamar prioridad se les encontraba esperando en su antecámara para implorar una participación en su negocio de las Indias. Law estaba tan agobiado que no podía ver siquiera a la décima parte de los

solicitantes, que utilizaban todo tipo de estratagemas para tener acceso a él. Nobles, cuya dignidad habría sido ultrajada si el regente les hubiera hecho esperar media hora para una entrevista, estaban contentos de esperar seis horas para tener la oportunidad de ver a Monsieur Law. Se pagaban sumas enormes a sus criados para que simplemente anunciaran sus nombres. Damas de alto rango empleaban la zalamería de sus sonrisas con el mismo propósito, pero muchas tenían que regresar día tras día durante una quincena antes de lograr ser recibidas. Cuando Law aceptaba una invitación, estaba a veces tan rodeado de damas, todas pidiendo que sus nombres figuraran en su lista de nuevas accionistas, que, a pesar de su reconocida y popular galantería, se veía obligado a desaparecer a toda velocidad. Se empleaban las estratagemas más absurdas para disponer de la oportunidad de hablar con él. Una dama que había procurado en vano verle durante varios días, renunció desesperada a todo intento de visitarle en su casa, pero ordenó a su cochero que vigilara atentamente mientras circulaban, y que si veía a Monsieur Law dirigiera el carruaje contra un poste y lo hiciera volcar. El cochero prometió que así lo haría y durante tres días estuvo paseando a su señora sin descanso por la ciudad, mientras ésta rogaba interiormente que se presentara la oportunidad de volcar. Al fin, divisó a Mr. Law y tirando de la cuerda gritó al cochero: «¡Vuelque ahora!, por el amor de Dios, ¡vuelque ahora!». El cochero se abalanzó contra un poste, la dama gritó, el vehículo volcó y Law, que había visto el «accidente», se precipitó hacia el lugar para prestar ayuda. La astuta dama fue llevada al Hôtel de Soissons, donde pronto le pareció aconsejable recuperarse del susto, y después de ofrecer sus disculpas a Mr. Law confesó su estratagema. Law sonrió, y anotó el nombre de la dama en

sus libros como compradora de una determinada cantidad de las acciones de las Indias. Otra historia que se cuenta es la de madame de Boucha, que, sabiendo que Mr. Law estaba cenando en cierta casa, se dirigió allí en su carruaje y dio la voz de alarma de fuego. Todos abandonaron la mesa y Law con ellos, pero al ver que una dama se precipitaba dentro de la casa hacia él, cuando todos los demás salían de ella, sospechó que era una treta y huyó en otra dirección.

Se cuentan muchas otras anécdotas que merece la pena conservar aunque puedan ser un tanto exageradas, porque retratan muy bien el espíritu de este período singular*. El regente contaba un día, en presencia de D'Argenson, el abad Dubois y algunos otros, que quería asignar el cometido de cuidar de su hija en Módena a una dama que, como mínimo fuera duquesa, «pero —añadía— no sé exactamente dónde puedo encontrar una». «¿No? —contestó alguien con sorpresa fingida— Yo puedo decirle dónde encontrará todas las duquesas de Francia: sólo tiene que ir a casa de Mr. La y las verá reunidas en su antecámara.» M. de Chirac, un médico famoso, había comprado acciones en mal momento y estaba muy ansioso por venderlas. Si embargo, las acciones siguieron cayendo durante dos o tres días más, con gran alarma por su parte. No pensaba en otra cosa cuando repentinamente fueron requeridos sus servicios para que atendiera a una dama que se sentía indispuesta. Llegó, lo condujeron escaleras arriba y tomó el pulso de la señora.

* El lector curioso puede encontrar una anécdota relativa a las ansias de las damas francesas por retener a Law en su compañía, que le hará sonrojarse o sonreír según sea una persona recatada o todo lo contrario. cuenta en las Cartas de Madame Charlotte Elizabeth de Baviera, duquesa Orleans, volumen II, página 274.

«¡Cae! ¡Cae! ¡Dios santo! ¡Cae continuamente!», decía pensativamente, mientras la dama escrutaba su cara, esperando ansiosa el diagnóstico. «¡Oh, M. de Chirac! —dijo, poniéndose de pie y tocando la campanilla pidiendo ayuda— ¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo! ¡Cae! ¡Cae! ¡Cae!». «¿Qué cae?», preguntó el doctor, sorprendido. «¡Mi pulso! ¡Mi pulso! —dijo la dama— Debo de estar muriéndome». «Tranquílcese, mi querida señora —dijo M. de Chirac—, estaba hablando de las acciones. La verdad es que he perdido mucho y tengo la cabeza tan trastornada que apenas sé qué estaba diciendo.»

La cotización de las acciones subía a veces un diez o un veinte por ciento en el transcurso de unas pocas horas, y muchas personas humildes que se habían levantado pobres por la mañana se acostaban ricas por la noche. Un propietario de muchas acciones cayó enfermo y envió a su criado a vender doscientas cincuenta de ellas a ocho mil libras cada una, que era la cotización en aquel momento. El criado se marchó y cuando llegó al Jardín de Soissons descubrió que en el intervalo la cotización había aumentado hasta las diez mil libras. La diferencia de dos mil libras multiplicada doscientas cincuenta acciones, es decir, 500.000 libras o 20.000 libras esterlinas, se las embolsó con toda frescura y, tras entregar el resto a su amo, aquella misma tarde se marchó del país. El cochero de Law ganó en poco tiempo dinero suficiente para tener carruaje propio y le pidió permiso para dejar de estar a su servicio. Law, que le apreciaba, le pidió como favor que le encontrara un sustituto tan bueno como él antes de dejar el puesto. El cochero accedió y por la tarde llevó ante la presencia de Mr. Law a dos de sus antiguos camaradas, y le dijo que escogiera a uno de ellos y que él se quedaría al otro. Pinches

de cocina y lacayos eran de vez en cuando igual de afortunados y, con una tremenda soberbia por su riqueza fácilmente adquirida, cometían los errores más ridículos. Como conservaban los modales y la forma de hablar de antes junto a las galas de su nueva condición, ofrecían motivos continuos de lástima para las personas sensatas, de desprecio para las personas muy serias y de risa para todo

el mundo. Pero los disparates y la mezquindad de las clases elevadas eran aun más desagradables. Un ejemplo sólo, relatado por el duque de SaintSimon, muestra la indigna avaricia que contaminaba a toda la sociedad. Un hombre llamado André, sin educación ni carácter, había ganado una enorme fortuna en un espacio de tiempo increíblemente corto gracias a unas oportunas especulaciones con títulos del Misisipí. En palabras de Saint Simon: «había amasado montañas de oro». Al hacerse rico se avergonzó de su humilde origen y ansiaba por encima de todo formar parte de la nobleza. Tenía una hija, una criatura de tan sólo tres años, e inició negociaciones con la aristocrática y necesitada familia de D'Oyse para que esta niña se casara, bajo ciertas condiciones, con algún miembro de esa casa. El marqués D'Oyse consintió, para su vergüenza, y permitió casarse él mismo con ella cuando llegara a los dos años de edad, si el padre le pagaba la suma de cien mil coronas al momento y veinte mil libras cada año hasta la celebración de la boda. El marqués tenía treinta y tres años. Es, escandaloso acuerdo fue debidamente firmado y sellado, cediendo, además, el especulador a dotar a su hija el día de boda con una fortuna de varios millones. El duque de Brancas, cabeza de la familia, estuvo presente durante todas las negociaciones y compartía todos los beneficios. Saint Simon, que trata el asunto con la ligereza propia de lo que consideraba un buen chiste, añade: «la gente no ocultó su animadversión a tan hermosa boda», y además nos informa de que «el proyecto se fue a pique unos meses más tarde a causa de la caída de Law y de la ruina del ambicioso Monsieur André». Al parecer, sin embargo, la noble familia nunca tuvo la honradez de devolver las cien mil coronas que había recibido de entrada. En medio de tales acontecimientos que, por humillantes que sean, son en gran medida ridículos, ocurrieron otros de naturaleza más seria. Los robos en las calles eran el pan nuestro de cada día, como consecuencia de la gran cantidad de dinero en papel que la gente llevaba encima. Los asesinatos eran también frecuentes. Un caso en particular atrajo la atención de toda Francia, no sólo por la gravedad del delito, sino también por el rango social y los importantes parientes del delincuente. El Conde D'Horn, hermano menor del príncipe d'Horn y emparentado con las familias nobles de D'Aremberg, De Ligne y De Montgomery, era un joven de vida disoluta, extremadamente derrochador y tan carente de principios como despilfarrador. Junto a otros dos jóvenes tan irresponsables como él, un capitán piamontés llamado Mille y un flamenco de nombre Destampes o Lestang, se propuso robar a un corredor riquísimo del que se sabía, para su desgracia, que llevaba mucho dinero encima. El conde fingió que quería comprarle acciones de la Compañía de las Indias y con este propósito lo citó en un cabaré o taberna de poca categoría, en las cercanías de la Plaza Vendôme. El confiado corredor acudió puntual a la cita y también lo hicieron el conde D'Hor y sus dos socios, a quienes presentó como amigos personales. Tras una breve conversación, el conde D'Horn saltó de repente sobre su víctima y le acuchilló tres veces en el pecho con un puñal. El hombre cayó pesadamente al suelo y, mientras el conde se dedicaba a robar su cartera de valores del Misisipí y de proyectos de las Indias por un valor de cien mil coronas, Mille, el piamontés, acuchillaba una y otra vez al desgraciado corredor para asegurarse de su muerte. Pero el corredor no cayó sin luchar y sus gritos atrajeron en su ayuda a

la gente que estaba en el cabaré. Lestang, el otro asesino, que se había apostado en una escalera para vigilar, saltó por una ventana y huyó, pero Mille y el conde d'Horn fueron capturados en el acto. Este crimen, cometido a plena luz del día y en un lugar tan concurrido como un cabaré, consternó a todo París. El juicio contra los asesinos comenzó al día siguiente y al ser las evidencias tan claras, ambos fueron declarados culpables y condenados a ser descuartizados vivos en la rueda. Los parientes nobles del conde d'Horn bloquearon completamente las antecámaras del regente, suplicando clemencia para el descarriado joven, alegando que estaba loco. El regente los evitó mientras pudo, decidido a que en un caso tan atroz la justicia siguiera su curso. Sin embargo, la insistencia de estos solicitantes tan influyentes no se podía evitar dando la callada por respuesta y al final consiguieron forzar su presencia ante el regente, a quien suplicaron que evitara a su familia la vergüenza de una ejecución pública. Dieron a entender que los príncipes d'Horn estaban emparentados con la ilustre familia De Orleans y añadieron que no sería favorable para el mismo regente que uno de sus parientes muriera a manos del verdugo común. En favor del regente hay que decir que se mantuvo firme frente a las presiones de todo tipo y replicó a su último argumento con las palabras de Corneille: «Se debe sentir vergüenza por el crimen, y no por el modo de ejecución», y añadió que cualquiera que fuera la vergüenza que pudiera conllevar el castigo, él estaría dispuesto a compartirla con los otros parientes. Día tras día renovaban sus súplicas, siempre con el mismo resultado. Por último, pensaron que si podían interesar en su favor al duque de Saint Simon —un hombre por quien el regente sentía verdadero aprecio—, podrían conseguir su objetivo. El duque, un aristócrata de pies a cabeza, se escandalizó tanto como ellos de que un asesino de la nobleza tuviera la misma muerte que un delincuente plebeyo, y manifestó al regente que no sería conveniente para él enemistarse con una familia tan numerosa, rica y poderosa. También insistió en que en Alemania, donde la familia D'Aremberg tenía grandes propiedades, la ley decía que ningún pariente de una persona que hubiera sido descuartizada viva en la rueda podía desempeñar cargo o empleo público alguno hasta pasada una generación. Por este motivo, pensaba que el castigo que debía sufrir el culpable podría cambiarse por el de decapitación, considerado en toda Europa como mucho menos infame. Al regente le convenció este argumento y estaba a punto de consentir, cuando Law, que se sentía especialmente afectado por la suerte del asesinado, le confirmó en su primera resolución de dejar que la ley siguiera su curso. Los parientes de D'Horn se veían ahora llevados a soluciones extremas. El príncipe de Robec Montmorency, perdida la esperanza en otros métodos, encontró el medio de entrar en la mazmorra del criminal, al que ofreció una dosis de veneno, implorándole que los salvara de la desgracia. El conde D'Horn giró la cabeza y rechazó tomarlo. Montmorency insistió una vez más, pero perdió la paciencia tras sus continuos rechazos, se dio media vuelta y exclamó: «¡Muere, pues, como desees, miserable rastrero! ¡No vales más que para perecer a manos del verdugo!», dejándole a su suerte. El mismo D'Horn suplicó al regente que lo decapitaran, pero Law, que ejercía sobre él más influencia que cualquier otra persona, con la excepción del famoso abad Dubois, su tutor, insistió en que en justicia no podía sucumbir al interesado

punto de vista de los D'Horn. El regente había sido de , la misma opinión desde el principio, y seis días después de la comisión del crimen, D'Horn y Mille fueron descuartizados en la rueda en la Plaza de Grève. El otro asesino, Lestang, nunca fue capturado.

Al populacho de París le gustó mucho esta justicia rápida y severa. Incluso M. de Quincampoix, como llamaban a Law, compartió su beneplácito por haber inducido al regente a no mostrar favoritismo hacia un patricio. Pero el número de robos y asesinatos no disminuía, y no se mostraba simpatía por los ricos especuladores cuando los desvalijaban. La relajación general de la moral pública, bastante notable con anterioridad, creció aún más con su rápida propagación por entre las clases medias que, hasta entonces, habían permanecido relativamente puras en comparación con los vicios declarados de las clases altas y los delitos ocultos de las clases inferiores. La pasión perniciosa por el juego se extendió por toda la sociedad y desalojó a su paso toda virtud pública y casi toda la privada. Durante un tiempo, mientras duró la confianza, se dio un ímpetu al comercio que no podía ser sino beneficioso. Los buenos resultados se advertían sobre todo en París. Los extranjeros acudían en tropel a la capital desde todas partes, no sólo para ganar dinero sino también para gastarlo. La duquesa de Orleans, madre del regente, calcula en 305.000 almas el aumento de población durante esta época, debido al gran flujo de extranjeros llegados de todas partes del mundo. Los posaderos tuvieron que instalar camas en desvanes, cocinas y hasta en las caballerizas para acomodar a los huéspedes, y la ciudad estaba tan llena de carruajes y vehículos de todas clases, que éstos se veían obligados a circular por las principales calles a ritmo de peatón por temor a los accidentes. Los telares de todo el país trabajaban a un ritmo fuera de lo normal. Para ofrecer exquisitos encajes, sedas y terciopelos que se pagaban en papel moneda a un precio que se había cuadruplicado. Los comestibles también se encarecieron. Se vendía el pan, la carne, las frutas y las verduras a los precios más altos que jamás se habían visto, al tiempo que los jornales y salarios subían exactamente en la misma proporción. El artesano que antes ganaba quince sueldos por día, ahora se embolsaba sesenta. Se construían nuevas casas por todas partes, una prosperidad ilusoria brillaba en el país, y tan deslumbrados estaban los ojos de toda la nación que nadie pudo apercibirse de los nubarrones que anunciaban en el horizonte la tormenta que se acercaba a toda prisa.

El mismo Law, el mago cuya varita mágica había provocado un cambio tan sorprendente, participaba, por supuesto, de la prosperidad general. Su esposa e hija eran cortejadas por la más alta nobleza, y los herederos de las casas ducales y principescas de Francia buscaban su alianza. Adquirió dos espléndidas propiedades en diferentes partes de Francia e inició negociaciones con la familia del duque de Sully para la compra del marquesado de Rosny. Su religión era un obstáculo para su progreso, ya que el regente prometió nombrarle interventor general de finanzas si abrazaba públicamente la fe católica. Law, que no tenía más religión real que cualquier otro jugador declarado, aceptó rápidamente y fue confirmado por el abad de Tencin en la catedral de Melun, en presencia de una gran multitud de espectadores*. Al día siguiente fue elegido

* Con este motivo circuló el siguiente verso satírico:

¡Basta de tu celo seráfico Desdichado abad de Tencin Desde que Law es católico todo el reino es capuchino!

coadjutor honorario de la parroquia de Saint Roch, con ocasión de lo cual hizo un donativo de quinientas mil libras. Sus obras de caridad, siempre espléndidas, no eran siempre tan ostentosas. Donaba grandes sumas en privado y ninguna historia de verdadera necesidad llegaba a sus oídos en vano.

En aquellos momentos era la persona más influyente del Estado, con diferencia. El duque de Orleans tenía tanta confianza en su sagacidad y en el éxito de sus planes que siempre le consultaba sobre todos los asuntos de actualidad. No se sentía envanecido en absoluto por su prosperidad, sino que siguió siendo el mismo hombre sencillo, afable y sensato que había sido en la adversidad. Su galantería, que siempre había encantado a sus lindas destinatarias, era de un natural tan amable, tan caballeroso y tan respetuoso que ni siquiera un amante podía haberse sentido ofendido por ello. Si en algún momento mostraba síntomas de altivez, era con los rastreros nobles que le colmaban de adulaciones de forma exagerada. A menudo le agradaba ver cuánto tiempo podía tenerlos bailando a su capricho a cambio de un solo favor. Para los compatriotas que casualmente visitaban París y querían entrevistarse con él, era, por el contrario, todo amabilidad y atenciones. Cuando Archibald Campbell, conde de Islay y luego duque de Argyle, le pidió cita en la Plaza Vendôme, tuvo que atravesar una antecámara repleta de personas de primera categoría, todas ellas

- - -

Que Justandson interpretó de la forma siguiente, algo aligerada, en su traducción de las Memorias de Luis XV

Tencin, una maldición de seráfico celo
Cuya persuasión ha logrado
Que el escocés se arrodille en nuestros altares
Y desde entonces ¡todos somos pobres como capuchinos!

ansiosas de ver al gran financiero y de que sus nombres figurasen los primeros en la lista de alguna nueva suscripción. Mientras, Law estaba sentado tranquilamente en su biblioteca, escribiendo una carta al jardinero de la propiedad paterna de Lauriston sobre ¡el plantado de algunas coles! El conde permaneció allí bastante tiempo, jugó una partida de cartas con su compatriota y se quedó encantado de su trato, sentido común y buena educación.

Entre los nobles que, aprovechando la credulidad pública de la época, ganaron dinero suficiente para restaurar sus arruinadas fortunas, podemos citar a los duques de Borbón, de Guiche, de la Force*, de Chaulnes y d'Antin; el mariscal d'Estrées, los príncipes de Rohan, de Poix y de Léon. El duque de Borbón, hijo de Luis XIV y Madame de Montespan, fue especialmente afortunado en sus especulaciones con los títulos del Misisipí. Reconstruyó la residencia real de Chantilly con una magnificencia insólita y, como era un apasionado de los caballos, construyó una serie de cuadras que durante mucho tiempo fueron famosas en toda Europa e importó de Inglaterra ciento cincuenta de los mejores caballos de carrer para mejorar la raza en Francia. Adquirió una gran extensión de terreno en Picardía y llegó a ser propietario de casi todas 1 tierras valiosas que había entre el Oise y el Somme.

Cuando se ganaban fortunas como éstas, no es extraño

* El duque de la Force ganó considerables sumas de dinero, no sólo especulando con acciones sino también comerciando con porcelanas, especias, etcétera. Durante un tiempo se debatió en el parlamento de París si, en su calidad de comerciante de especias, había perdido o no su rango de nobleza. Se decidió que no lo había perdido. Una caricatura suya le representaba vestido de mozo de cuerda, cargando a la espalda un enorme fardo de especias con la inscripción «Admiren LA FORCE».

que Law fuera casi adorado por la voluble población. Ningún monarca fue tan lisonjeado como él. Todos los poetas y literatos de la época vertieron sobre él riadas de adulación. Según ellos, era el salvador del país, la divinidad tutelar de Francia; en todas sus palabras había agudeza, bondad en todas sus miradas y sabiduría en todos sus actos. Cuando viajaba, tanta gente seguía su carruaje que el regente le enviaba una tropa a caballo como escolta permanente para que le abriera camino por las calles.

Se destacaba en aquellos momentos que París nunca había estado tan lleno de objetos elegantes y lujosos. De países extranjeros se importaban en grandes cantidades estatuas, pinturas y tapices, que encontraban un mercado bien dispuesto. Todos los muebles y ornamentos, con sus preciosos detalles que los franceses hacen tan bien, ya no eran el juguete exclusivo de la aristocracia, sino que se encontraban en abundancia en las casas de los comerciantes y de las clases medias en general. Las joyas más caras se traían a París por ser el mercado más favorable, entre ellas el famoso diamante adquirido por el regente y que lleva su nombre, y que adornó durante mucho tiempo la corona de Francia. Fue comprado por dos millones de libras, en circunstancias que evidenciaban que el regente no había salido ganando tanto como algunos de sus súbditos en el impulso que había recibido el comercio. Cuando por primera vez le ofrecieron el diamante rehusó adquirirlo, aunque deseaba poseerlo por encima de todo, alegando que sus deberes con el país que gobernaba no le permitían gastar una suma tan grande de dinero del erario en una simple joya. Esta honorable y válida justificación alarmó a todas las damas de la corte y durante algunos días no se oyó otra cosa que lamentaciones de que se permitiera que una joya tan rara saliera de

Francia, al no haber un particular con el dinero suficiente para comprarla. El regente fue continuamente importunado por ello, pero en vano, hasta que el duque de Saint Simon que, a pesar de su capacidad era un poco disparatado, asumió el costoso negocio. Como sus súplicas fueron secundadas por Law, el amable regente dio su consentimiento, dejando al ingenio de éste la tarea de encontrar los medios con que pagar el diamante. El propietario recibió garantías del pago de dos millones de libras en un plazo dado, cobrando entretanto un interés del cinco por ciento de esta cantidad, permitiéndosele además que conservara todos los valiosos recortes de la gema. Saint Simon relata en sus *Memoires* su participación en esta transacción con no poca complacencia. Tras describir al diamante como tan grande como una ciruela, de forma casi redonda, completamente blanco y sin defecto alguno, y de quinientos granos de peso (alrededor de treinta gramos), concluye con una risita, diciéndole al mundo que «se atribuye mucho mérito a sí mismo por haber inducido al regente a hacer una compra tan ilustre». En otras palabras, estaba orgulloso de haberle inducido a

incumplir su deber, haciéndole comprar una chuchería para sí mismo a un precio exorbitante con cargo al erario.

Así continuó floreciendo el sistema hasta comienzos de año 1720. No se tuvieron en cuenta las advertencias del parlamento en el sentido de que una creación excesiva de papel moneda llevaría al país a la bancarrota antes o después. El regente,

que no sabía nada en absoluto de la filosofía de las finanzas, pensaba que un sistema que había producido efectos tan positivos nunca podía ser llevado a ese extremo. Si quinientos millones en papel moneda habían sido tan provechosos, quinientos millones adicionales lo serían aún más. Éste

fue el gran error del regente, que Law no intentó deshacer. La extraordinaria avaricia de la gente mantenía el espejismo, y cuanto mayor era la cotización de las acciones de las Indias y del Misisipí, más billetes de banco se emitían para estar a la par. El edificio así erigido podría compararse acertadamente con el magnífico palacio construido por Potemkin, el príncipe bárbaro de Rusia, para sorprender y agradar a su amante imperial: grandes bloques de hielo apilados unos sobre otros, columnas jónicas de hielo de la más impecable factura formaban un noble pórtico y una bóveda del mismo material brillaba al sol, que poseía la potencia suficiente para dorarlo, pero no para fundirlo. Refulgía a lo lejos, como un palacio de cristales y diamantes, pero he aquí que un día llegó una brisa cálida del sur y el majestuoso edificio se disolvió hasta el punto que nadie fue capaz de recoger los fragmentos. Así ocurrió con Law y su sistema de papel moneda. En cuanto el aliento de la desconfianza del pueblo sopló ininterrumpidamente sobre él, se desmoronó y ya nadie pudo levantarlo de nuevo.

El primer indicio de alarma surgió a comienzos de 1720. El príncipe de Conti, ofendido porque Law le hubiera negado acciones nuevas de las Indias, a su precio, reclamó a su banco el pago en moneda de una cantidad tan enorme de billetes que se necesitaron tres vagones para su transporte. Law se quejó al regente y le llamó la atención sobre el perjuicio que se produciría si el ejemplo encontraba muchos imitadores. El regente era bien consciente de ello, así que mandó llamar al príncipe de Conti y le ordenó, bajo pena que de lo contrario le produciría un gran disgusto, que reembolsara al banco las dos terceras partes de las monedas que había retirado. El príncipe se vio obligado a obedecer la tiránica orden. Afortunadamente para la reputación de Law, Conti era una persona impopular: todo el mundo condenaba su mezquindad y codicia y estaba de acuerdo en que Law no había sido bien tratado. Es extraño, sin embargo, que esta solución por los pelos no provocara ni en Law ni en el regente el ansia de restringir las emisiones de papel moneda. Pronto otros imitaron por desconfianza el ejemplo de lo que Conti había hecho por venganza. Los corredores más perspicaces previeron que los precios no podían seguir subiendo siempre. Bourdon y La Richardière, famosos por sus grandes operaciones con fondos, fueron convirtiendo los billetes en moneda, de forma silenciosa y poco a poco cada vez, y enviándola al extranjero. También compraron todo lo que podían cargar cómodamente de plata y joyería de valor y la enviaron en secreto a Inglaterra u Holanda. Vermalet, un corredor que se olió la tormenta que se avecinaba, se aprovisionó de monedas de oro y de plata por un valor de casi un millón de libras, que empaquetó en una carreta de granjero y cubrió con heno y estiércol. Luego se puso el blusón sucio de un campesino y condujo sin

problemas su preciosa carga hasta Bélgica. Allí encontró los medios necesarios para llevarla a Amsterdam.

Hasta entonces nadie había experimentado dificultad de ningún tipo en procurarse moneda según sus necesidades. Pero este sistema no podía proseguir sin provocar escasez. Por todas partes se alzaron quejas y al abrirse la investigación pronto se averiguó la causa. El consejo debatió largamente sobre las soluciones a poner en práctica y Law, llamado para, ofrecer consejo, era de la opinión de que se debía promulgar un decreto para devaluar el valor de la moneda un cinco por ciento por debajo del papel moneda. El decreto se promulgó pero al no ser suficiente para producir el efecto deseado, fue seguido por otro en el que la devaluación se aumentaba al

diez por ciento. Al mismo tiempo se restringieron los pagos efectuados por el banco a cien libras de oro y diez de plata. Todas estas medidas fueron ineficaces para restablecer la confianza en el papel, aunque la restricción de los pagos en moneda dentro de límites tan estrechos mantuvo el crédito del banco.

No obstante, a pesar de todos los esfuerzos por evitarlo, los metales preciosos siguieron fluyendo hacia Inglaterra y Holanda. Las monedas pequeñas que quedaron en el país se atesoraron cuidadosamente o se ocultaron hasta que la escasez fue tan grande que las operaciones comerciales habituales no se pudieron llevar a cabo. En esta situación de urgencia, Law se aventuró a realizar el atrevido experimento de prohibir totalmente el uso de moneda. En febrero de 1720 se promulgó un decreto que, en vez de restaurar el crédito del papel, como pretendía, lo destruyó sin remedio y llevó el país al borde de la revolución. Este famoso edicto prohibía a toda persona la posesión de más de quinientas libras (veinte libras esterlinas) en moneda, bajo pena de fuerte multa y la confiscación de las sumas encontradas. Prohibía también la compra de joyas, plata y piedras preciosas y se animaba a buscar infractores bajo promesa de que los informantes recibirían la mitad de la suma descubierta. El país enteró lanzó un grito de angustia ante esta tiranía inaudita. Cada día se ponía en marcha la más odiosa de las persecuciones. La intimidad de las familias era violada por la intrusión de los informantes y sus agentes. Se denunciaba a los más honrados y virtuosos por el delito de haber sido vistos con un luis de oro en sus manos. Los sirvientes denunciaron a sus señores, los ciudadanos se convirtieron en espías de sus vecinos, y las detenciones e incautaciones se multiplicaron de tal manera que los tribunales tuvieron dificultades

para sacar adelante el extraordinario. aumento de trabajo que esto ocasionaba. Era suficiente que un informador dijera que sospechaba que alguien estaba ocultando dinero en su casa, para que inmediatamente se dictara una orden de registro. Lord Stair, el embajador inglés, dijo que ahora era imposible dudar de la sinceridad de la conversión de Law al catolicismo; había establecido la inquisición tras haber ofrecido abundantes pruebas de su fe en la transustanciación, al convertir tanto oro en papel.

Sobre el regente y el infeliz Law se vertieron toda clase de epítetos que el odio popular podía concebir. Cualquier cantidad en moneda superior a quinientas libras era un medio de pago ilegal, y nadie tomaba papel si podía evitarlo. Nadie sabía hoy lo que valdrían mañana sus billetes. «Nunca —dice Duclos en sus Memorias Secretas de la Regencia— se vio un gobierno más caprichoso, nunca unas manos menos firmes ejercieron una tiranía tan frenética. Es inconcebible para quienes fueron testigos de los horrores de aquellos tiempos y que ahora

miran atrás sobre ellos como si fuera un sueño, que no estallara repentinamente una revolución, y que Law y el regente no perecieran en una muerte trágica. Ambos estaban horrorizados, pero la gente se limitó a quejarse. Una desesperanza sombría y temerosa y una consternación estúpida se habían apoderado de todos y las mentes de los hombres eran demasiado infames para ser capaces siquiera de un crimen valeroso.» Podría parecer en cierto momento que se había organizado un movimiento popular. Aparecieron escritos sediciosos por las paredes que también se enviaban en forma octavillas a las casas de las personas más importantes. Una ellas, reproducida en las Memorias de la Regencia, decía como sigue: «Señor y señora: esto es para notificarle que el sábado

y el domingo tendrá lugar un nuevo día de San Bartolomé, si no cambian las cosas. Es mejor que no salga, ni usted ni sus criados. ¡Que Dios le libre de las llamas! Informe a sus vecinos. Fechado: 25 de mayo de 1720». El inmenso número de espías que infestaba la ciudad hacía que recelaran unos de otros y, aparte de unos disturbios sin importancia por la tarde provocados por algún grupo insignificante que pronto fue dispersado, la paz de la capital no se puso en peligro.

El valor de las acciones de Luisiana o del Misisipí había caído muy rápidamente y pocos creían de verdad las historias que se habían contado acerca de las inmensas riquezas de la región. Se intentó, por tanto, hacer un último esfuerzo para restablecer la confianza del público en el proyecto del Misisipí. Para este fin se hizo una leva general de todos los miserables de París por orden del gobierno. Se reclutó a más de seis mil de estos desechos de la sociedad, como si se estuviera en tiempo de guerra, y se les proporcionó ropa y herramientas para ser embarcados hacia Nueva Orleans y trabajar en las minas de oro de las que se decía que allí abundaban. Se les hizo desfilar día tras día por las calles con sus picos y palas, y luego fueron enviados en pequeños destacamentos a los puertos a embarcarse para América. Dos terceras partes de ellos nunca llegaron a su destino, sino que se dispersaron por el país, vendieron las herramientas por lo que les quisieron dar por ellas y volvieron a su estilo de vida habitual. En menos de tres semanas la mitad estaba ya otra vez en París. La estratagema, sin embargo, produjo un pequeño avance de las acciones del Misisipí. Mucha gente excesivamente crédula se convenció de que habían comenzado seriamente las actividades en la nueva Golconda y que volverían a encontrarse de nuevo en Francia lingotes de oro y plata.

En una monarquía constitucional deberían haberse encontrado medios más seguros de restaurar el crédito público. Cuando en Inglaterra un delirio similar produjo más tarde una tribulación parecida, ¡que distintas fueron las medidas para repararlo! Pero en Francia, lamentablemente, se dejó el remedio en manos de los autores del desaguisado. La arbitraria voluntad del regente, que intentaba liberar al país, sólo logró hundirlo más en el fango. Se ordenó que todos los pagos se hicieran en papel moneda, y entre el primero de febrero y el fin de mayo se fabricaron billetes hasta una suma superior a los 1.500 millones de libras, o 60.000.000 de libras esterlinas. Pero una vez disparada la alarma, nada pudo conseguir que la gente tuviera la menor confianza en un papel moneda que no se podía cambiar por metal. M. Lambert, el presidente del parlamento de París, dijo en persona al regente que prefería tener cien mil libras en oro o plata que cinco millones en billetes de su banco. Cuando éste llegó a ser el sentimiento general,

las superabundantes emisiones de billetes no hicieron sino incrementar el mal, al hacer todavía más enorme la disparidad entre la cantidad de moneda y los billetes en circulación. La moneda que pretendía depreciar el regente aumentaba de valor a cada nuevo intento de reducirlo. En febrero se estimó aconsejable que el Banco Real formara sociedad con la Compañía de Indias. Con ese fin, el parlamento promulgó y registró un decreto. El Estado seguía garantizando los billetes del banco y no iban a emitirse más sin un mandato del consejo. Desde que se había retirado el banco de las manos de Law y convertido en institución nacional, todos sus beneficios eran traspasados por el regente a la Compañía de Indias. Esta medida hizo aumentar el valor de la Luisiana otras acciones de la compañía durante algún tiempo, pero logró restaurar el crédito público sobre una base permanente.

A principios de mayo se celebró un Consejo de Estado, en el cual Law, D'Argenson (su colega en la administración de las finanzas) y todos los ministros estuvieron presentes. Allí se calculó que el importe total de billetes en circulación ascendía a 2.600 millones de libras, mientras que la moneda del país no llegaba a la mitad de esta suma. Era obvio para la mayoría del consejo que se tenía que elaborar algún plan para equilibrarlos. Algunos propusieron que los billetes se redujeran al valor de la moneda, mientras otros proponían que se aumentara el valor nominal de la moneda hasta igualarlo con el del papel. Se dice que Law se opuso a ambos planes, pero al ser incapaz de sugerir una alternativa, se acordó que los billetes se devaluaran a la mitad de su valor actual. El 21 de mayo se promulgó un decreto por el que se ordenaba que las acciones de la Compañía de las Indias y los billetes de banco redujeran gradualmente su valor, hasta que al final del año valieran solamente la mitad de su nominal. El parlamento rechazó dar entrada al decreto, se produjo una enorme protesta y la situación del país llegó a ser tan alarmante que, como único medio de preservar la tranquilidad, el consejo de regencia se vio obligado a anular sus propias medidas y dictar en el plazo de siete días otro decreto que restablecía el valor de los billetes al original.

El mismo día (el 27 de mayo), el banco dejó de pagar en moneda. Law y D'Argenson fueron cesados en el ministerio. El débil, dubitativo y cobarde regente echó todas las culpas del desaguisado sobre Law, a quien le fue negada la entrada al presentarse en el Palacio Real. Sin embargo, al anochecer se le mandó llamar y entró en el palacio por una puerta secreta (Duclos. Memorias Secretas de la Regencia). El

regente intentó consolarle y le ofreció toda clase de excusas por la severidad con que se había visto obligado a tratarle en público. Tan caprichosa fue su conducta que dos días más tarde lo llevó públicamente a la ópera, le sentó a su lado en el palco real y lo trató con evidente consideración a la vista de todos. Pero tal era el odio contra Law que el experimento casi le resultó fatal. La turba arrojó piedras contra el carruaje cuando entraba por su puerta y si el cochero no hubiera metido el carruaje a toda prisa en el patio y los criados no hubieran cerrado la puerta inmediatamente, con toda probabilidad habría sido arrastrado fuera del carruaje y hecho pedazos. Al día siguiente su esposa y su hija fueron también atacadas por la muchedumbre cuando volvían de las carreras en su carruaje. Cuando el regente fue informado de dichos sucesos, envió a Law un destacamento de guardias suizos, que quedaron apostados día y noche en el patio de su residencia. Al final la indignación pública llegó a tal extremo que Law,

encontrando su casa insegura incluso con esta protección, se refugió en el Palacio Real, en los aposentos del regente.

D'Aguesseau, el canciller que había sido cesado en 1718 por su oposición a los proyectos de Law, fue ahora llamado de nuevo para colaborar en la restauración del crédito público. El regente se daba cuenta demasiado tarde de que había tratado con dureza y desconfianza injustificables a uno de los personajes públicos más capaces y tal vez el único honrado de este corrupto período. Desde su caída en desgracia se había retirado a su casa de campo en Fresnes, donde, en medio de serios pero agradables estudios filosóficos, se había olvidado de las intrigas de una corte indigna. Se envió en un carruaje al mismo Law y al Caballero de Conflans, un caballero de la casa del regente, con órdenes de traer con ellos al ex canciller

a París. D'Aguesseau accedió a prestar la ayuda que pudiera, contra el consejo de sus amigos, que no aprobaban que aceptara una nueva llamada de un ministerio del cual Law era el titular. A su llegada a París, cinco miembros del parlamento conferenciaron con el comisario de Finanzas, y el 1 de junio se publicó una orden aboliendo la ley que declaraba delito la acumulación de moneda en cantidad superior a quinientas libras. Se autorizó a todo el mundo a tener tanta moneda como quisiera. Para poder retirar los billetes de banco se hicieron veinticinco millones de nuevos billetes, avalados por los ingresos de la ciudad de París, al dos y medio por ciento. Los billetes retirados se quemaron públicamente delante del Ayuntamiento. La mayor parte de los nuevos billetes era de diez libras, y el 10 de junio el banco volvió a abrir sus puertas con moneda de plata suficiente para canjearlos.

Tales medidas fueron muy provechosas. Toda la población de París se precipitó al banco para conseguir monedas a cambio de sus billetes pequeños, y al escasear la plata les dieron cobre. Muy pocos se quejaron de la excesiva pesadez de la carga, aunque continuamente se podía ver a pobre gente esforzándose y sudando por la calle, cargada con más de lo que se podía llevar cómodamente, que era el cambio de cincuenta libras. La muchedumbre alrededor del banco era tan grande que apenas pasaba un día sin que muriera alguien aplastado. El 9 de julio la multitud era tan nutrida y ruidosa que los guardias estacionados a la entrada de los Jardines Mazarin cerraron las puertas y no dejaron entrar a nadie más. La multitud se enfureció y lanzó piedras a través de la verja contra los guardias. Éstos también se encolerizaron y amenazaron con abrir fuego sobre la gente. En ese momento uno de los guardias fue alcanzado por una piedra e inmediatamente levantó su arma y disparó contra la multitud. Un hombre cayó muerto al instante y otro fue gravemente herido. Se esperaba que comenzara un ataque general contra el banco en cualquier momento. La gente abrió las puertas de los Jardines Mazarin, pero al ver allí a toda la tropa con la bayoneta calada y preparada para recibirlos se contentó con dar rienda suelta a su indignación profiriendo gruñidos y abucheos.

Ocho días después, la concurrencia de gente era tan enorme que quince personas murieron aplastadas a las puertas del banco. La gente estaba tan indignada que pusieron a tres de los cadáveres en parihuelas y procedieron a entrar en los jardines del Palacio Real, en número de siete u ocho mil, para mostrarle al regente la desgracia que él y Law habían traído al país. El cochero de Law, que estaba sentado en el pescante del carruaje de su señor, en el patio del palacio, tuvo más celo que prudencia, y como no le gustaba que la turba injuriara a su

amo, dijo, lo bastante alto para que varias personas le oyeran, que eran todos unos canallas que merecían la horca. La turba lo atacó inmediatamente y pensando que Law estaba dentro del carruaje lo hizo pedazos. El imprudente cochero salvó la vida por poco. No se produjeron más daños; las tropas hicieron acto de presencia y la multitud se dispersó tranquilamente después de que el regente asegurara que los tres muertos que le habían mostrado serían enterrados decentemente a su cargo. El parlamento estaba reunido cuando ocurrió este alboroto y el propio presidente decidió ir en persona y ver que pasaba. A su vuelta informó a los diputados de que la muchedumbre había destrozado el carruaje de Law. Todos los miembros del parlamento se levantaron a la vez y manifestaron su alegría con un fuerte grito, mientras uno de ellos, más entusiasta en su odio que el resto, preguntaba: «¿Y a Law? ¿Le han hecho pedazos también?»*.

Sin duda, mucho dependía de la buena reputación de la Compañía de las Indias, que era responsable ante la nación de una suma tan considerable. Por tanto, se propuso en el consejo de ministros que cualquier privilegio que pudiera concedérsele para permitirle cumplir sus compromisos, generaría los mejores resultados. Con este fin, se propuso que se le asegurara el privilegio exclusivo de todo el comercio marítimo y a tal efecto se promulgó un decreto. Pero por desgracia no se tuvo en cuenta que tal medida arruinaría a todos los comerciantes del país. La idea de tan inmenso privilegio fue rechazada por absurda, y se presentó al parlamento petición tras petición de que no se registrara el decreto. Así lo hicieron, por tanto, y el regente, proclamando que los parlamentarios no hacían nada más que aventar la llama de la sedición, los exilió a Blois. Por intercesión de D'Aguesseau se cambió el lugar de destierro a Pontoise y, en consecuencia, allá se dirigieron decididos a plantar cara al regente. Hicieron todo lo que pudieron para hacer lo más agradable posible su exilio temporal. El presidente ofrecía las cenas más elegantes, a las que invitaba a las personas más alegres e ingeniosas de París. Cada noche había concierto y baile para las damas. Los jueces y parlamentarios, habitualmente serios y solemnes, se

* La duquesa de Orleans ofrece una versión diferente de esta historia, pero sea cual sea la verdadera, la expresión de tal sentimiento de alegría en una asamblea legislativa no es muy creíble. Dice que el presidente estaba tan trastornado por la alegría, que se apoderó de él una sacudida rítmica y volver a la sala exclamó ante los miembros:

¡Señores, ¡señores! ¡Buenas noticias!
¡La carroza de Law ha sido reducida a cenizas!

reunían para jugar a las cartas y otras diversiones, llevando durante varias semanas una vida de placer sin freno, sin otro propósito que mostrar al regente lo poco que les afectaba su destierro y que, cuando quisieran, podían hacer de Pontoise una residencia más agradable que París.

De todas las naciones del mundo, Francia es la más famosa por cantar sus reivindicaciones. Se comenta de este país, y tiene algo de cierto, que toda su historia puede seguirse a través de sus canciones. Cuando Law se convirtió en persona aborrecible debido al completo fracaso de sus bien diseñados planes, la sátira se echó sobre él. En todas las tiendas había caricaturas suyas y las calles resonaban con canciones en las que no se perdonaba ni a él ni al regente. Muchas

de esas canciones estaban lejos de ser decorosas, y una de ellas en particular aconsejaba que los billetes de banco se dedicaran al más innoble de los usos del papel. Sin embargo, la siguiente, que se conserva en las cartas de la duquesa de Orleans, era la mejor y la más popular, y pudo oírse durante meses en todas las encrucijadas de París. El estribillo es bastante alegre:

En cuanto Law llegó A nuestra ciudad
El señor Regente publicó
Que Law sería útil
Para restablecer la nación
La farandola, la farandola
Pero a todos nos enriqueció
¡Biribi!
De la misma forma que Barbari, Este protestante para atraer

El p1byecto de la Compañía del Misisipí
Toda la riqueza de Francia Pensó primero en asegurarse Nuestra confianza,
Él abjuró
La farandola, la farandola
Pero el traidor se convirtió
¡Biribi!
De la misma forma que Barbari
¡Amigo mío! Lass el primogénito de Satán
Nos obliga a pedir limosna
Nos ha cogido todo el dinero
Y no lo devuelve a nadie
Pero el Regente, humano y bueno
La farandola, la farandola
Nos devolverá todo lo que nos cogieron
¡Biribi!
De la misma forma que Barbari
¡Amigo mío! El siguiente epigrama es de la misma fecha:

Lunes compré acciones
Martes gané millones
Miércoles arreglé mi pareja Jueves cogí un equipaje Viernes me fui al baile Y
sábado al hospital
Entre las caricaturas que se publicaron con profusión, que mostraban
claramente que la nación había despertado de su

locura, había una cuyo facsímil se conserva en las Memorie de la Regencia. Así la describía su autor: «La Diosa de las Acciones, en su carro triunfal, conducida por la Diosa de la Locura». Quienes conducen el carro son personificaciones del Misisipí, con su pata de palo, de los Mares del Sur, del Banco de Inglaterra, de la Compañía del Oeste del Senegal y de diversos valores. Para que el carro fuera más aprisa, los agentes de estas compañías, famosos por sus largos rabos de zorro y sus astutas miradas, hacían girar los radios de las ruedas, sobre las cuales están marcados los nombres de varias acciones y su cotización, a veces alta y a veces baja, según el giro de la rueda. Por el suelo está la mercancía y libros de

conta* bilidad del comercio legítimo, aplastados bajo el carro de la Locura. Detrás hay una inmensa multitud de gente de toda edad, sexo y condición, vociferando tras la Fortuna y luchando unos con otros para conseguir una parte de las acciones que aquella distribuye tan generosamente entre ellos. En las nubes está sentado un demonio soplando burbujas de jabón, que son también el objeto de la admiración y la codicia de la multitud, que saltan unos sobre las espaldas de otros para cogerlas antes de que revienten. En el mismo camino del coche, obstruyendo el paso, se encuentra un edificio enorme con tres puertas, a través de una de las cuales debe pasar si quiere seguir adelante y la multitud tras él. Sobre la primera puerta están escritas las palabras Hospital de Locos, sobre la segunda Hospital de Enfermos y sobre la tercera Hospital de Miserable.. Otra caricatura representaba a Law sentado en un gran cal' dero, hirviendo sobre las llamas de la locura popular, rodea' do por una impetuosa multitud que vertía dentro del caldero todo su oro y plata, recibiendo alegremente a cambio pedazos de papel que Law distribuía entre ellos a manos llenas.

Mientras duró esta excitación Law tuvo mucho cuidado de salir a la calle sin protección. Encerrado en los aposentos del regente estaba a salvo de cualquier ataque, y cuando se aventuraba a salir al exterior lo hacía de incógnito o en uno de los carruajes reales rodeado de una fuerte escolta. Hay constancia de una anécdota divertida que refleja el aborrecimiento que le tenía la gente y el trato poco agradable que hubiera sufrido si hubiera caído en sus manos. Un caballero de nombre Boursel paseaba en su carruaje por la Rue Saint Antoine cuando su paso quedó obstruido por otro de alquiler que había bloqueado la calle. El criado de M. Boursel urgió impacientemente al cochero para que se quitara de en medio y, al negarse éste, le dio una bofetada. Pronto se formó una multitud atraída por el alboroto y M. Boursel se bajó del carruaje para restablecer el orden. El cochero, creyendo que se trataba de otro atacante, imaginó una treta para librarse de ambos y gritó tan alto como pudo: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Aquí vienen Law y su criado a matarme!» Al oír este grito, la gente salió de tiendas y talleres empuñando palos y otras armas, mientras la muchedumbre se procuraba piedras para infligir una venganza sumaria al supuesto financiero. Afortunadamente para M. Boursel y su criado, la puerta de la iglesia de los jesuitas estaba completamente abierta y, viendo que sus posibilidades frente a ellos no eran nada favorables, se precipitaron hacia adentro a toda velocidad. Llegaron hasta el altar perseguidos por la gente e incluso allí lo habrían pasado mal si no hubieran encontrado abierta la puerta de la sacristía, sobre la que se precipitaron y cerraron tras ellos. Los sacerdotes de la iglesia, alarmados e indignados, convencieron a la muchedumbre de que debía abandonar el templo y ésta, al ver que el carruaje de M. Boursel estaba aún en la calle, descargó su rabia sobre el mismo Y lo dejó en muy mal estado.

Los veinticinco millones garantizados contra los ingresos de la ciudad de París, con un interés muy bajo del dos y medio por ciento, no eran muy populares entre los grandes poseedores de acciones del Misisipí. La conversión de los títulos era, por tanto, una tarea considerablemente difícil, porque muchos preferían conservar las acciones en descenso de la compañía de Law con la esperanza de que se produjera un giro favorable. Con el objetivo de acelerar la conversión, el 15 de agosto se aprobó un decreto que declaraba fuera de circulación todos los billetes de entre mil y diez mil libras, excepto para la compra de rentas vitalicias

y cuentas bancarias o para el pago de plazos pendientes debidos a la compra de acciones de la compañía.

En octubre se aprobó otro decreto, que privaba de todo valor a estos billetes por cualquier causa partir del siguiente mes de noviembre. Se retiró a la Compañía de las Indias o del Misisipí la dirección de la casa de la moneda, la recogida de impuestos y toda otra ventaja o privilegio, dejándola reducida a mera compañía privada. Éste fue el golpe definitivo a todo el sistema, que ahora pasaba a manos de sus enemigos. Law había perdido toda su influencia en el Consejo de Finanzas y la compañía, despojada de todos sus privilegios, no podía ofrecer siquiera la sombra de la posibilidad de ser capaz de cumplir sus compromisos. Todos aquellos considerados sospechosos de haber obtenido beneficios ilegales durante esta época de delirio público fueron buscados y penalizados con fuertes multas. Previamente se había ordenado hacer una lista de los propietarios originales, y que todos los que aún retenían sus acciones debían depositarlas en la compañía, y que

todos los que no habían cumplido su compromiso de compra de las acciones lo hicieran ahora a 13.500 libras por cada acción de 500. En lugar de acceder a pagar esta enorme suma por acciones que ahora valían menos que su nominal, los accionistas empaquetaron todos sus bienes muebles y procuraron buscar refugio en países extranjeros. Inmediatamente se enviaron órdenes a las autoridades de puertos y fronteras para que aprehendieran a todos los viajeros que pretendieran abandonar el país y se les retuviera hasta comprobar que no llevaban plata ni joyas con ellos, ni tenían relación con la última especulación. Se decretó pena de muerte para los pocos que lograron escapar, mientras que se iniciaron los procesos más arbitrarios contra los que se quedaron.

El propio Law, en un momento de desesperación, decidió dejar un país en el que su vida peligraba. Al principio sólo pidió autorización para trasladarse de París a una de sus residencias en el campo, autorización que el regente le otorgó encantado. Éste estaba muy afectado por el desgraciado giro que habían tomado los acontecimientos, pero conservaba toda la fe en la autenticidad y eficiencia del sistema financiero de Law. Se había dado cuenta de sus errores y durante los pocos años que le quedaban de vida ansiaba constantemente disponer de una oportunidad para establecer de nuevo el sistema sobre bases más sólidas. Se dice que en su última entrevista con Law pronunció las siguientes palabras: «Confieso que he cometido muchos errores. Los cometí porque soy un hombre y todos los hombres pueden errar, pero te declaro con toda solemnidad que ninguno de ellos tuvo su origen en motivos malvados o deshonestos, y que nada de esta clase se encontrará en el curso de toda mi conducta».

Dos o tres días después de su marcha el regente le envió una carta muy amable permitiéndole abandonar el reino cuando quisiera y manifestándole que había ordenado que le prepararan pasaportes. Al mismo tiempo le ofreció el dinero que pudiera necesitar. Law rechazó respetuosamente el dinero y partió hacia Bruselas en un coche de posta propiedad de Madame de Prie, la amante del duque de Borbón, escoltado por seis guardias a caballo. De allí marchó a Venecia, donde quedó varios meses y fue objeto de gran curiosidad por par de la gente, que le suponía poseedor de una enorme riqueza. Sin embargo, ninguna otra opinión podía estar más equivocada. Con más generosidad de la que cabía esperar en un hombre que durante la mayor parte de su vida había sido un jugador declarado, había rehusado enriquecerse a costa de una nación

arruinada. En el cenit del frenesí popular por tener acciones del Misisipí, nunca había dudado del éxito final de su proyecto de hacer de Francia la nación más rica y poderosa de Europa. Invirtió todas sus ganancias en la compra de propiedades en Francia, prueba inequívoca de su convicción en la estabilidad del proyecto. No había atesorado plata ni joyas, tampoco había enviado dinero a países extranjeros, como hicieron los especuladores poco honrados. Todo lo que tenía estaba invertido en terrenos franceses, con la excepción de un diamante valorado en cinco o seis mil libras esterlinas. Cuando abandonó el país era casi un mendigo. Sólo este hecho debería bastar para rescatar su memoria de la acusación de bellaquería que tan a menudo y tan injustamente se le hacía. Tan pronto se supo de su marcha, todas sus propiedades y su valiosa biblioteca fueron confiscadas. Del resto, también le fue decomisada una renta vitalicia de 200.000 libras (8.000 Libras esterlinas) a cobrar durante la vida de su esposa e hijos' que había adquirido por cinco millones de libras, a pesar de que un decreto especial, redactado al efecto en sus días de prosperidad, había declarado expresamente que no se confiscaría nunca por causa alguna. Existía gran descontento entre la gente de que se hubiera dejado escapar a Law. Tanto al populacho como al parlamento les habría encantado verlo colgado. Los pocos que no se habían visto afectados por la revolución comercial se regocijaban de que el charlatán hubiera abandonado el país; pero todos aquellos cuyas fortunas estaban implicadas (y constituían el grupo más numeroso, con diferencia) lamentaron que su conocimiento íntimo del desastre del país y de las causas que lo habían provocado no hubieran sido más útiles para el descubrimiento de una solución.

En una reunión del Consejo de Finanzas y del Consejo General de la Regencia se pusieron sobre la mesa una serie de documentos de los que se infería que la cantidad de billetes en circulación era de 2.700 millones. Se llamó al regente para que explicara por qué había discrepancias entre las fechas de emisión de los billetes y las de los edictos que las autorizaban. El regente podría haber asumido toda la culpa sin problemas, pero prefirió compartirla con una persona ausente y, en consecuencia, declaró que Law, haciendo uso de su autoridad, había emitido 1.200 millones de billetes en diferentes ocasiones y que él (el regente), al advertir que la cosa ya no tenía remedio, había protegido a Law fechando con antelación los decretos de la autorización. Hubiera sido más respetable diciendo toda la verdad, y reconociendo que fueron principalmente su impaciencia y su despilfarro los que empujaron a Law a sobrepasar los límites de seguridad. Se determinó también

que el 1 de enero de 1721 la deuda nacional ascendía a más de 3.100 millones de libras, 124 millones de libras esterlinas, y el interés sobre ellas a 3.196.000 libras esterlinas. De

inmediato se nombró una comisión para que investigara todos los títulos de los acreedores del Estado, quienes fueron divididos en cinco grupos: los cuatro primeros compuestos por aquellos que habían comprado los títulos con efectos reales, y el último grupo integrado por los que no podían aportar pruebas de que las transacciones habían sido reales y legales. Se ordenó destruir los títulos de este último grupo, mientras que los de los primeros cuatro grupos fueron sometidos a un riguroso escrutinio. El resultado de los trabajos de la comisión se plasmó en un informe en el que se aconsejaba la reducción de los intereses sobre estos títulos a cincuenta y seis millones de libras. Justificaron tal consejo por

varios actos de fraude y extorsión que habían descubierto. A tal efecto se promulgó el decreto correspondiente, que fue debidamente registrado por los parlamentos del reino.

Posteriormente se creó otro tribunal con el título de Cámara del Arsenal, que se ocupaba de todas las malversaciones cometidas en los departamentos de finanzas del gobierno durante este desgraciado período. Un procurador, llamado Falhonet, junto con el abad Clement y dos empleados a su cargo, estaban implicados en diversos actos de fraude por sumas que ascendían a más de un millón de libras. Los dos primeros fueron sentenciados a ser decapitados, y los otros dos a la horca. Sin embargo, la pena de muerte fue conmutada posteriormente por prisión de por vida en La Bastilla. Otros muchos actos fraudulentos fueron descubiertos y castigados con multas y penas de prisión. D'Argenson compartía con Law y el regente la impopularidad que había prendido contra todos los relacionados con la locura del Misisipí. Fue cesado de su puesto de Canciller, en el que le sustituyó D'Aguesseau, pero retuvo el título de Conservador de los Sellos y se le permitió asistir a los consejos siempre que quisiera. Estimó preferible, sin embargo, abandonar París y vivir por un tiempo recluido en su residencia en el campo. Pero no estaba hecho para la jubilación, y debido al mal humor y al descontento empeoró de una enfermedad que arrastraba desde hacía mucho tiempo y murió en menos de un año. La plebe de París lo detestaba tanto que llevó su inquina hasta la tumba. Una turba alborotada acosó al cortejo fúnebre cuando se dirigía a la iglesia de San Nicolás de Chardonneret, lugar de entierro de los miembros de su familia. Sus dos hijos, que presidían el cortejo, se vieron obligados a conducir a toda prisa por una calle secundaria para poder escapar a la violencia de la multitud.

Por lo que respecta a Law, durante un tiempo alimentó la esperanza de que le llamaran de nuevo a Francia para ayudar a recomponer su crédito público sobre bases más firmes. La muerte del regente en 1723, que ocurrió de repente mientras estaba sentado junto al fuego conversando con su amante, la duquesa de Phalaris, acabó con esa esperanza y se vio obligado a retomar su antigua vida de jugador. En más de una ocasión se vio forzado a empeñar su diamante, el único remanente de su inmensa riqueza pasada, pero el éxito en el juego le permitía rescatarlo. Perseguido por sus acreedores en Roma, marchó a Copenhague, donde recibió autorización del ministerio inglés para residir en su país natal, que ya le había enviado el perdón por el asesinato de Mr. Wilson en 1719. Se le trajo en la nave del almirante, circunstancia que provocó un breve debate en la Cámara de los Lores. El conde de Coningsby se quejó de que se tratara con tantos honores a un hombre que había renunciado tanto a su país como a su religión, y expresó su convicción de que su presencia en Inglaterra era muy peligrosa en una época en que la gente estaba perpleja por las inicuas prácticas de los consejeros de la South Sea Company. Anunció la presentación de una moción sobre el particular, pero luego lo dejó correr al ver que ningún otro miembro de la Cámara compartía en lo más mínimo sus temores. Law se quedó unos cuatro años en Inglaterra y luego se marchó a Venecia, donde murió en 1729 en circunstancias muy embarazosas. Entonces se escribió el siguiente epitafio:

Aquí yace un escocés celebre, Calculador sin igual
Quien por las reglas del álgebra Llevó a Francia al hospital.

Su hermano, William Law, que había compartido con él la administración tanto del banco como de la Luisiana Company, fue encarcelado en la Bastilla bajo la acusación de presunta malversación, pero no se le pudo probar culpabilidad alguna. Fue puesto en libertad tras quince meses y llegó a fundar una familia aún conocida en Francia bajo el título marqueses de Lauriston.

En el próximo capítulo se expondrá un relato de la locura que contaminó a la gente de Inglaterra por la misma época y bajo circunstancias muy similares, pero que, gracias a la energía y sentido común de un gobierno constitucional, se resolvió con resultados mucho menos desastrosos que los ocurridos en Francia.

La burbuja de la South Sea Company

Finalmente la corrupción, al igual que una inundación lo anegó todo; y la avaricia avanzando sigilosamente se extendió como la neblina y ocultó el sol. Hombres de estado y patriotas manejaban las acciones por igual. La nobleza y los mayordomos compartían la caja

Y los jueces especulaban y los obispos participaban

Y poderosos duques llevaban cartas por media corona

Bretaña estaba hundida en los sórdidos encantos del lucro.

POPE

La South Sea Company (Compañía de los Mares del Sur) fue fundada por el famoso Robert Harley, conde de Oxford, en 1711, con el fin de restaurar el crédito público, que se había visto afectado por el cese del ministro whig, y para aliviar los bonos del ejército y la marina y otras partes de la deuda flotante, que ascendía a casi diez millones de libras esterlinas. Una compañía de comerciantes, entonces sin nombre, asumió la deuda y el gobierno accedió a asegurarles durante un cierto período un interés del seis por ciento. Para aportar este interés, que ascendía a 600.000 libras esterlinas anuales, se cedieron permanentemente los impuestos sobre el vino, el vinagre, las mercancías de la India, las sedas, el tabaco, las aletas de ballena y algunos otros artículos. Se le garantizó el monopolio del comercio con los Mares del Sur y la compañía, constituida por acta parlamentaria, asumió el título por el que ha sido conocida desde entonces. El ministro se llevó gran parte del mérito por su participación en esta transacción y sus aduladores llamaron siempre al proyecto «la obra maestra del conde de Oxford».

Ya desde el principio de su historia, la compañía y el público concibieron las ideas más visionarias acerca de las riquezas existentes en la costa oriental de Sudamérica. Todo el mundo había oído hablar de las minas de oro y plata de Perú y México. Todo el mundo las creía inagotables y que bastaba enviar productos manufacturados ingleses a esa costa para que los nativos pagaran por ellos cien veces su valor en forma de lingotes de oro y plata. Un informe diligentemente difundido afirmaba que España estaba dispuesta a ceder para el tráfico comercial cuatro puertos en las costas de Chile y Perú, lo que aumentó la confianza general y durante muchos años las acciones de la South Sea Company fueron muy valoradas.

Sin embargo, Felipe V de España nunca tuvo intención de permitir a los ingleses que comerciaran libremente en los puertos de la América española. Se abrieron negociaciones, pero su único resultado fue un contrato por el que se cedía el privilegio de proporcionar negros a las colonias durante treinta años y de enviar un navío una vez al año, limitado tanto en tonelaje como en valor de carga, a negociar con México, Perú o Chile. Esta última autorización llevaba aparejada la dura condición de que el rey de España disfrutaría de una cuarta parte de los beneficios y de un impuesto de un cinco por ciento sobre el resto. Esto supuso una gran decepción para el conde de Oxford y su partido, a quienes se recordó, con mucha más frecuencia de la que desearían, que Parturiunt montes, nascitur ridiculus mus (se ponen de parto los montes y nace un insignificante ratón).

Sin embargo, esto no hizo variar la confianza pública en la South Sea Company. El conde de Oxford afirmó que España autorizaría dos barcos, además del anual ya acordado, para transportar mercancías durante el primer año, y se publicó una lista en la que se decía pomposamente que todos los puertos de estas costas quedaban abiertos al comercio con Gran Bretaña. El primer viaje del barco anual no se hizo hasta 1717, y al año siguiente se suprimió el comercio debido a la ruptura con España.

El discurso del rey en la apertura de la temporada parlamentaria de 1717 hizo alusión destacada al estado del crédito público y recomendó que se tomaran las medidas adecuadas para reducir la deuda nacional. Las dos grandes corporaciones monetarias, la South Sea Company y el Banco de Inglaterra, presentaron propuestas en este sentido al parlamento el 20 de mayo siguiente. La South Sea Company rogaba que su capital de diez millones se incrementara hasta doce, a través de suscripción o de otro modo, y ofrecía conformarse con el cinco por ciento en lugar del seis por ciento sobre la suma total. El banco hizo propuestas igualmente ventajosas. La Cámara debatió durante algún tiempo y al final aprobó tres leyes, llamadas South Sea Act, Bank Act y General Fund Act. La primera aceptaba las propuestas de la South Sea Company, que se comprometía a adelantar la suma de dos millones de libras para descargar el principal y los intereses de la

deuda contraída por el Estado por los cuatros fondos de lotería de los años noveno y décimo del reinado de Ana. Por la segunda ley, el banco recibía un tipo de interés menor por la cantidad de 1.775.027 libras esterlinas y 15 chelines que el Estado le adeudaba, convenía entregar para su cancelación letras del Tesoro por valor de dos millones de libras esterlinas y aceptaba una anualidad de cien mil libras, al tipo de interés del cinco por ciento, redimible en su totalidad con un año de preaviso. Además, se le exigía que estuviera dispuesto a anticipar, en caso necesario, una suma no superior a 2.500.000 libras, al mismo cinco por ciento de interés, redimibles a criterio del parlamento. La tercera enumeraba las diversas deficiencias que iban a repararse a través de la ayuda procedente de las fuentes anteriores.

Así pues, el nombre de la South Sea Company estaba continuamente ante el público. Aunque el comercio con los estados de Sudamérica producía poco o ningún incremento de sus ingresos, continuó prosperando como corporación financiera. Sus acciones estaban muy solicitadas, y los miembros del consejo de administración, alentados por el éxito, empezaron a pensar en nuevos medios de ampliar su influencia. El proyecto del Misisipí de John Law, que tanto deslumbró

y cautivó a los franceses, les inspiró la idea de que ellos podían llevar a cabo el mismo juego en Inglaterra. El fracaso previsible de sus planes no les apartó de su propósito. Creyéndose muy listos, pensaron que podrían evitar los errores, llevar adelante siempre sus proyectos y estirar al máximo la cuerda del crédito pero sin llegar a romperla.

Los consejeros de la South Sea Company expusieron ante el parlamento su famoso plan para amortizar la deuda nacional en el momento en que el plan de Law gozaba de la máxima popularidad, mientras la gente se agolpaba a millares en la Rue Quincampoix y se arruinaba con entusiasmo frenético. Ante los ojos fascinados de los ciudadanos de los dos países más célebres de Europa flotaban visiones de riqueza sin límites. Los ingleses iniciaron su carrera de despilfarro algo más tarde que los franceses, pero en cuanto el delirio se apoderó de ellos decidieron no verse superados. El 22 de enero de 1720 la Cámara de los Comunes se constituyó en comisión plenaria para tomar en consideración la parte del discurso del rey en la apertura de sesiones que se refería a la deuda pública, y la propuesta de la South Sea Company para redimirla y eliminarla. La propuesta se expuso con todo detalle. Las deudas del Estado, en sus distintos apartados, ascendían a 30.981.712 libras esterlinas, que la compañía estaba ansiosa por asumir, a un tipo de interés del cinco por ciento anual garantizado hasta el verano de 1727. Después de dicha fecha, la suma total sería redimible a discreción de la asamblea legislativa y el interés se reduciría en lo sucesivo al cuatro por ciento. La propuesta fue recibida muy favorablemente, pero el Banco de Inglaterra tenía muchos amigos en la Cámara de los Comunes que estaban deseosos de que este organismo participara en los beneficios que probablemente se producirían. En nombre de esta corporación se expuso que había prestado eminentes servicios al Estado en tiempos extremadamente difíciles y que si se iba a obtener provecho de negocios públicos de esta naturaleza, el banco merecía, como mínimo, tener preferencia ante una compañía que hasta entonces no había hecho nada por el país. La posterior consideración del asunto se pospuso cinco días. Entretanto, los gobernadores del banco redactaron un plan. La South Sea Company, temerosa de que el banco pudiera ofrecer al gobierno condiciones aún más ventajosas que las suyas, reconsideró su propuesta anterior y la modificó en algunos aspectos con la esperanza de que fuera más aceptable. El cambio principal era la estipulación de que el gobierno podría redimir la deuda al cabo de cuatro años, en lugar de siete, como al principio se decía. El banco decidió no quedarse fuera de esta singular subasta y los gobernadores reconsideraron también su primera propuesta y presentaron una nueva. Así pues, la Cámara empezó a deliberar tomando en consideración las propuestas de ambas corporaciones. Mr. Robert Walpole era el principal orador en defensa del banco, y Mr. Aislabe, el ministro de Economía y Hacienda, el valedor más importante de la South Sea Company. El 2 de febrero se decidió que las propuestas de esta última eran más ventajosas para el país. Por consiguiente, se les recibió y se les dio permiso para que presentaran un borrador de acuerdo al efecto.

Exchange Alley, el barrio de Londres donde se comerciaba con valores, hervía de excitación. Las acciones de la compañía, que habían estado a ciento treinta la víspera, subieron gradualmente hasta trescientos y siguieron aumentando con la más asombrosa rapidez durante todo el tiempo en que el proyecto de ley se estuvo discutiendo en sus distintas fases. Mr. Walpole era prácticamente el único

miembro de la Cámara que hablaba enérgicamente en contra del mismo. Les advirtió, con lenguaje elocuente y solemne, de los perjuicios que acarrearía. Consentía, dijo, «la peligrosa práctica de la especulación y distraería el don de la nación de la actividad industrial y comercial. Sería un cebo peligroso que llevaría a los incautos a la ruina, al hacerles cambiar el producto de su trabajo por la perspectiva de una riqueza imaginaria. El principio fundamental del proyecto era una maldad de primera

magnitud; consistía en elevar la cotización de la acción de forma artificial mediante el fomento y mantenimiento del encaprichamiento general y a través de la promesa de dividendos de fondos que nunca podían ser apropiados a tal propósito». Con aire profético añadió que si el plan tenía éxito, los consejeros de la compañía se convertirían en los dueños del gobierno, constituirían una aristocracia nueva y absoluta en el reino y controlarían las resoluciones de la asamblea legislativa. Si fracasaba, de lo cual estaba convencido, el resultado traería el descontento general y la ruina para el país. Tal sería el delirio, que cuando llegara dicho día la gente se despertaría como de un sueño y se preguntaría si esas cosas podían haber sido ciertas. Toda su elocuencia fue en vano. Se le consideraba un falso profeta o se le comparaba con el cuervo que graznaba augurios funestos. Sus amigos, en cambio, le comparaban con Casandra, que predecía desgracias que sólo serían creídas cuando llegaran a los hogares de la gente y los miraran fijamente cara a cara en su propia mesa. Aunque en épocas pasadas la Cámara prestaba la máxima atención a toda palabra que salía de sus labios, ahora sus bancos se vaciaban cuando se sabía que iba a hablar de la cuestión de la South Sea Company.

El proyecto de ley llevaba ya dos meses gestándose en la Cámara de los Comunes. Durante este tiempo, los consejeros y sus amigos, y muy en especial su presidente, el renombrado Sir John Blunt, hicieron todos los esfuerzos posibles para que el precio de las acciones subiera. Se pusieron en circulación los rumores más exagerados. Se hablaba de tratados entre Inglaterra y España, según los cuales esta última iba a conceder el libre comercio a todas sus colonias, y de que la rica Producción de las minas de Potosí y La Paz se iba a traer a Inglaterra hasta que la plata fuera tan abundante como el hierro. Los moradores de México iban a vaciar sus minas de oro para cambiar por prendas de lana y algodón que Inglaterra podía suministrar en abundancia. La compañía de comercio con los Mares del Sur sería la más rica que el mundo jamás habría visto y cada centenar de libras invertidas en ella produciría cientos de libras anuales al accionista. Finalmente se consiguió elevar la cotización de la acción por estos medios hasta cerca de cuatrocientos, pero tras grandes fluctuaciones se estabilizó a trescientos treinta, precio en el que seguía cuando la Cámara de los Comunes aprobó el proyecto de ley por una mayoría de 172 contra 55.

En la Cámara de los Lores el proyecto de ley atravesó todas las fases con una rapidez sin precedentes. El 4 de abril se leyó por primera vez, el 5 por segunda, el 6 se remitió a una comisión y el 7 se leyó por tercera vez y se aprobó.

Varios nobles hablaron sin reservas en contra del proyecto, pero sus advertencias cayeron en saco roto. Un frenesí especulador se había apoderado de ellos tanto como de los plebeyos. Lord North y Grey dijo que el proyecto de ley era injusto por naturaleza y que podía tener consecuencias fatales, ya que estaba calculado para enriquecer a unos pocos y arruinar a la mayoría. A continuación habló el duque de Wharton, pero como repitió de segunda mano los argumentos

que tan elocuentemente había presentado Walpole en la Cámara de los Comunes, no se le escuchó ni siquiera con la atención que se había prestado a Lord North y Grey. Luego siguió el conde de Cowper, del mismo bando, que comparó el proyecto de ley con el famoso caballo de Troya. Al igual que éste, era aceptado y recibido con gran pompa y aclamaciones de alegría, pero dentro llevaba la traición y la destrucción. El conde de Sunderland procuró responder a todas las objeciones y cuando el asunto se puso a votación hubo sólo diecisiete miembros en contra frente a ochenta y tres a favor del proyecto. El mismo día en que fue aprobado por la Cámara de los Lores recibió también la aprobación real y se convirtió en ley oficial del país.

Parecía entonces que todo el mundo se había convertido en corredor de Bolsa. Exchange Alley se encontraba todos los días bloqueado por la multitud y no se podía transitar por Cornhill a causa del gran número de carruajes. Todos iban allí a comprar acciones. «Cada tonto aspiraba a ser un granuja», en palabras de una balada publicada en la época y cantada por las calles:*

Entonces aparecieron estrellas y ligas
Entre la chusma más vil
Comprar y vender, ver y escuchar
Los judíos y gentiles se pelean

Las damas más importantes allá iban
Y viajaban en carrozas cada día
O empeñaban sus joyas por una cantidad
Para jugar en la Bolsa.

La insaciable sed de ganancias que afligía a todas las capas de la sociedad no podía ser saciada ni siquiera por los Mares del Sur. Se pusieron en marcha otros proyectos de lo más

* Una Balada del Mar del Sur; o Comentarios alegres sobre las Burbujas de Exchange Alley. También llamada El Gran Elixir o el Descubrimiento de la Piedra Filosofal.

extraño. Las listas de gente para invertir en acciones se completaban enseguida y el comercio en ellas era enorme mientras, por supuesto, se recurría a todo tipo de medios para elevar artificialmente su cotización.

Contrariamente a todas las expectativas, las acciones de la South Sea Company cayeron cuando el proyecto de ley recibió el consentimiento real. El 7 de abril las acciones cotizaban a trescientas diez, y al día siguiente a doscientas noventa. Los consejeros de la compañía ya habían saboreado los beneficios de su proyecto y no era probable que permitieran tranquilamente que las acciones encontraran su nivel natural sin hacer un esfuerzo por elevar la cotización. Inmediatamente pusieron a trabajar a sus activos emisarios. Todas las personas interesadas en el éxito del proyecto procuraron formar un corro de oyentes a su alrededor, a quienes informaban extensamente de los tesoros de los mares sudamericanos. Exchange Alley estaba abarrotado de grupos de personas atentas. Un solo rumor, afirmado con toda seguridad, bastaba para surtir un efecto inmediato sobre la cotización. Se decía que el conde de Stanhope había recibido en Francia propuestas del gobierno español para cambiar Gibraltar y Mahón por algunas plazas de la costa de Perú, para seguridad e incremento del comercio en los Mares del Sur. En lugar de que un buque arribara una vez al año para comerciar en estos puertos y que el rey de España retuviera el veinticinco por ciento de los

beneficios, la compañía podría armar y fletar tantos navíos como quisiera, sin tener que pagar porcentaje alguno a ninguna potencia extranjera.

«Visiones de lingotes danzaban ante sus ojos»,

y la cotización subió rápidamente. El 12 de abril, cinco días

después de que el proyecto de ley se hubiera convertido en ley, los consejeros de la compañía abrieron sus libros para una suscripción de un millón de libras, a razón de trescientas libras esterlinas por cada cien libras esterlinas de capital.

Fue tal la afluencia de personas de toda condición social, que esta primera suscripción ascendió a más de dos millones de nuevo capital. Tenía que pagarse en cinco plazos de sesenta libras cada uno por cada cien libras. En pocos días la cotización subió a trescientos cuarenta y las suscripciones se vendieron por el doble del precio del primer pago. Para elevar aún más la cotización de la acción, se decidió en una reunión general de consejeros del 21 de abril que el dividendo de verano sería del diez por ciento y que todas las suscripciones tendrían derecho al mismo. Como estas resoluciones respondieron al fin previsto, los consejeros abrieron los libros a una segunda suscripción de un millón, al cuatrocientos por ciento, para satisfacer el encaprichamiento de los paganos. Tal era el ansia frenética de gente de todas clases por especular con estos fondos que en el transcurso de unas pocas horas se habían suscrito no menos de millón y medio a este precio.

Entretanto, empezaron a surgir innumerables compañías por acciones por todas partes. Pronto recibieron el nombre de Burbujas, el calificativo más apropiado que podía concebirse; el populacho suele acertar en los mote que emplea.

Ninguno podía ser más adecuado que el de Burbujas. Algunas de dichas compañías duraron una o dos semanas y nunca más se supo de ellas, otras ni siquiera eso. Cada tarde aparecían nuevos planes Y cada mañana nuevos proyectos. La aristocracia más refinada estaba tan ávida de ganancias como el especulador más torpe de Cornhill. El príncipe de Gales llegó a ser gobernador de una compañía y se dice que ganó cuarenta mil libras esterlinas con sus especulaciones*. El duque de Bridgewater puso en marcha un proyecto de mejora de Londres y Westminster, y el duque de Chandos otro. Había casi un centenar de proyectos diferentes, a cuál más extravagante y engañoso. En palabras del Political State, eran «creados y promovidos por astutos granujas, seguidos después por multitudes de tontos codiciosos y al final resultaban ser, en efecto, lo que su denominación vulgar indicaba: burbujas y puro fraude». Se calculó que se ganó y se perdió cerca de un millón y medio de libras esterlinas con estas prácticas injustificables, para empobrecimiento de muchos tontos y enriquecimiento de muchos pícaros.

Algunos de estos proyectos eran bastante plausibles y, si se hubieran emprendido cuando la mente pública estaba tranquila, podrían haber prosperado con provecho para todos los interesados. Pero se elaboraban con el único propósito de hacer subir la cotización de las acciones en el mercado. Los promotores aprovechaban la primera oportunidad de una subida para vender, y a la mañana siguiente se había terminado el proyecto. Maitland, en su Historia de Londres, nos informa en serio de que uno de los proyectos que recibió más apoyo era para fundar una compañía cuyo objeto era «hacer tableros de serrín». No hay duda de que se trata de un chiste, pero hay abundantes evidencias de que docenas de proyectos muy poco más razonables que éste tuvieron una efímera vida, arruinando a cientos al caer. Uno de ellos consistía en una rueda de

movimiento perpetuo (un millón de capital); el objeto de otro era «el fomento de la cría de caballos en Inglaterra, la mejora de las tierras de las iglesias y la reparación y

* Walpole, de Coxe. Correspondencia entre el ministro Mr. Craggs Y el conde de Stanhope.

reconstrucción de parroquias y casas parroquiales». La razón de que los clérigos, principalmente interesados en este último aspecto, se tomaran mucho interés por el primero, sólo se explica bajo el supuesto de que el proyecto fuera elaborado por un grupo de clérigos cazadores del zorro, entonces tan habituales en Inglaterra. Las acciones de esta compañía se suscribieron rápidamente. Pero el proyecto más absurdo y ridículo de todos, y que ponía de relieve, más que cualquier otro, la locura extrema de la gente, era uno iniciado por un aventurero desconocido, titulado Una compañía para llevar a cabo una actividad muy provechosa, pero que nadie debe saber en qué consiste. Si no lo hubieran contado docenas de testigos fidedignos, sería imposible creer que tal proyecto pudo haber embaucado a alguien. El genio que intentó este audaz y eficaz envite contra la credulidad pública, simplemente especificaba en su prospecto que el capital preciso era de medio millón, en cinco mil acciones de cien libras esterlinas cada una, de las que había que depositar dos libras esterlinas por acción. Con el pago de este depósito cada suscriptor tenía derecho a cien libras esterlinas por acción y año. El modo en que iba a obtenerse tan inmenso beneficio era algo que no se rebajaba a explicar de momento, pero prometía que en un mes se comunicarían debidamente todos los detalles y se reclamarían las noventa y ocho libras esterlinas restantes de la suscripción. La mañana siguiente, a las nueve en punto, este gran hombre abrió una oficina en Cornhill. Una multitud asediaba su puerta, y cuando cerró a las tres en punto vio que se habían suscrito más de mil acciones y los depósitos pagados. Así pues, en sólo seis horas había ganado dos mil libras. Era lo bastante filósofo para contentarse con esta suerte, y la misma tarde marchó al Continente. Nunca más se supo de él. Bien podría Swift exclamar, comparando Exchange Alley con un golfo de los Mares del Sur:

Aquí flotan suscriptores a millares
Y se empujan unos a otros
Remando cada uno en su bote que hace aguas
Y aquí intentan pescar oro y se ahogan.

Ahora enterrados en las profundidades
Ahora elevados al cielo otra vez
Dan vueltas y se tambalean de aquí para allá
Sin saber qué hacer, como los borrachos

Mientras, segura en los acantilados de Garraway,
Una raza salvaje que se alimenta de los naufragios,
Espera tranquilamente las barcas hundidas
Y desnuda los cuerpos de los muertos.

Otro fraude que tuvo gran éxito fue el los Globe Permits, que así se denominaban. No eran más que pedazos de naipes sobre los que estaba impreso un sello en cera con el signo de la Globe Tavern, situada en el barrio de Exchange Alley, y la

leyenda SailCloth Permits (licencia para tejido de lona). La única ventaja de que disfrutaban sus poseedores era la autorización para suscribir acciones en un futuro impreciso de una nueva fábrica de tejido de lona, proyectada por alguien conocido entonces como hombre de suerte, pero que más tarde se vio envuelto en el fraude y las penas dictadas contra los consejeros de la South Sea Company. Estas autorizaciones se vendían en el Alley por no menos de sesenta guineas. Personas distinguidas de ambos sexos estaban muy involucradas en todas estas burbujas. Los hombres iban a tabernas y cafés para encontrarse con sus corredores, y las damas acudían a mercerías y sombrererías con idéntico propósito. Sin embargo, no hay que pensar que toda esta gente creía en la viabilidad de los proyectos en que suscribían acciones. Para sus fines bastaba con que las acciones subieran pronto gracias a las artimañas de los corredores, momento en que las vendían a toda prisa a los crédulos de verdad. Tan grande era la confusión de la gente en el Alley, que era sabido que las acciones de la misma burbuja podían venderse en el mismo momento un diez por ciento más caras en un extremo del callejón que en el otro. Los hombres sensatos contemplaban este encaprichamiento de la gente fuera de lo común con tristeza y sobresalto. Había gente, tanto de dentro como de fuera del parlamento, que preveía con claridad la ruina que se avecinaba. Mr. Walpole no cesaba de exponer sus lúgubres presentimientos. Sus temores eran compartidos por los pocos que pensaban y presionaron al gobierno con la máxima contundencia. El 11 de junio, el día en que se levantaban las sesiones del parlamento, el rey promulgó una proclama, declarando que todos estos proyectos ilegales serían considerados perjuicios públicos y, en consecuencia, perseguidos. Además, prohibía a los corredores que compraran o vendieran sus acciones bajo multa de quinientas libras. A pesar de la proclama, los especuladores maliciosos siguieron traficando con ellas y los ilusos aún les animaban. El 12 de julio se publicó una orden de los Lords Justices (jueces del Tribunal Supremo) reunidos en consejo privado, en la que se desestimaban todas las peticiones de patentes y autorizaciones reales que se habían presentado y se disolvían todas las compañías burbuja. La siguiente copia de la orden de sus señorías, que contiene una lista de todos estos corruptos proyectos, no carece de interés en la actualidad, cuando a intervalos periódicos, hay demasiada tendencia en la mente de la población a dejarse llevar por prácticas similares:

«En la Cámara del Consejo, Whitehall, 12 de julio de 1720. Presentes Sus Excelencias los jueces del tribunal supremo reunidos en consejo. Sus Excelencias, los jueces del Tribunal Supremo, reunidos en consejo, considerando las muchas molestias que ocasionan al público diversos proyectos puestos en marcha para emitir acciones con diversos propósitos, y que muchos súbditos de su majestad se han sentido atraídos a desprenderse de su dinero, so pretexto de promesas de que les serían concedidas sus solicitudes de patentes y cartas de autorización para llevar a cabo sus proyectos: para evitar tales abusos, sus excelencias ordenaron en su día que les fueran expuestas tales peticiones, junto con los informes de la Cámara de Comercio y del fiscal general del reino que hubieran podido obtenerse sobre ellas; y tras profunda consideración les complace, por recomendación del consejo privado de su majestad, dar orden de que las mencionadas peticiones sean rechazadas, de acuerdo con la relación siguiente:

- »1. Petición de diversas personas, rogando patente real para llevar a cabo un negocio de comercio de pescado bajo el nombre de Gran Pesquería de Gran Bretaña.
- »2. Petición de la Compañía de la Real Pesquería de Inglaterra, rogando patente real para disponer de atribuciones adicionales que contribuyan efectivamente a explotar dicha pesquería.
- »3. Petición de George James, en su nombre y en el de otras personas distinguidas que participan en una pesquería nacional, rogando patente real para constituirse en compañía que les permita llevar adelante la misma.
- »4. Petición de diversos comerciantes, negociantes y otros, cuyos nombres figuran al pie, rogando poder constituirse en compañía para reactivar y explotar una pesquería de ballenas en Groenlandia y otras localizaciones.
- »5. Petición de Sir John Lambert y otros que suscriben, en su nombre y en el de un gran número de comerciantes, rogando poder constituirse en compañía para explotar un negocio en Groenlandia, y especialmente una pesquería de ballenas en el estrecho de Davis.
- »6. Otra petición para un negocio en Groenlandia.
- »7. Petición de varios comerciantes, caballeros y ciudadanos, rogando poder constituirse en compañía con el objetivo de comprar y construir barcos para alquilar y fletar.
- »8. Petición de Samuel Antrim y otros, rogando patente real para sembrar cáñamo y lino.
- »9. Petición de diversos comerciantes, capitanes de barco, fabricantes de velas y de tejidos de lona, rogando una autorización de constitución en compañía que les permita llevar adelante y promover dicha fabricación mediante acciones.
- »10. Petición de Thomas Boyd y varios centenares de comerciantes, propietarios y capitanes de barco, fabricantes de velas, tejedores y otros hombres de negocios, rogando una autorización de constitución en compañía que les capacite para pedir dinero prestado con el objeto de comprar tierras, para la fabricación de lona y Holanda fina.
- »11. Petición en nombre de varias personas interesadas en una patente real concedida por el difunto rey Guillermo y la reina María para la manufactura de lino y lona, rogando que no se conceda autorización a nadie más para fabricar lona, sino que se les confirme el privilegio del que ahora disfrutaban así como un poder adicional para llevar adelante la fabricación de algodón y algodón- seda.
- »12. Petición de varias ciudadanos, comerciantes, hombres de negocios de Londres y otros, suscriptores de acciones británicas para un seguro general contra el fuego en cualquier parte de Inglaterra, rogando poder constituirse en compañía para llevar adelante dicha empresa.
- »13. Petición de varios súbditos leales de su majestad de la ciudad de Londres y otras partes de Gran Bretaña, rogando poder constituirse en compañía para llevar a cabo la actividad de un seguro general contra pérdidas originadas por incendios dentro del reino de Inglaterra.
- »14. Petición de Thoma Burges y otros súbditos de su majestad para suscribir en su nombre y en el de otros, un fondo de 1.200.000 libras esterlinas para desarrollar el comercio en los dominios alemanes de su majestad, rogando poder constituirse en compañía con el nombre de Harburg Company.

- »15. Petición de Edward Jones, comerciante de madera, en su nombre y en el de otros, rogando poder constituirse en compañía para la importación de madera de Alemania.
- »16. Petición de varios comerciantes de Londres, rogando autorización de constitución en compañía para explotar un negocio de salinas.
- »17. Petición del capitán Macphedris de Londres, comerciante, en nombre propio y en el de varios comerciantes, pañeros, sombrereros, tintoreros y otros hombres de negocios, rogando autorización para poder constituirse en compañía que les permita recaudar una suma de dinero suficiente para comprar tierras donde plantar y recolectar rubia tinctoria para su aplicación en tintorería.
- »18. Petición de Joseph Galendo, de Londres, fabricante de rapé, rogando patente para su invención de preparar y curar tabaco de Virginia para rapé en Virginia, y hacer lo mismo en todos los dominios de su majestad».

Lista de burbujas

Las siguientes compañías burbuja fueron declaradas ilegales por la misma orden y, por consiguiente, abolidas:

Para la importación de hierro sueco.

Para abastecer Londres de carbón marino. Capital, tres millones.

Para construir y reconstruir casas por toda Inglaterra. Capital, tres millones.

Para fabricar muselina.

Para desarrollar y mejorar el alumbre británico

Para colonizar eficazmente la isla de Blanco y Sal Tartagus.

Para abastecer el pueblo de Deal de agua potable. Para importar tejido de encaje de Flandes

Para mejorar las tierras de Gran Bretaña. Capital, cuatro millones.

Para fomentar la cría de caballos en Inglaterra, mejorar las tierras de las iglesias y reparar y reconstruir parroquias y casas parroquiales.

Para fabricar hierro y acero en gran Bretaña.

Para mejorar las tierras del condado de Flint. Capital, un millón.

Para la adquisición de tierras para construir. Capital, dos millones.

Para comerciar con cabello.

Para crear salinas en Holy Island. Capital, dos millones. Para comprar y vender propiedades y prestar dinero con garantía hipotecaria.

Para llevar adelante un asunto muy provechoso, pero que nadie debe saber en qué consiste.

Para pavimentar las calles de Londres. Capital, dos millones. Para prestar servicios funerarios en cualquier parte de Gran Bretaña.

Para comprar y vender tierras y prestar dinero con intereses. Capital, cinco millones.

Para explotar la pesquería real de Gran Bretaña. Capital, diez millones.

Para asegurar los jornales de los marineros.

Para crear oficinas de préstamo para ayudar y animar a las personas emprendedoras.

Para comprar y mejorar tierras arrendables. Capital, cuatro millones.

Para importar brea, alquitrán y otros productos navales del norte de Gran Bretaña y América.

Para el comercio de ropa, fieltro y tejas.
Para la adquisición y mejora de una finca y sus derecho de explotación en Essex.
Para asegurar caballos. Capital, dos millones.
Para exportar tejidos de lana e importar cobre, latón y hierro. Capital, cuatro millones.
Para un gran dispensario. Capital, tres millones.
Para construir molinos y comprar minas de plomo. Capital, dos millones.
Para mejorar la técnica de la fabricación de jabón. Para un asentamiento en la isla de Santa Cruz.
Para excavar minas y fundir mineral de plomo en Derbyshire.
Para fabricar botellas de vidrio y otros productos de vidrio.
Para una rueda de movimiento perpetuo. Capital, un millón.
Para la mejora de jardines.
Para asegurar e incrementar la fortuna de los niños.
Para entrar y almacenar mercancías en la Aduana y para gestionar negocios para los comerciantes.
Para explotar la fabricación de tejidos de lana en el norte de Inglaterra.
Para importar nogales de Virginia. Capital, dos millones. Para fabricar telas de Manchester de hilo y algodón. Para fabricar jabón de Jaffa y de Castilla.
Para mejorar la fabricación de hierro forjado y acero del reino. Capital, cuatro millones.
Para comerciar con tejidos de encaje, holanda, batista, linón, etcétera. Capital, dos millones.
Para comerciar y mejorar ciertos productos fabricados en el reino, etcétera. Capital, tres millones.
Para abastecer de ganado a los mercados de Londres. Para hacer espejos, cristales para carruajes, etcétera. Capital, dos millones.
Para explotar las minas de estaño y plomo en Cornwall y Derbyshire.
Para fabricar aceite de colza
Para importar piel de castor. Capital, dos millones. Para fabricar cartón y papel de embalaje.
Para importar aceites y otros materiales utilizados en la fabricación de tejidos de lana.
Para mejorar y aumentar la fabricación de seda.
Para prestar dinero sobre acciones, rentas vitalicias, cuentas, etcétera.
Para pagar pensiones a viudas y otras personas, con un pequeño descuento. Capital, dos millones.
Para mejorar los licores de malta. Capital, cuatro millones.
Para una gran pesquería americana.
Para comprar y mejorar las tierras pantanosas de Lincolnshire. Capital, dos millones.
Para mejorar la fabricación de papel en Gran Bretaña. La Bottomry Company.
Para secar malta por aire caliente.
Para comerciar en el río Orinoco.
Para fabricar paño de forma más eficaz en Colchester y otras partes de Gran Bretaña.
Para comprar suministros navales, aprovisionar víveres, y pagar los jornales de los trabajadores.

Para dar empleo a artesanos pobres y suministrar relojes a comerciantes y otras personas.

Para mejorar los cultivos y la cría de ganado.

Otra, para mejorar la cría de caballos.

Otra, para asegurar caballos.

Para explotar el comercio de maíz en Gran Bretaña.

Para asegurar a todos los señores y señoras de las pérdidas que les puedan ocasionar los sirvientes. Capital, tres millones.

Para construir casas u hospitales donde albergar y mantener niños ilegítimos.

Capital, dos millones.

Para blanquear azúcar, sin utilizar fuego ni pérdida de sustancia.

Para construir barreras de portazgo y muelles en Gran Bretaña.

Para seguros contra robos y hurtos.

Para extraer plata del plomo.

Para fabricar útiles de porcelana. Capital, un millón. Para importar tabaco y exportarlo después a Suecia y al norte de Europa. Capital, cuatro millones.

Para fabricar hierro con carbón fósil.

Para suministrar heno y paja a las ciudades de Londres y Westminster. Capital, tres millones.

Para una planta de fabricación de tejido para velas y embalaje en Irlanda.

Para recoger lastre.

Para comprar y equipar barcos para acabar con la piratería. Para la importación de madera de Gales. Capital, cuatro millones.

Para sal mineral.

Para la transmutación de mercurio en metal fino maleable.

Además de las burbujas citadas, otras muchas brotaban diariamente a pesar de la condena del gobierno y del ridículo que producían a la parte de la población todavía cuerda. Las imprentas rebosaban de caricaturas, y los periódicos de epigramas y sátiras acerca de la locura imperante. Un ingenioso fabricante de naipes comercializó unas barajas de cartas de los Mares del Sur, ahora muy raras, que además de las figuras habituales en un tamaño muy pequeño, tenían en una esquina una caricatura de una compañía burbuja y unos versos apropiados debajo. Una de las compañías burbuja más famosas era la Puckle's Machine Company, creadora de una máquina para disparar balas redondas y cuadradas y provocar una revolución absoluta en el arte de la guerra. Sus pretensiones para conseguir el favor del público se resumían así en el ocho de espadas:

Una rara invención para destruir la multitud
De tontos en casa en vez de tontos fuera
No temáis, amigos míos, esta terrible máquina,
Sólo son heridos quienes tienen sus acciones allí.

El nueve de corazones era una caricatura de la English Copper and Brass Company (Compañía Inglesa del Cobre y el Latón), con el epigrama siguiente:

El tonto precipitado que quiere cambiar

En moneda oro y plata su calderilla de cobre,
En Exchange Alley puede demostrar su estupidez Y cambiar metal noble por
latón adulterado.

El ocho de diamantes festejaba a la compañía por la colonización de Arcadia con
estos deficientes versos:

El que sea rico y quiera derrochar sin tino Una bonita suma en Norteamérica
Dejad que se convierta en accionista acelerado Y orejas de burro le
condecorarán.

Y en un estilo similar cada carta de la baraja exponía algún proyecto fraudulento
y ridiculizaba a las personas que se habían dejado embaucar. Se calculaba que la
suma total propuesta para llevar a cabo estos proyectos ascendía a más de
trescientos millones de libras esterlinas.

Es hora, sin embargo, de volver al gran golfo de los Mares del Sur, que engulló las
fortunas de tantos miles de personas avariciosas y crédulas. El 29 de mayo la
cotización había subido a quinientas libras esterlinas, y unos dos tercios de los
rentistas habían cambiado las obligaciones del Estado por acciones de la South
Sea Company. Durante todo el mes de mayo la acción continuó subiendo y el 28
del mes cotizaba a quinientas cincuenta. Cuatro días después dio un salto
prodigioso, y pasó de estas quinientas cincuenta a ochocientos noventa. La
opinión general era entonces que la cotización ya no podía subir más y muchas
personas aprovecharon la oportunidad de vender y materializar beneficios.
Muchos nobles y personas del séquito del rey, a punto de acompañarle a
Hannover, estaban también ansiosos por vender. El 3 de junio aparecieron en el
Alley tantos vendedores y tan pocos compradores que la acción cayó de golpe de
ochocientos noventa a seiscientos cuarenta. Los consejeros de la compañía se
alarmaron y dieron órdenes de comprar a sus agentes. Su esfuerzo tuvo éxito.
Hacia la tarde se había restablecido la confianza, y la cotización de la acción
subió hasta setecientos cincuenta. Se mantuvo en este precio, con ligeras
fluctuaciones, hasta que la compañía cerró sus libros el 22 de junio.
Sería innecesario y aburrido detallar las diversas tretas empleadas por los
consejeros de la compañía para mantener alta la cotización de la acción. Basta
decir que al final aumentó hasta el mil por cien. Se cotizaba a este precio a
principios de
agosto. La burbuja estaba entonces hinchada al máximo y empezó a temblar y
agitarse antes de estallar.

Muchos de los rentistas poseedores de títulos de obligaciones del Estado
manifestaron su insatisfacción con los consejeros de la compañía. Les acusaban
de parcialidad en la confección de las listas de adjudicación de acciones por
suscriptor. Después se produjo más inquietud al trascender que Sir John Blunt y
algunos otros habían vendido. Durante todo el mes de agosto la cotización siguió
cayendo y el 2 de septiembre sólo llegaba a setecientos libras esterlinas.
La situación era ahora alarmante. Para evitar en lo posible la extinción total de la
confianza pública en sus procedimientos, los consejeros convocaron un consejo
general de toda la corporación, que se celebraría en Merchant Tailor's Hall el 8
de septiembre. A las nueve de la mañana la sala estaba hasta los topes. Una
multitud que no podía entrar bloqueaba Cheapside y dominaba la máxima

excitación. Los consejeros y sus amigos eran legión. Sir John Fellowes, el subgobernador, tomó la palabra. Informó a la asamblea del motivo de la reunión, leyó varias resoluciones del consejo de administración y les dio cuenta de sus actuaciones, de la toma de fondos redimibles e irredimibles y de las suscripciones en dinero. El ministro Mr. Craggs hizo luego un breve discurso en el que elogió la conducta de los consejeros e insistió en que nada podía contribuir más efectivamente en llevar este proyecto a la perfección que la unión de todos. Concluyó con la propuesta de agradecer al consejo de administración su hábil y prudente gestión y de animarles a proceder del modo que creyeran más adecuado para los intereses y provecho de la corporación. Mr. Hungerford, que se había destacado mucho en la Cámara de los Comunes por su celo en defensa de la South Sea Company, y de quien se sospechaba maliciosamente que había ganado mucho dinero por saber cuál era el momento apropiado para vender, fue grandilocuente en esta ocasión. Dijo que había presenciado el ascenso y la caída, la decadencia y la resurrección de muchas entidades de esta naturaleza, pero que en su opinión ninguna había hecho cosas tan maravillosas en menos tiempo como la South Sea Company. Habían hecho más que lo que la corona, el púlpito o la magistratura podían hacer. Habían reconciliado a todos los partidos en pro de un interés común; habían adormecido, si no extinguido del todo, todas las disputas domésticas y rencores de la nación. Gracias al ascenso de las cotizaciones, los hombres adinerados se habían hecho mucho más ricos y los caballeros rurales habían visto duplicarse y triplicarse el valor de sus tierras. Al mismo tiempo habían hecho mucho bien a la Iglesia, porque no pocos reverendos clérigos habían ganado grandes sumas con el proyecto. En resumen, habían enriquecido a toda la nación y esperaba que no se hubiesen olvidado de sí mismos. Se produjo algún siseo en esta última parte del discurso, que por la desmesura de elogios no se diferenciaba mucho de la sátira. Sin embargo, los consejeros, sus amigos y todos los que habían ganado dinero que se encontraban en la sala aplaudieron con entusiasmo. El duque de Portland habló en el mismo tono y manifestó su gran sorpresa de que alguien pudiera sentirse insatisfecho. Por supuesto, él había ganado dinero con sus especulaciones, y se comportaba de forma parecida al concejal gordo de la obra Joe Miller's Jests, que cuando acababa una gran cena, cruzaba las manos sobre la barriga y expresaba sus dudas de que pudiera haber alguien hambriento en el mundo.

En esta reunión se aprobaron varias resoluciones que dejaron indiferente al público. Aquella misma tarde la cotización cayó a seiscientos cuarenta libras esterlinas, y la mañana siguiente a quinientas cuarenta. Día tras día siguió la caída, hasta llegar a cuatrocientas. En una carta de Mr. Broderick, miembro del parlamento, dirigida al Lord Chancellor* Middleton, fechada el 13 de setiembre y publicada en el Walpole de Coxe, dice el primero:

«Varias son las conjeturas acerca del motivo por el que los consejeros de la South Sea Company han decidido abandonar tan pronto. No me cabía duda de que lo harían cuando dispusieran de una oportunidad favorable. Han estirado el crédito tan por encima de lo soportable que el dinero en metálico es insuficiente para respaldarlo. Sus hombres más sensatos se han retirado, poniéndose a salvo de las pérdidas sufridas por los innumerables engañados e inconscientes, cuyo sentido común quedó sobrepasado por la avaricia y la esperanza de hacer

montañas a partir de la tierra que saca un topo de su agujero. Miles de familias se verán reducidas a la mendicidad. La consternación no se puede expresar con palabras, la rabia va más allá de toda descripción, y todo el asunto es tan desesperado, que ni siquiera creo que se pueda pensar en un plan o proyecto capaz de evitar el golpe. Por tanto, no puedo pretender adivinar qué es lo que hay que hacer ahora».

Diez días después, mientras la cotización seguía cayendo, escribe:
«La compañía aún no ha tomado una determinación, ya que están en tal aprieto que no saben qué camino tomar. Por varios caballeros que han llegado recientemente a la

* Jefe de la administración de la justicia en Inglaterra y Gales y presidente de la Cámara de los Lores.

ciudad, me he enterado de que el mero nombre de hombre de la South Sea Company se va volviendo detestable en todos los países. Muchos joyeros han quebrado, y más lo harán cada día Dudo que una tercera o una cuarta parte de ellos pueda soportarlo. Desde el principio fundé mi opinión de todo este asunto en el principio incuestionable de que diez millones de libras esterlinas (que es una suma superior a nuestro activo circulante) no podían poner en circulación doscientos millones más de lo que quedaba cubierto con nuestro papel moneda. Y, por tanto, cuando esto se pusiera en duda, por la causa que fuera, la maquinaria de nuestro noble Estado inevitablemente se vendría abajo».

El 12 de septiembre, a petición formal del ministro Mr. Craggs, se celebraron varias reuniones entre los consejeros de la South Sea Company y los dirigentes del banco. Corrieron noticias de que estos últimos habían aceptado poner en circulación seis millones de los bonos de la South Sea Company, lo que hizo subir la cotización de la acción a seiscientos setenta libras. Sin embargo, por la tarde, en cuanto se supo que el rumor no tenía fundamento, la cotización cayó otra vez a quinientas setenta y gradualmente a cuatrocientas.*

*Gay (el poeta) recibió en este desastroso año un regalo del joven Craggs en forma de acciones de la South Sea Company, y en un momento dado se vio poseedor de veinte mil libras esterlinas. Sus amigos intentaron convencerlo de que vendiera, pero él soñaba con la respetabilidad y el esplendor, y no quiso estorbar su suerte. Insistieron entonces en que vendiera lo suficiente para tener la vida asegurada hasta los cien años, «lo cual —decía Fenton— te garantizará un camisa limpia y una paletilla de cordero diaria». También rechazó este consejo; el beneficio y el capital principal se perdieron y Gay se hundió tanto en la desgracia que su vida se puso en peligro. Vidas de los poetas, de Johnson.

Los ministros estaban seriamente alarmados ante el cariz que tomaba el asunto. Los consejeros no podían salir a la calle sin que les insultaran, y a cada momento se temían disturbios peligrosos. Se mandó recado al rey en Hannover, rogándole que volviera inmediatamente. Se mandó a buscar a Mr. Walpole, que estaba en su residencia solariega, para que empleara su conocida influencia sobre los dirigentes del Banco de Inglaterra con el objetivo de que aceptaran la propuesta de la South Sea Company de poner en circulación una cantidad determinada de sus bonos.

El Banco era muy reacio a mezclarse en los asuntos de la Compañía; tenía pavor a involucrarse en calamidades que no podía aliviar y recibió las propuestas en este sentido con evidente reticencia. Pero el clamor de toda la nación le llamaba para que acudiera al rescate. Todas las personas relevantes en el ámbito de la política comercial fueron convocadas para asesorar en esta situación de emergencia. Al fin se adoptó un burdo borrador de contrato preparado por Mr. Walpole como base para negociaciones posteriores y la alarma pública remitió un poco.

Al día siguiente, 20 de septiembre, se celebró un consejo general de la South Sea Company en el Merchant Tailor's Hall, en el que se adoptó la decisión de dar poderes a los consejeros para que acordasen con el Banco de Inglaterra, o con cualesquiera otras personas, la puesta en circulación de los bonos de la compañía, o para llegar a cualquier otro tipo de acuerdo con el Banco que les pareciera apropiado. Uno de los oradores, un tal Mr. Pulteney, dijo que era muy sorprendente presenciar el enorme pánico que se había apoderado de la gente. Los hombres corrían de acá para allá, alarmados y aterrorizados, imaginando un gran desastre, cuya forma y dimensiones nadie conocía:

Era negra como la noche

—Fiera como diez furias, terrible como el infierno.

En un consejo general del Banco de Inglaterra celebrado dos días después, el gobernador informó de varias reuniones que había tenido sobre los asuntos de la South Sea Company, añadiendo que los dirigentes no habían creído apropiado aún llegar a una decisión sobre el tema. Se propuso entonces una resolución, que se aprobó sin ninguna voz en contra, dando poderes a los dirigentes del Banco para que acordasen con los consejeros de la South Sea Company poner en circulación sus bonos, en la cantidad, condiciones y duración que estimasen convenientes.

Así pues, ambas partes tenían libertad para actuar como juzgaran mejor para el interés público. El Banco abrió libros para una suscripción de tres millones como respaldo del crédito público, en las condiciones habituales de quince libras esterlinas por cien de depósito, tres libras esterlinas por cien de prima y cinco libras esterlinas por cien de interés. La afluencia de gente fue tan grande en la primera parte de la mañana, todos trayendo dinero ilusionados, que se pensó que la suscripción se cubriría ese mismo día, pero antes del mediodía la marea cambió. A pesar de todo lo que se hizo para impedirlo, el precio de las acciones de la South Sea Company cayó con rapidez. Sus bonos estaban tan desacreditados que comenzó una carrera hacia los joyeros y banqueros más prestigiosos, algunos de los cuales, que habían prestado grandes sumas de dinero con la garantía de las acciones de la South Sea Company, se vieron obligados a cerrar sus establecimientos y huir. La Sword Blade Company, que hasta entonces había sido la principal cajera de la South Sea Company, dejó de pagar. Esto fue

considerado el inicio del desastre y provocó una gran carrera hacia el Banco, que ahora se veía obligado a desembolsar dinero más rápidamente de lo que lo había ingresado por la suscripción de la mañana. El día siguiente era festivo (29 de septiembre) y el Banco tuvo un pequeño respiro. El Banco capeó la tormenta, pero su antigua rival, la South Sea Company, naufragó en ella. La cotización de la

acción cayó a ciento cincuenta y, paulatinamente, tras varias fluctuaciones, a ciento treinta y cinco.

Al descubrir el Banco que no era capaz de restablecer la confianza pública y detener la inminente ruina sin correr el riesgo de ser barrido junto a aquellos a los que intentaba salvar, renunció a continuar el acuerdo en el que ya había entrado parcialmente. No tenían ninguna obligación de proseguir, puesto que el llamado contrato con el Banco no era más que el borrador rudimentario de un acuerdo, en el que se habían dejado espacios en blanco en varios puntos importantes y en el que no se penalizaba el incumplimiento. «Y así», en palabras de la Historia parlamentaria, «se asistió en el espacio de ocho meses al ascenso, progreso y caída de esa potente estructura que, levantada por resortes misteriosos hasta una altura maravillosa, había concentrado la atención y las expectativas de toda Europa, pero como sus cimientos estaban hechos de fraude, ilusión credulidad y encaprichamiento, se desmoronó en cuanto se descubrió la taimada gestión de sus consejeros».

En el apogeo, durante el avance de este peligroso espejismo, las costumbres de la nación se corrompieron visiblemente. La investigación parlamentaria, puesta en marcha para descubrir a los delincuentes, puso de manifiesto escenas de infamia, tan vergonzosas para la moralidad de los infractores como para los intelectos de las personas entre las cuales habían sucedido. La investigación de todos los perjuicios que se ocasionaron constituye un estudio profundamente interesante. Las naciones, al igual que los individuos, no pueden convertirse en jugadores compulsivos con total impunidad. Con toda seguridad, el castigo les pillarán desprevenidos antes o después. Un famoso escritor, Smollet, se equivoca completamente cuando dice que «una era como ésta es muy desfavorable para un historiador, porque ningún lector con sentimientos e imaginación puede entretenerse o interesarse por el relato de transacciones como éstas, que no admiten calidez, colorido ni embellecimiento; un relato que sólo sirve para mostrar un cuadro inanimado de vicio de mal gusto y de degeneración mezquina». Por el contrario —y Smollet podía haberlo descubierto si hubiera estado de humor— el tema es capaz de despertar tanto interés como el que incluso un novelista pueda desear. ¿Es que no hay calor en la desesperación de un pueblo saqueado? ¿Es que no hay vida ni animación en el cuadro que podría pintarse de los infortunios de cientos de familias empobrecidas y arruinadas? ¿De los ricos de ayer convertidos en los pordioseros de hoy? ¿De los poderosos e influyentes transformados en parias y marginados y de la voz que se reprocha e impreca resonando en todos los confines de la tierra? ¿Es una imagen aburrida o poco instructiva la de todo un país desprendiéndose de repente de las riendas de la razón y corriendo como locos tras la visión del oro, rechazando obstinadamente creer que no es real, hasta que, como un ciervo engañado corriendo tras una quimera, se ven hundidos en un lodazal? Pero con ese ánimo equivocado se escribe la historia muchas veces. Las intrigas de cortesanos indignos para obtener el favor de reyes aún más indignos, o las historias de batallas y asedios sanguinarios, han perdurado y se han contado una y mil veces con toda elocuencia y con todo el encanto de la fantasía, mientras que las circunstancias que han afectado más profundamente la moral y el bienestar de la gente se han ignorado con apenas una breve reseña, árida y aburrida, sin color ni calor.

Durante el avance de esta famosa burbuja, Inglaterra ofrecía un espectáculo singular. La mente pública se encontraba en un estado de fermentación malsana. Los hombres ya no estaban satisfechos con los beneficios lentos pero seguros fruto de una laboriosidad prudente. La esperanza de riquezas sin límites para mañana les convertía hoy en descuidados y derrochadores. Surgió un lujo del que no se había oído hablar antes, y la consiguiente relajación de la moral. La despótica insolencia de personas ignorantes, que se habían hecho ricos de repente gracias a apuestas que les salieron bien, hacía sonrojar a los hombres verdaderamente refinados de mente y costumbres ante el hecho de que el oro tuviera tal fuerza para elevar a los indignos en la escala de la sociedad. La altivez de algunos de estos «ciudadanos de las cifras», tal como los llamaba Sir Richard Steele, se les recordó en su contra el día de su infortunio. En la investigación parlamentaria, muchos de los consejeros sufrieron más por su insolencia que por el propio desfalco. Uno de ellos que, con el hinchado orgullo de ignorante hombre rico, había dicho que alimentaría a su caballo con oro, se vio reducido casi a tomar sólo pan y agua. Cada mirada altiva, cada frase despótica, fue echada por tierra y pagada cien veces con la pobreza y la humillación.

La situación del país era tan alarmante que Jorge I acertó la estancia que tenía prevista en Hanover y volvió a Inglaterra a toda prisa. Llegó el 11 de noviembre y se convocó al parlamento para el 8 de diciembre. Mientras tanto se celebraban reuniones públicas en todas las ciudades importantes del imperio, en las que se aprobaron peticiones que rogaban a la asamblea legislativa que se vengara de los consejeros de la South Sea Company, que habían llevado al país al borde de la ruina con sus prácticas fraudulentas. Nadie parecía pensar que la propia nación era tan culpable como la South Sea Company. Nadie reprochaba la credulidad y avaricia de la gente, la codicia degradante de ganancias que había engullido todas las demás cualidades más nobles del carácter nacional o el encaprichamiento que había hecho que la multitud se lanzara de cabeza con tan frenético entusiasmo hacia la red que tenían preparada para ellos los promotores de los proyectos. Estas cosas nunca se mencionaron. El pueblo era gente sencilla, honrada y trabajadora que había sido arruinada por una pandilla de ladrones a los que había que colgar, ahogar y descuartizar sin piedad.

Éste era el sentimiento prácticamente unánime del país. Las dos cámaras del parlamento no eran más razonables. Antes de que se supiera que los consejeros de la South Sea Company eran culpables, el único lema era castigo. El rey, en su discurso desde el trono, expresó su esperanza de que recordaran que eran necesarias toda su prudencia, calma y resolución para encontrar y aplicar el remedio a su desgracia. En el debate sobre las soluciones al problema, varios oradores dieron rienda suelta a las invectivas más violentas contra los consejeros del proyecto de la South Sea Company. Lord Molesworth fue particularmente vehemente: «Alguien ha dicho que no había leyes para castigar a los consejeros de la South Sea Company, a quienes se consideraba con razón como los autores de las desgracias que hoy afligen al Estado». En su opinión, debería seguirse en esta ocasión el ejemplo de los antiguos romanos, quienes no tenían una ley contra el parricidio porque sus legisladores no creían que ningún hijo pudiera ser tan extrañamente malvado como para mancharse las manos con la sangre de su padre, pero hicieron una ley nueva para castigar este crimen tan atroz en cuanto se cometió el primero. Condenaron al infortunado culpable a ser introducido dentro de un saco cosido y

arrojado vivo al Tíbet. Él consideraba a los inventores y ejecutores del villano proyecto de la South Sea Company como los parricidas de su país y se sentiría satisfecho de «verlos amarrados dentro de sacos de forma similar y arrojados al Támesis». Otros miembros del parlamento hablaron con la misma falta de calma y discreción. Mr. Walpole fue más moderado, recomendó que la primera tarea fuera el restablecimiento del crédito público. «Si la ciudad de Londres estuviera en llamas, todos los hombres juiciosos ayudarían a apagarlas y a evitar la propagación del incendio antes de preguntar por los pirómanos. El crédito público había recibido una herida grave y yace en el suelo sangrando, y se debería aplicar un remedio con rapidez. Ya habría tiempo después para castigar a los asesinos.» El 9 de diciembre se aprobó por unanimidad, tras una enmienda, una petición en respuesta al discurso de su majestad de que deberían añadirse palabras expresivas de la determinación de la Cámara de no sólo buscar solución para el mal que sufría la nación sino también de castigar a sus autores. La investigación se realizó con rapidez. Se ordenó a los consejeros que entregaran a la Cámara una nota detallada de todas sus actuaciones. Se aprobaron resoluciones al efecto informando de que la calamidad se debía principalmente a las viles artes de los corredores de acciones y de que nada podía contribuir más al restablecimiento del crédito público que una ley que impidiera una práctica tan infame. Mr. Walpole se levantó entonces y dijo que «como había indicado antes, había dedicado algún tiempo a un proyecto para restaurar el crédito público, pero como su ejecución dependía de una posición establecida como fundamental, le parecía adecuado que se le informara si podía apoyarse en esta base, antes de mostrar su proyecto. La cuestión era si la suscripción de deuda pública y gravámenes, suscripciones monetarias y demás contratos firmados con la South Sea Company debían seguir en la situación actual». Esta pregunta dio lugar a un animado debate en el que finalmente se acordó, por una mayoría de 259 contra 117, que todos estos contratos debían seguir vigentes, a menos que fueran alterados para alivio de los propietarios por un consejo general de la South Sea Company o fueran anulados por prescripción legal. Al día siguiente Mr. Walpole presentó, ante un comité de toda la Cámara, su proyecto para restaurar el crédito público, que consistía, en esencia, en injertar nueve millones de acciones de la South Sea Company en el Banco de Inglaterra y la misma cantidad en la Compañía de las Indias Orientales bajo ciertas condiciones. El plan fue recibido favorablemente por la Cámara. Tras unas pocas objeciones se ordenó la recepción de propuestas por parte de las dos grandes corporaciones. Ambas eran reacias a prestar ayuda y el plan se encontró con una fuerte pero inútil oposición en los consejos generales reunidos con el propósito de deliberar acerca del mismo. Sin embargo, acabaron acordando los términos bajo los cuales aceptarían poner en circulación los bonos de la South Sea Company, y tras pasar su informe por el comité, se presentó un proyecto de ley bajo la supervisión de Mr. Walpole, que fue aprobado sin problemas por ambas cámaras del parlamento.

Al mismo tiempo se presentó un proyecto de ley para impedir que abandonaran el país durante un período de doce meses los consejeros de la South Sea Company, el gobernador, el vicegobernador, el tesorero, el cajero y los empleados, y para descubrir sus propiedades y efectos y evitar que se los llevaran o enajenaran. Todos los miembros más influyentes de la Cámara apoyaron el proyecto de ley. Mr. Shippen, viendo al ministro Mr. Craggs en su

sitio y creyendo los rumores injuriosos que circulaban sobre la conducta de este ministro en el asunto de la South Sea Company, decidió atacarle directamente. Dijo que se alegraba de ver como la Cámara de los Comunes de Inglaterra recuperaba su vigor y espíritu originales y actuaba con tanta unanimidad en pro del bien común. Era necesario proteger a las personas y a los bienes de los consejeros y dirigentes de la South Sea Company; «pero —añadió mirando fijamente a Mr. Craggs mientras hablaba— había otros altos cargos a quienes en su momento no tendría inconveniente en nombrar que no eran menos culpables que los consejeros». Mr. Craggs se levantó airado y dijo que si la indirecta estaba dirigida contra él, estaba dispuesto a dar satisfacción a cualquiera que le cuestionase, tanto dentro de la Cámara como fuera de ella. De todas partes surgieron inmediatamente gritos llamando al orden. En medio del alboroto, Lord Molesworth se levantó y expresó su sorpresa ante el atrevimiento de Mr. Craggs de desafiar a toda la Cámara de los Comunes. Él, Lord Molesworth, aunque tenía más de sesenta años, respondería a Mr. Craggs a lo que tuviera que decir en la Cámara, y confiaba en que hubiera muchos jóvenes junto a él, que no tuvieran miedo de mirar a Mr. Craggs a la cara fuera de la Cámara. De nuevo resonaron las llamadas al orden de todas partes, los miembros del parlamento se levantaron simultáneamente, todo el mundo parecía vociferar a la vez; el presidente llamaba al orden en vano. La confusión duró varios minutos, durante los cuales Lord Molesworth y Mr. Craggs fueron casi los únicos miembros en mantenerse en sus asientos. Al fin la recriminación a Mr. Craggs fue tan intensa que éste juzgó conveniente rendirse al sentimiento general de la Cámara y explicar su poco parlamentaria expresión. Dijo que «por dar satisfacción a quienes impugnaban su conducta en la Cámara» no había querido decir que pelearía, sino que daría explicaciones sobre su conducta. Con ello se acabó la cuestión, y la Cámara pasó a debatir de qué modo llevaría a cabo su investigación sobre los asuntos de la South Sea Company, si en un comité grande o en uno selecto. Finalmente se designó un comité de trece miembros, con poder para mandar a buscar personas y documentos.

Los lores tenían tanto celo y apresuramiento como los Comunes. El obispo de Rochester dijo que el proyecto había sido como una pestilencia. El duque de Wharton dijo que la Cámara no debería mostrar respeto por las personas; que él, por su parte, renunciaría al amigo más querido que tuviera si éste hubiera estado comprometido con el proyecto. La nación había sido saqueada del modo más flagrante y vergonzoso, y el iría tan lejos como cualquiera en el castigo de los transgresores. Lord Stanhope dijo que se debería confiscar hasta el último céntimo que poseyeran los delincuentes, ya fueran éstos consejeros o no, para compensar las pérdidas públicas.

Durante todo este período, la excitación general era extrema. Sabemos por el Walpole de William Coxe que el mero título de consejero de la South Sea Company se consideraba sinónimo de toda clase de fraudes y vilezas. Se presentaron peticiones de condados, ciudades y distritos de todo el reino, clamando por la justicia que se debía a una nación perjudicada y por el castigo de los villanos malversadores. Los moderados, aquellos que no llevarían las cosas a los extremos, ni siquiera en el castigo de los culpables, eran acusados de cómplices, estaban expuestos a recibir continuos insultos y virulentas invectivas, y eran objeto, tanto en cartas anónimas como en escritos públicos, de la venganza expeditiva de un pueblo herido. Las acusaciones contra Mr. Aislabe,

Ministro de Economía y Hacienda y Mr. Craggs, otro miembro del ministerio, eran tan serias que la Cámara de los Lores decidió abrir inmediatamente una investigación sobre ellos. El 21 de enero se ordenó que todos los corredores relacionados con el proyecto de la South Sea Company presentaran ante la Cámara una relación de las acciones y suscripciones que hubieran comprado o vendido por cuenta de cualquiera de los funcionarios del Tesoro o de Hacienda, o en fideicomiso para cualquiera de ellos, desde el día de san Miguel Arcángel (29 de septiembre) de 1719. Cuando se entregó esta relación, apareció la transferencia de grandes cantidades de acciones para beneficio de Mr. Aislable. Se ordenó poner bajo custodia del cuerpo de seguridad de la Cámara a cinco de los consejeros de la South Sea Company, entre ellos a Mr. Edward Gibbon, el abuelo del célebre historiador. A partir de una moción solicitada por el conde de Stanhope, se decidió por unanimidad que recibir o conceder crédito por acciones sin una retribución de valor efectivamente pagada o suficientemente asegurada, o la adquisición de acciones por cualquier consejero o agente de la de la South Sea Company para uso o beneficio de cualquier miembro de la Administración, o cualquier miembro de las dos Cámaras, durante el tiempo en que el proyecto de ley de la South Sea Company estuviera en trámite en el parlamento, era un caso de corrupción manifiesta y peligrosa. Pocos días después se aprobó otra resolución para manifestar que varios de los consejeros y directivos de la compañía que habían vendido de forma clandestina sus acciones a la propia compañía eran culpables de fraude notorio y abuso de confianza y, por tanto, causantes principales del desgraciado giro de los acontecimientos que tanto había afectado al crédito público. Mr. Aislable dimitió de su cargo de ministro de Economía y Hacienda y se ausentó del parlamento hasta que la investigación formal en marcha sobre su culpabilidad se pusiera a consideración de dicha asamblea legislativa.

¡Mientras tanto, Knight, el tesorero de la compañía, a quien se le habían confiado todos los peligrosos secretos de los deshonestos consejeros, recogió sus libros y documentos y huyó del país. Disfrazado, embarcó en un pequeño bote en el río, con el que llegó a un barco alquilado al efecto que le transportó sin ningún percance a Calais. El Comité de Asuntos Confidenciales informó a la Cámara de tal circunstancia, la cual resolvió por unanimidad presentar dos peticiones al rey: la primera rogándole que hiciera pública una proclama ofreciendo una recompensa por la captura de Knight, y la segunda que diera órdenes inmediatas de que cesara la actividad portuaria y se vigilaran las costas de forma efectiva para evitar que el susodicho Knight o cualquier otro directivo de la South Sea Company escapara del país. Apenas se había secado la tinta del documento que contenía estas peticiones cuando ya las Presentaba ante el rey Mr. Methuen, delegado por la Cámara Para dicho propósito. La misma tarde se hizo pública una proclama real ofreciendo una recompensa de dos mil libras esterlinas por la captura de Knight. Los Comunes ordenaron que se cerraran las puertas de la Cámara y se colocaran las llaves sobre la mesa. El general Ross, uno de los miembros de la Comisión de Asuntos Confidenciales, les informó que ya habían descubierto una serie de las mayores villanías y fraudes que el infierno hubiera concebido nunca para arruinar a una nación, las cuales expondría ante la Cámara a su debido tiempo. Mientras tanto, para favorecer las futuras investigaciones, la Cámara creyó muy necesario asegurar la comparecencia de algunos consejeros y principales directivos de la South Sea Company e incautar

sus documentos. Se votó una moción a este efecto que fue aprobada por unanimidad. Sir Robert Chaplin, Sir Theodore Janssen, Mr. Sawbridge y Mr. F. Eyles, miembros de la Cámara y consejeros de la South Sea Company, fueron emplazados a presentarse en sus puestos y a responder de sus prácticas corruptas. Sir Theodore Janssen y Mr. Sawbridge atendieron la llamada y procuraron exculparse. La Cámara los escuchó con paciencia y luego les ordenó retirarse. Luego se votó una moción aprobada por consenso, que los declaraba culpables de notorio abuso de confianza, habiendo ocasionado grandes pérdidas a numerosos súbditos de su majestad y dañado seriamente el crédito público. Se ordenó en consecuencia que fueran expulsados de la Cámara y puestos bajo custodia del sargento de armas (funcionario que mantiene el orden en el parlamento). Sir Robert Chaplin y Mr. Eyles, que se presentaron en sus puestos cuatro días después, fueron también expulsados de la Cámara. Al mismo tiempo se acordó dirigirse al rey para que éste diera instrucciones a sus embajadores en cortes extranjeras de que solicitaran la búsqueda de Knight, quien debería ser entregado a las autoridades inglesas en caso de que buscara refugio en sus dominios.

El rey accedió al punto y aquella misma noche despachó mensajeros a todo el continente.

Entre los consejeros que fueron puestos bajo custodia se encontraba Sir John Blunt, el hombre a quien el sentir popular acusaba generalmente de haber sido el autor original y padre del proyecto. Este hombre, nos cuenta Pope en su carta a Allen Lord Bathurst, era un disidente protestante de la Iglesia de Inglaterra, de conducta muy religiosa, que declaraba ser un gran creyente.

«Dios no puede amar», dice Blunt, sin llorar
«al pobre diablo al que priva de comida», y devotamente niega
Blunt, herido ¿por qué carga con el odio de Inglaterra? Un brujo le comunicó
nuestro destino con estas palabras:
«Al final, la corrupción, como un diluvio general, Tanto tiempo resistida por
ministros vigilantes Inundará a todos, y la avaricia, arrastrándose sigilosa
mente
Se propagará como neblina de humilde cuna, y oscurecerá el sol
El hombre de Estado, al igual que el patriota, maneja acciones
El noble y el mayordomo comparten la caja
Y los jueces hacen de intermediarios, y los obispos corroen la ciudad,
Y poderosos duques juegan a cartas por media corona Observad a Inglaterra
hundida en los sórdidos encantos del lucro
Y Francia vengada en los brazos de Ana y Eduardo»
No hubo señal de los tribunales, ¡gran escribano! mente apasionada
Ni lujo imperial, ni conquista de ciudad:
No, fue el final justo, que da vergüenza ver
Los senados degeneran, los patriotas riñen
Y deseando con nobleza que esta ira sectaria se apague,
Para convencer a ambas partes, y dar paz al país
Carta de Pope a Allen Lord Bathurst

Constantemente se pronunciaba contra el lujo y la corrupción de la época, la parcialidad de los parlamentos y la desgracia de actitudes sectarias. Era

especialmente elocuente contra la avaricia de los nobles y las personas importantes. De formación escribano, llegó a ser más adelante no sólo consejero, sino el gerente más activo de la South Sea Company. No tenemos noticias de si fue durante el desempeño de esta actividad cuando empezó a clamar contra la avaricia de los grandes. Sin duda alguna debió haber visto bastante de ella como para justificar sus anatemas más severos; pero si el predicador hubiera estado libre del vicio que condenaba, sus palabras habrían sido más eficaces. Fue puesto bajo custodia del tribunal de la Cámara de los Lores y sometido a un prolongado interrogatorio. Rehusó responder varias preguntas importantes. Dijo que ya había sido interrogado por un comité de la Cámara de los Comunes y, como no recordaba las respuestas y podría contradecirse, se negó a responder ante otro tribunal. Esta declaración, en sí misma una prueba indirecta de culpabilidad, causó cierta conmoción en la Cámara. Se le preguntó de nuevo de forma perentoria si había vendido alguna vez acciones a un miembro de la Administración o a un miembro de una u otra Cámara, para facilitar la aprobación del proyecto de ley. De nuevo, rechazó contestar. Estaba deseoso, dijo, de tratar a la Cámara con el máximo respeto posible, pero le parecía duro ser empujado a acusarse a sí mismo. Tras varios intentos infructuosos de refrescarle la memoria, se le ordenó retirarse. Siguió una fuerte discusión entre amigos y oponentes del ministerio. Se afirmó que la Administración no era ajena a la conveniente taciturnidad de Sir John Blunt. El duque de Wharton hizo una reflexión sobre el conde Stanhope, que molestó mucho a éste. Replicó muy excitado, con tal vehemencia como para provocar una repentina afluencia de sangre a la cabeza. Se sintió tan mal que se vio obligado a abandonar la Cámara y retirarse a su habitación. Se le sangró con ventosa inmediatamente y de nuevo a la mañana siguiente, pero con escasos resultados. No se preveía un desenlace fatal, pero hacia última hora de la tarde se amodorró, giró la cara y expiró. La repentina muerte de este hombre de Estado causó una gran tristeza a la nación. Jorge I se sintió sumamente afectado y se encerró durante unas horas en sus aposentos privados, inconsolable por la pérdida.

Knight, el tesorero de la compañía, fue detenido en Tirlemont, cerca de Lieja, por uno de los secretarios de Mr. Leathes, el cónsul británico en Bruselas, y alojado en la ciudadela de Amberes. Se efectuaron repetidas solicitudes a la corte de Austria para que lo entregaran, pero sin resultado. Knight se puso bajo la protección de los Estados de Brabante y pidió ser juzgado en dicho país. Era un privilegio concedido a los Estados de Brabante por uno de los artículos de la Joyeuse Entrée, que todo delincuente detenido en ese país fuese juzgado en el mismo. Los Estados insistieron en dicho privilegio y ehusaron entregar a Knight a las autoridades británicas; éstas no cesaron en sus solicitudes, pero entretanto Knight escapó de la ciudadela.

El 16 de febrero el Comité de Asuntos Confidenciales entregó su primer informe a la Cámara. En el mismo se hacía constar que habían llevado la investigación con numerosas dificultades y molestias; todos los que habían interrogado habían procurado estorbar la acción de la justicia. En algunos de los libros que les habían presentado, había asientos falsos y ficticios; en otros se registraban entradas de dinero con el nombre de los accionistas en blanco. Las raspaduras y modificaciones eran frecuentes y había hojas arrancadas en algunos de los libros. Descubrieron, además, que algunos libros de gran importancia habían sido destruidos y que otros se los habían llevado u ocultado. Al comienzo de la

investigación habían observado que los asuntos a que se referían eran variados y extensos. Se había confiado a muchas personas diversas partes de la ejecución de la ley y bajo la apariencia de hacerlo habían actuado de manera injustificable, disponiendo de las propiedades de muchos miles de personas que ascendían a muchos millones de libras. Descubrieron que antes de la aprobación de la Ley de la South Sea Company había una entrada en los libros de la compañía por valor de 1.259.325 libras esterlinas, contra unas acciones que se declaraba que se habían vendido por la suma de 574.500 libras esterlinas. Estas acciones eran falsas y se habían enajenado para promover la aprobación del proyecto de ley. Se habían anotado como vendidas en diversos días y a diversos precios, desde el 150 al 325 %. Sorprendidos de observar tal gran cantidad vendida en un momento en que la compañía no estaba autorizada a aumentar su capital, el Comité decidió

investigar más a fondo toda la transacción. El gobernador, el subgobernador y varios consejeros fueron llevados a su presencia e interrogados de forma inflexible. Descubrieron que, en las fechas en que se produjeron estas entradas, la compañía no disponía de tantas acciones por derecho propio, sino sólo de una pequeña cantidad que no excedía de treinta mil libras esterlinas a lo sumo. Profundizando en la investigación, descubrieron que esta cantidad de acciones debía considerarse como conservada por la compañía para beneficio de los supuestos compradores, aunque no existía acuerdo mutuo alguno para su entrega o aceptación en una fecha dada. No se había pagado dinero, ni entregado depósito o garantía alguna a la compañía por parte de los supuestos compradores, de modo que si las acciones hubieran caído, como era de esperar si no se aprobaba la ley, no habrían tenido pérdidas. Si, por el contrario, la cotización de la acción hubiera aumentado, como en realidad ocurrió debido al éxito del proyecto, debería pagárseles la diferencia con el precio adelantado. Por consiguiente, después de la aprobación de la ley, la cuenta de las acciones fue decidida y ajustada por Mr. Knight, y se pagó la diferencia a los supuestos compradores con dinero en efectivo de la compañía. Estas acciones falsas, que habían estado a disposición sobre todo de Sir John Blunt, Mr. Gibbon y Mr. Knight, se distribuyeron entre varios miembros del gobierno y sus relaciones, a modo de sobornos para facilitar la aprobación de la ley. Al conde de Sunderland se le asignaron 50.000 libras esterlinas de estas acciones, a la duquesa de Kendal 10.000, a la condesa de Platen 10.000, a sus dos sobrinas 10.000, al ministro Mr. Craggs 30.000, a Mr. Charles Stanhope (uno de los secretarios del Tesoro) 10.000, a la Sword Blade Company 50.000. Se descubrió, además, que Mr. Stanhope había recibido la enorme suma de 250.000 libras esterlinas en concepto de diferencia de precio de algunas acciones, a través de las manos de Turner, Caswall and Co., pero que su nombre se había borrado parcialmente de sus libros y modificado por Stangape. Aislable, el Ministro de Economía y Hacienda, había obtenido ganancias aún más abominables. Tenía una cuenta en la misma compañía, formada por consejeros de la South Sea Company, por valor de 794.451 libras esterlinas. Además, había aconsejado a la compañía que su segunda suscripción fuera de un millón y medio de libras esterlinas en lugar de un millón, por su propia autoridad y sin ninguna justificación. La tercera suscripción se había llevado a cabo de la misma forma escandalosa. El nombre de Aislable estaba anotado con 70.000 libras esterlinas, Mr. Craggs, padre, con 659.000, el conde de Sunderland con 160.000 y Mr. Stanhope con 47.000. Este

informe fue seguido por otros seis, menos importantes. Al final del último, el comité declaraba que la ausencia de Knight, el principal encargado, impedía llevar adelante las pesquisas.

Se ordenó imprimir el primer informe y tomarlo en con sideración al cabo de dos días. Después de un debate tan animado como airado, se acordó tomar una serie de resoluciones condenatorias de la conducta de los consejeros, y de los miembros del parlamento y de la Administración que tenían relación con ellos, y declaraban que debían, de forma individual y solidaria, compensar con su propio patrimonio los perjuicios ocasionados al público. Sus prácticas fueron declaradas corruptas, infames y peligrosas, y se ordenó que se presentase un proyecto de ley para alivio de las infelices víctimas.

La primera persona a la que se pidieron cuentas de su participación en estas transacciones fue Charles Stanhope. Arguyo en su defensa que durante unos años había puesto en manos de Knight todo el dinero que poseía, y que cualesquiera que fueran las acciones que éste hubiera comprado para él, las había pagado a un precio considerable. De las acciones que había comprado para él Turner, Caswall y Co., no sabía nada. Lo que se hubiera hecho en este asunto se hizo sin su autorización y no podía responsabilizarse de ello. Turner and Co. asumió el último cargo en su nombre, pero era evidente para cualquier observador imparcial y sin prejuicios que Mr. Stanhope había salido ganando 250.000 libras esterlinas que estaban en manos de esta compañía a su favor. Pero en cualquier caso fue absuelto por una mayoría de tres votos nada más. Se hicieron los máximos esfuerzos por protegerle. Lord Stanhope, el hijo del conde de Chesterfield, se dirigió a los indecisos miembros del parlamento utilizando toda la elocuencia de la que era capaz para persuadirles de que debían votar su absolución o ausentarse de la Cámara. Muchos hacendados rurales de pocas luces fueron despistados por sus dotes de persuasión y el resultado fue el que ya se ha mencionado. La absolución provocó un malestar enorme en todo el país. Se formaron turbas de carácter amenazador en distintas partes de Londres, se extendió el miedo a las revueltas, en especial porque muchos temían que la investigación de un delincuente aún más importante terminara de forma parecida. Mr. Aislabie, cuyo alto puesto y gran responsabilidad deberían haberle mantenido honrado, aunque su inclinación natural hubiera sido insuficiente, era considerado con mucha razón quizá el mayor delincuente de todos. Su caso se vio al día siguiente de la absolución de Mr. Stanhope. Predominaba una gran excitación y los vestíbulos y pasillos de la Cámara fueron invadidos por una multitud impaciente por conocer el resultado. El debate duró todo el día. Mr. Aislabie encontró pocos amigos: su culpabilidad era tan evidente y atroz que nadie tuvo el valor de levantarse a su favor. Finalmente se resolvió, sin ninguna voz que disintiera, que Mr. Aislabie había fomentado y promovido la ejecución destructiva del proyecto de la South Sea Company con la finalidad de lograr unas desmesuradas ganancias personales, y se había unido a los consejeros de la compañía en sus perniciosas prácticas, para ruina del comercio público general y del crédito del reino: que por sus delitos debía ser expulsado ignominiosamente de la Cámara de los Comunes y encarcelado en la Torre de Londres; que se le debía impedir viajar al extranjero durante un año o hasta el fin de la siguiente sesión del parlamento, y que debía confeccionar una relación precisa de todo su patrimonio, para que éste pudiera emplearse en el alivio de los que habían sido víctimas de sus prácticas abusivas.

Este veredicto provocó un gran júbilo. Aunque se proclamó a las doce y media de la noche, pronto se extendió la noticia por toda la ciudad. Varias personas iluminaron sus casas en señal de alegría. Al día siguiente, cuando Mr. Aislabie era trasladado a la Torre, la muchedumbre se reunió en Tower Hill con la intención de abuchearle y arrojarle cosas. Como no lo consiguieron, encendieron una gran hoguera, alrededor de la cual bailaron para dar rienda suelta a su regocijo. Se prendieron fogatas en varios lugares; Londres presentaba el aspecto de una fiesta y la gente se felicitaba mutuamente como si acabaran de escapar de una gran calamidad. La ira desencadenada por la absolción de Mr. Stanhope había llegado a tal nivel que nadie podía predecir en qué hubiera acabado en caso de que Mr. Aislabie hubiera encontrado una indulgencia similar.

Para mayor satisfacción del público, Sir George Caswall, de la firma Turner, Caswall y Co., fue expulsado de la Cámara al día siguiente, se le encarceló en la Torre y se le ordenó devolver la suma de 250.000 libras esterlinas.

A continuación se tomó en consideración la parte del informe del Comité de Asuntos Confidenciales que se refería al conde de Sunderland. Se hizo todo lo posible por liberar a su señoría de las acusaciones. Como los cargos en su contra se basaban sobre todo en el testimonio obtenido por la fuerza de Sir John Blunt, se emplearon a fondo para evidenciar que no se debía creer en la palabra de Sir John, especialmente en un asunto que afectaba al honor de un lord y miembro del consejo privado del monarca. Todos los amigos del ministerio se solidarizaron con el conde, pensando que un veredicto de culpabilidad contra él llevaría a un ministro tory al poder. Finalmente fue absuelto por una mayoría de 233 frente a 172, pero el país estaba convencido de su culpabilidad. Una enorme indignación se manifestó por doquier y de nuevo se organizaron turbas amenazadoras en Londres. Felizmente, no se produjeron disturbios.

Llegó el día en que murió Mr. Craggs, el padre. Se había señalado aquella mañana para considerar su caso. La creencia general es que se envenenó él mismo. Pero parece, sin embargo, que el dolor por el fallecimiento de su hijo, uno de los secretarios del Tesoro, que se había producido cinco semanas antes a causa de la viruela, le había agobiado mucho. Había estado amasando enormes riquezas para este hijo, al que quería mucho: había ganado dinero, pero no de forma honrada, y aquel por quien había malbaratado su honor y ensuciado su fama ya no estaba. El terror a nuevas denuncias aumentó sus preocupaciones y al final sufrió un ataque de apoplejía que

no superó. Dejó una fortuna de millón y medio de libras, que fue después confiscada en beneficio de las víctimas del desgraciado delirio al que había contribuido tan decisivamente en su evolución.

Uno por uno, se fueron tomando en consideración los casos de todos los consejeros de la compañía. De sus patrimonios se confiscó la suma de dos millones catorce mil libras para reparar el daño que habían ocasionado, permitiendo que cada uno conservara una cantidad residual en función de su conducta y circunstancias, con la que pudiera comenzar de nuevo. A Sir John Blunt le dejaron solamente 5.000 libras esterlinas de su fortuna de más de 183.000; a Sir John Fellows 10.000 de 243.000; a Sir Theodore Janssen 50.000 de 243.000; a Mr. Edward Gibbon 10.000 de 106.000; a Sir John Lambert 5.000 de 72.000. A otros, menos implicados, se les trató con mayor generosidad. Gibbon, el historiador, cuyo abuelo era el Mr. Edward Gibbon, tan severamente multado, ha dejado en *Memoirs of his Life and Writings* un relato interesante de las

actuaciones del parlamento en aquella época. Reconoce que no es un testigo imparcial, pero como todos los autores de los que es posible obtener información acerca de las actuaciones en dichos años tan desastrosos estaban predispuestos a favor de la otra parte, las manifestaciones de este gran historiador aportan un valor adicional. Al menos en virtud del principio audi alteram partem su opinión tiene derecho a ser tomada en consideración.

«En el año 1716 —dice— mi abuelo fue elegido consejero de la South Sea Company y sus libros demostraban que antes de aceptar este cargo fatídico había logrado una fortuna personal de 60.000 libras esterlinas. Pero esta fortuna se hundió en el naufragio de 1720, y todos los esfuerzos de treinta años se vinieron abajo en un solo día. Del uso o abuso del proyecto de la South Sea Company, de la culpabilidad o inocencia de mi abuelo y sus colegas consejeros, no soy juez competente ni imparcial. Sin embargo, la equidad de los tiempos modernos debe condenar los procedimientos violentos y arbitrarios que deshonraron la causa de la justicia y trajeron una injusticia aún más odiosa. Apenas la nación se despertó de su sueño dorado, un clamor popular e incluso parlamentario exigía víctimas, pero todas las partes reconocieron que los directores, por otra parte culpables, no estaban afectados por ninguna de las leyes conocidas del país. No se siguieron literalmente las desmedidas sugerencias de Lord Molesworth, pero se introdujo una ley especial retroactiva, la bill of pains and penalties,* para castigar unos delitos que no existían en el momento de cometerse. La asamblea legislativa detuvo a los consejeros, les impuso fianzas exorbitantes durante su comparecencia y los marcó a priori con la nota de la ignominia. Fueron obligados a declarar bajo juramento el valor exacto de su patrimonio y fueron incapacitados para transferir o enajenar cualquier parte del mismo. Contra dicha penalización existe el derecho de todo acusado a ser escuchado en el tribunal. Rogaron que se les escuchara. Su ruego fue desestimado y sus acusadores, que no requirieron pruebas, no escucharon defensa alguna. Se propuso primero que conservaran una octava parte de sus respectivos patrimonios para su futuro sustento, pero se subrayó especialmente que, teniendo en cuenta los diversos grados de opulencia y culpabilidad, tal proporción

* Ley especial del parlamento que impone una pena (inferior a la de muerte) a personas culpables de delitos graves sin el beneficio de un juicio previo.

sería muy ligera para muchos y quizá demasiado pesada para algunos. Se juzgó por separado la conducta y carácter de cada uno, pero en lugar de la solemnidad tranquila de una investigación judicial, la suerte y el honor de treinta ingleses se convirtieron en tema de conversaciones precipitadas, el deporte de una mayoría sin ley. El miembro más infame del comité, a través de una palabra maliciosa o de un voto no justificado, podía satisfacer su rencor o animosidad personal. El insulto agravaba el daño y se amargaba a través de las chanzas. Se propusieron en broma asignaciones de veinte libras o de un chelín. Un rumor impreciso de que un consejero había estado involucrado antes en otro proyecto en el que algunos desconocidos habían perdido su dinero era aceptado como prueba de culpabilidad. Se arruinó a un hombre porque había soltado unas frases estúpidas, diciendo que daría de comer oro a sus caballos, a otro porque se había vuelto tan orgulloso que un día en el Tesoro se había negado a contestar educadamente a personas de rango muy superior. A todos se les condenó, en ausencia y sin ser

escuchados, a multas y pérdidas arbitrarias que se llevaron por delante la mayor parte de su patrimonio. Una opresión tan descarada no puede escudarse en la omnipotencia del parlamento. Mi abuelo no podía esperar ser tratado con más benevolencia que sus compañeros. Sus principios y conexiones tory le hacían odioso a los ojos de las fuerzas en el poder. Se facilitó su nombre en sospechoso secreto. Sus conocidas aptitudes no dejaban sitio a la excusa de la ignorancia o el error. En las primeras actuaciones dirigidas contra los consejeros de la South Sea Company, Mr. Gibbon fue uno de los primeros en ser detenido, y en la sentencia final el importe de la multa fijada le proclamaba culpable en grado sumo. El presupuesto total que entregó bajo juramento a la Cámara de los Comunes ascendía a 106.543 libras esterlinas, 5 chelines y 6 peniques, sin incluir liquidaciones precedentes. Se propusieron dos asignaciones diferentes de 10.000 libras esterlinas y 15.000 libras esterlinas para Mr. Gibbon, pero al someterse a votación esta cuestión se aprobó por unanimidad la menor de estas sumas. Sobre estas ruinas, mi abuelo, con su competencia y el crédito del que el parlamento no había podido despojarle, levantó el edificio de una nueva fortuna a una edad avanzada. Los esfuerzos de dieciséis años fueron ampliamente recompensados, y tengo razones para creer que esta segunda estructura no fue muy inferior a la primera».

La siguiente ocupación de la asamblea legislativa, tras castigar a los consejeros, fue restablecer el crédito público. El proyecto de Walpole se había considerado insuficiente y había caído en descrédito. Se hizo un cálculo del valor de la totalidad de las acciones de la South Sea Company al final del año 1720 y el resultado fue de 37.800.000 libras esterlinas, de las cuales las acciones asignadas a propietarios ascendían sólo a 24.500.000 libras esterlinas. Las restantes 13.300.000 libras esterlinas pertenecían a la operativa corporativa y era el beneficio obtenido a través del delirio nacional. Más de ocho millones de estas libras fueron cogidos de la compañía y distribuidos entre los propietarios y suscriptores, implicando un dividendo de unas 33 libras esterlinas, 6 chelines y 8 peniques por ciento. Esto fue de gran alivio. Se ordenó después que las personas que hubieran pedido prestado dinero de la South Sea Company sobre acciones realmente transferidas o garantizadas en el momento del préstamo, quedaran libres de toda reclamación tras pagar el diez por ciento de la suma recibida en préstamo. La compañía había prestado unos once millones de este modo, en un momento en que las cotizaciones estaban artificialmente elevadas, y ahora recibían de vuelta 1.100.000 cuando los precios habían caído a su nivel ordinario.

Pero pasó mucho tiempo hasta que el crédito público fue restaurado completamente. La empresa, como Ícaro, había volado demasiado alto, y la cera de sus alas se había fundido; como Ícaro había caído al mar y había aprendido, mientras se debatía en las olas, que su elemento natural era la tierra firme. Desde entonces nunca ha intentado volar tan alto.

Después ha existido tendencia a especular demasiado en diversas épocas de gran prosperidad comercial. El éxito de un proyecto suele generar otro de tipo similar. En una nación comercial la capacidad de imitación popular se apoderará de tales éxitos y arrastrará a una comunidad excesivamente ansiosa de beneficios a un abismo del que es difícil salir. Las compañías burbuja, de un tipo similar a las engendradas por el proyecto de la South Sea Company, tuvieron su época en el famoso año del pánico de 1825. En dicha ocasión, como en 1720, la bribonería

recogió una rica cosecha de la codicia, pero ambas sufrieron el día en que llegó el ajuste de cuentas. Los proyectos del año 1836 amenazaron, en cierto momento, con resultados igualmente desastrosos, pero fueron felizmente evitados antes de que fuera demasiado tarde.*

* El proyecto de la South Sea Company siguió siendo, hasta 1845, el mayor ejemplo en la historia británica del encaprichamiento por apuestas comerciales. La primera edición de este libro se publicó algún tiempo antes del estallido de la gran manía ferroviaria en dicho año y el siguiente.

La tulipomanía o manía de los tulipanes

Qué locura es ésta, ciudadanos?

(Quis furor o cives?)

LUCANO

Se dice que el tulipán toma su nombre de una palabra turca que significa turbante. Se introdujo en Europa Occidental a mediados del siglo dieciséis. Conrad Gesner, que se atribuye el mérito de haberlo hecho famoso —sin imaginar la conmoción que iba a provocar en el mundo poco después— dice que lo vio por primera vez en 1559, en un jardín de Augsburgo propiedad del docto Consejero Herwart, un hombre muy famoso entonces por su colección de artículos exóticos. Los bulbos fueron enviados a este caballero por un amigo de Constantinopla, donde la flor era apreciada desde mucho antes. En el transcurso de los diez u once años siguientes, los tulipanes eran muy apreciados por las personas de buena posición, especialmente en Holanda y Alemania. La gente pudiente de Amsterdam pedía directamente los bulbos a Constantinopla y pagaba por ellos precios desorbitados. Las primeras raíces que se plantaron en Inglaterra fueron traídas de Viena en 1600. La fama de los tulipanes creció año tras año hasta 1634, hasta el

punto de que se consideraba una prueba de mal gusto que un hombre acaudalado no tuviera una colección de ellos. Muchos hombres instruidos, entre ellos Pompeius de Angelis y el famoso Lipsius de Leyden, autor del tratado De Constantia, eran fervientes apasionados de los tulipanes. El furor por poseerlos atrapó pronto a las clases medias de la sociedad. Los mercaderes y tenderos, incluso de pocos medios económicos, empezaron a competir entre sí por la rareza de estas flores y los precios absurdos que pagaban por ellas. Se sabía de un comerciante de Harlaem que había pagado por un solo bulbo la mitad de su fortuna, no con intención de revenderlo para obtener un beneficio, sino para guardarlo en su invernadero y provocar la admiración de sus conocidos.

Se podría pensar que esta flor debe de tener muchas cualidades para que resultara tan valiosa a los ojos de gente tan prudente como los holandeses, pero no tiene el perfume ni la belleza de la rosa (apenas la belleza del guisante de olor) ni tampoco su duración. Es cierto que Cowley la alaba mucho cuando dice:

Entonces apareció el tulipán, completamente alegre, Pero caprichoso, lleno de orgullo y lleno de juego;

El mundo no puede mostrar un color que él no albergue; O que no pueda cambiar con nuevas mezclas;

Púrpura y oro están ambos bajo su cuidado
Le encanta llevar el más rico bordado;
Su única intención es agradar a la vista,
Y eclipsar a las demás por su esplendor.

Ésta, aunque no muy poética, es la descripción que hace del tulipán un poeta. Beckmann, en su Historia de los Inventos, lo retrata con más fidelidad y en una prosa más agradable que la poesía de Cowley: «Hay pocas plantas que adquieran por accidente, debilidad o enfermedad tanta variedad de colores como el tulipán. Cuando es silvestre y en su estado natural suele tener un único color, hojas largas y un tallo extraordinariamente largo. Cuando está debilitado por el cultivo, resulta más agradable a los ojos del florista. Los pétalos son entonces más pálidos, más pequeños y de un color más diversificado, y las hojas adquieren un color verde más suave. Así pues, esta obra maestra del cultivo, cuanto más bella se vuelve más débil crece, hasta que con la mayor habilidad y los cuidados más atentos apenas puede trasplantarse o incluso mantenerse viva».

Muchas personas van encariñándose sin darse cuenta a lo que les produce más problemas, del mismo que una madre suele querer más a su hijo débil y enfermizo que al resto de su descendencia más sana. Bajo el mismo principio debemos explicar los inmerecidos elogios vertidos tan generosamente sobre estas frágiles flores. En 1634 el furor de los holandeses por poseerlos era tan grande que se descuidaron las actividades ordinarias del país y toda la población, incluyendo las capas más bajas, se embarcó en el comercio del tulipán. A medida que aumentaba la manía lo hacían también los precios, hasta el punto de que en 1635 se sabía de muchas personas que invirtieron una fortuna de 100.000 florines en la compra de cuarenta raíces. Fue necesario venderlas por su peso en perits, una unidad de medida inferior a un grano. Un tulipán de la especie denominada Admiral Liefken que pesara 400 perits valía 4.400 florines; un Admiral Van der Eyck de 446 perits valía 1.260 florines; un Childer de 106 perits valía 1.615 florines; un Viceroy de 400 perits, 3.000 florines, y el más valioso de todos, un Semper Augustus de 200 perits se consideraba barato a 5.500 florines. Este último era tan apreciado que incluso un bulbo de calidad inferior podía alcanzar un precio de 2.000 florines. Se cuenta que una vez, a principios de 1636, sólo había dos raíces de este tipo en Holanda, y no de la mejor calidad; una era propiedad de un comerciante de Amsterdam y la otra estaba en Harlaem. Los especuladores estaban tan ansiosos por obtenerlas, que una persona ofreció por la de Harlaem la plena propiedad de doce acres de terreno edificable. La de Amsterdam se adquirió por 4.600 florines, un carruaje nuevo, dos caballos grises y un juego completo de arneses. Munting, un diligente autor de la época, que escribió un tomo de mil páginas sobre la manía de los tulipanes, ha conservado la siguiente lista de los diversos artículos y su valor, que fueron entregados a cambio de una sola raíz de la rara especie denominada Viceroy.

Florines	
Dos lasts de trigo.....	448
Cuatro lasts de centeno.....	558
Cuatro bueyes gordos.....	480
Ocho cerdos gordos.....	240
Doce ovejas gordas.....	120
Dos hogsheads de vino.....	70
Cuatro tuns de cerveza.....	32
Dos tuns de mantequilla.....	192
Mil libras de queso	120
Una cama completa.....	100
Un traje de tela	80
Una taza de plata	60

Total= 2.500

Gente que había estado ausente de Holanda y que tuvo ocasión de regresar cuando esta locura estaba en su punto máximo, se encontraba a veces ante incómodas situaciones a causa de su ignorancia. Blainville relata un caso divertido en sus Viajes. Un rico comerciante que estaba sumamente orgulloso de sus raras especies de tulipanes, recibió en una ocasión una carga de mercancía muy valiosa de Oriente. Un marinero le informó de su llegada y a tal fin se presentó en su oficina, llena de balas de mercancías de todas clases. El comerciante, para recompensarle por la noticia, le regaló generosamente un hermoso arenque ahumado para su desayuno. El marinero tenía, al parecer, una gran debilidad por las cebollas, y al ver un bulbo de tulipán muy parecido a una cebolla sobre el mostrador del generoso mercader, y pensar sin duda que estaba muy fuera de lugar entre sedas y terciopelos, aprovechó con astucia una oportunidad y la deslizó hasta su bolsillo, como guarnición para el arenque. Desapareció con su premio y marchó hacia el muelle para tomar su desayuno. Apenas había vuelto la espalda, cuando el comerciante echó en falta su valioso Semper Augustus, valorado en 3.000 florines, unas 280 libras esterlinas. Al momento se organizó un alboroto en el establecimiento; se buscó la valiosa raíz por todas partes, pero no apareció. Se repitió la búsqueda, pero de nuevo sin éxito, Por fin, alguien pensó en el marinero.

El desgraciado comerciante se precipitó a la calle a su sola mención. Su alarmada familia le siguió. El marinero —¡alma cándida!— no había intentado ocultarse, y le encontraron sentado tranquilamente sobre un rollo de cuerdas, masticando el último bocado de su «cebolla». Poco podía sospechar que había estado disfrutando de un desayuno con cuyo coste se podría haber agasajado a la tripulación completa de un mercante durante un año o, como decía el saqueado mercader, «podría haber agasajado suntuosamente al Príncipe de Orleans y a toda la corte del Stadtholder». Marco Antonio disolvía las perlas en vino para brindar a la salud de Cleopatra; Sir Richard Whittington fue tan estúpidamente espléndido en un espectáculo para el rey Enrique V, y Sir Thomas Gresham bebió un diamante disuelto en vino a la salud de la reina Isabel, cuando ésta inauguró el centro de comercio Royal Exchange en Londres. Sin embargo, el desayuno de este pícaro holandés fue tan espléndido como cualquiera de los anteriores. Tenía una ventaja también sobre sus despilfarradores predecesores: sus piedras

preciosas no mejoraron el sabor ni la calidad de su vino, mientras que su tulipán estaba delicioso con el arenque ahumado. Para él lo más lamentable del asunto fue que tuvo que pasar algunos meses en la cárcel por el cargo de robo presentado contra 61 por el comerciante.

Se cuenta otra historia de un viajero inglés, que es casi tan ridícula como la anterior. Dio la casualidad de que este caballero, botánico aficionado, vio un bulbo de tulipán en el invernadero de un rico holandés. Ignorante de sus cualidades, sacó la navaja y fue cortando las capas en plan experimental. Cuando por este medio lo hubo reducido a la mitad de su tamaño, lo cortó en dos mitades, mientras hacía eruditas observaciones sobre el singular aspecto del bulbo desconocido. De repente, el propietario se abalanzó sobre él y con los ojos llenos de furia le preguntó si sabía lo que estaba haciendo. «Pelar una cebolla muy extraordinaria», repuso el filósofo. «Hundert taisend duyvel! (¡Cien mil demonios!) —contestó el holandés—. ¡Es un Admiral Van der Eyck!». «Gracias —replicó el viajero, sacando su cuaderno de notas para apuntarlo—.

Son corrientes en su país estos Admirals?» «¡Por todos los demonios! —dijo el holandés, agarrando por el cuello al atónito hombre de ciencia—. Venga ante el síndico y lo verá». A pesar de sus protestas, el viajero fue conducido por las calles, seguido por una multitud. Cuando se le llevó ante el magistrado se enteró, para su consternación, de que la raíz con la que había experimentado valía cuatro mil florines y, a pesar de su insistencia en las circunstancias atenuantes, fue encerrado en prisión hasta que encontró avales para el pago de esta suma. La demanda de tulipanes de variedades raras aumentó tanto en 1636 que se crearon mercados regulares para su comercio

en la Bolsa de Amsterdam, en Rotterdam, Harlem, Leyden, Alkmar, Hoorn y otras ciudades. Por primera vez fueron evidentes los síntomas de riesgo. Los corredores de bolsa, siempre alerta ante cualquier nueva especulación, comerciaban mucho con tulipanes y hacían uso de todos los medios que tan bien sabían emplear para provocar fluctuaciones en los precios. Al principio, como en todas estas manías especulativas, la confianza estaba en su cota más alta, y todo el mundo ganaba. Los corredores de tulipanes especulaban con la subida y la bajada de las existencias de tulipanes y lograban beneficios enormes comprando cuando los precios caían y vendiendo cuando subían. Muchos individuos se hicieron ricos de repente. Un anzuelo dorado colgaba tentadoramente ante la gente y uno tras otro corrían a los mercados de tulipanes, como moscas al panal de rica miel. Todos pensaban que la pasión por los tulipanes duraría siempre y que la riqueza fluiría a Holanda y pagaría por ellos cualquier precio. Los ricos de Europa se concentrarían en las costas de Zuyder Zee y la pobreza quedaría desterrada del afortunado suelo holandés. Nobles, ciudadanos, agricultores, mecánicos, marinos, lacayos, doncellas e incluso deshollinadores y viejas lavanderas especulaban con los tulipanes. Gente de toda condición convertía sus pertenencias en dinero, que luego invertían en flores. Casas y tierras se ofrecían a la venta a precios ruinosos o se asignaban como pago de platos cerrados en el mercado de tulipanes. Los extranjeros se contagiaron del mismo frenesí y el dinero entró a raudales en Holanda de todas partes. Los precios de los artículos de primera necesidad aumentaron gradualmente y con ellos los de casas y tierras, caballos y carruajes, y artículos de lujo de todas clases. Durante algunos meses Holanda parecía la mismísima antesala de Pluto, dios

de la riqueza. Las transacciones comerciales llegaron a ser tan complejas e importantes que se hizo necesario redactar un código de leyes para guía de comerciantes. También se designaron notarios y empleados dedicados exclusivamente a este comercio. En algunas ciudades donde se ignoraba quién era el notario público, el notario de tulipanes había usurpado su lugar. En las ciudades más pequeñas, donde no había mercado, se elegía la taberna como salón de exposición y allí pudientes y pobres comerciaban en tulipanes y cerraban los negocios con banquetes suntuosos. A veces hasta doscientas o trescientas personas compartían tales cenas y se colocaban a intervalos regulares sobre las mesas y los aparadores grandes floreros con tulipanes en plena floración para alegrar el festín.

Sin embargo, al fin, los más prudentes empezaron a ver que esta locura no podía durar siempre. Los ricos ya no compraban flores para sus jardines sino para venderlas de nuevo con el cien por cien de beneficio. Se veía con miedo que alguien tenía que perder al final. Al extenderse esta convicción, los precios cayeron y nunca volvieron a levantarse. Se había destruido la confianza y el pánico general se apoderó de los comerciantes. A había convenido comprar seis *Semper Augustines* a B, a 4.000 florines cada uno, seis semanas después de la firma del contrato. B tenía las flores preparadas en la fecha fijada, pero el precio había caído a trescientos o cuatrocientos florines y A se negaba a pagar la diferencia o a aceptar los tulipanes. Día tras día se declaraban impagos en todas las ciudades de Holanda. Cientos de aquellos que unos meses antes habían empezado a dudar de la existencia de la pobreza en la tierra, se encontraron de repente en posesión de unos pocos bulbos que nadie quería comprar, a pesar de que los ofrecían a una cuarta parte del precio que habían pagado por ellos. Los gritos de angustia resonaban por todas partes y todo el mundo culpaba a su vecino. Los pocos que habían logrado enriquecerse ocultaban su riqueza a sus conciudadanos y la invertían en fondos ingleses o de otros países. Muchos de los que por una breve temporada habían dejado de pertenecer a las clases más humildes fueron lanzados de golpe a su oscuridad original. Comerciantes acaudalados se vieron reducidos casi a la mendicidad y muchos personajes de noble linaje vieron arruinada la prosperidad de sus familias sin remedio.

Cuando surgieron las primeras alarmas, los propietarios de tulipanes de diversas ciudades celebraron reuniones públicas para diseñar qué medidas era mejor tomar para restablecer el crédito público. Se acordó mandar a Amsterdam representantes de todas partes para que consultaran con el gobierno algún remedio para el mal. Al principio el gobierno rehusó intervenir, pero aconsejó a los propietarios de tulipanes que acordaran un plan entre ellos. Con este fin se celebraron varios encuentros, pero no se encontraron medidas capaces de dar satisfacción a la gente engañada ni de reparar siquiera una pequeña parte de los daños ocasionados. Las quejas y los reproches estaban en boca de todos y todas las reuniones celebradas tuvieron un carácter sumamente tormentoso. Por fin, sin embargo, tras muchas discusiones y riñas, los representantes reunidos en Amsterdam decidieron que todos los contratos firmados en la cumbre de la manía o antes del mes de noviembre de 1636 se declaraban nulos y que en los firmados después de esta fecha, los compradores quedaban liberados de sus compromisos mediante el pago de un diez por ciento al vendedor. Tal decisión no dio satisfacción. Por supuesto, quienes tenían tulipanes a su disposición

no quedaron contentos y quienes se habían comprometido a comprar se consideraban maltratados. Tulipanes que en cierto momento valían seis mil florines se podían obtener ahora por quinientos, de modo que la cláusula del diez por ciento significaba pagar cien florines más que su valor real. En todos los juzgados del país se presentaron demandas por incumplimiento de contrato, pero estos rehusaron admitir lo que consideraban transacciones especulativas. Al final el asunto se remitió al Consejo Provincial de La Haya, confiando en que la sabiduría de este organismo encontraría alguna medida que restableciera el crédito público. Su decisión al respecto se esperaba con la máxima expectación, pero ésta no se producía. Los miembros del consejo seguían deliberando semana tras semana y, por fin, tras pensárselo durante tres meses, declararon que no podían tomar una decisión final hasta disponer de más información. Sin embargo, aconsejaron que, mientras tanto, cada vendedor, en presencia de testigos, ofreciera los tulipanes in natura al comprador por la suma previamente convenida. Si este último rehusaba aceptarlos, podían ponerse a la venta en subasta pública y el comprador original sería responsable de la diferencia entre el precio real y el estipulado en el contrato. Éste fue exactamente el plan recomendado por los representantes que pronto demostró su inutilidad. No había tribunal en Holanda que hiciera cumplir el pago. La cuestión se planteó en Amsterdam, pero los jueces rechazaron intervenir por unanimidad, alegando que las deudas contraídas en el juego no eran deudas a los ojos de la ley. Así quedó el asunto. Encontrar un remedio estaba más allá de la capacidad del gobierno. A quienes tuvieron la desgracia de tener reservas de tulipanes almacenados en el momento de la repentina caída se les dejó que soportaran su ruina tan filosóficamente como pudieran; a quienes habían obtenido beneficios se les dejó que los conservaran; pero la actividad comercial del país sufrió un golpe muy duro del que tardó muchos años en recuperarse.

El ejemplo holandés fue imitado hasta cierto punto en Inglaterra. En el año 1636 se vendían públicamente tulipanes en la Bolsa de Londres y los corredores se esforzaban al máximo para elevarlos a los precios exagerados que habían alcanzado en Amsterdam. También en París los corredores procuraron crear una manía de los tulipanes. Triunfaron en ambas ciudades sólo en parte. Pero la fuerza del ejemplo puso muy de moda los tulipanes, que desde entonces han sido apreciados más que cualquier otra flor por cierto tipo de personas. Los holandeses son famosos todavía por su debilidad hacia los tulipanes y continúan pagando por ellos mayores precios que nadie. Al igual que los ingleses ricos se jactan de sus caballos de carreras o de sus cuadros antiguos, así se vanaglorian los holandeses pudientes de sus tulipanes.

En la Inglaterra de nuestros días, por extraño que pueda parecer, un tulipán generará más dinero que un roble. Si se pudiera encontrar uno raro in terris y negro como el cisne negro de Juvenal, su precio igualaría el de una docena de acres de maíz crecido. En Escocia, hacia finales del siglo diecisiete, el precio más alto de los tulipanes era de diez guineas, según un autor del suplemento de la tercera edición de la Enciclopedia Británica. Su valor parece haber disminuido desde dicha época hasta 1769, en que las dos especies más valiosas en Inglaterra eran Don Quevedo y Valentinier, la primera de las cuales valía dos guineas el ejemplar y la segunda dos guineas y media. Estos precios parece que han sido los mínimos. En el año 1880 un precio corriente era quince guineas por un solo

bulbo. En 1835 un bulbo de la especie Miss Fanny Kernble se vendió en subasta pública en Londres por setenta y cinco libras esterlinas. Aún más notable fue el precio alcanzado por un tulipán propiedad de un jardinero de King's Road, Chelsea: figuraba cotizado en sus catálogos ¡por doscientas guineas!